

FERNÁN PÉREZ DE OLIVA

Soplos renacentistas



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Soplos renacentistas

COLECCIÓN
PEQUEÑOS GRANDES ENSAYOS

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN
Álvaro Uribe

CONSEJO EDITORIAL DE LA COLECCIÓN
Sealtiel Alatríste
David Turner Barragán
Arturo Camilo Ayala Ochoa
Elsa Botello López
José Emilio Pacheco
Antonio Saborit
Ernesto de la Torre Villar †
Juan Villoro
Colin White Muller †

DIRECTOR FUNDADOR
Hernán Lara Zavala

Universidad Nacional Autónoma de México
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

FERNÁN PÉREZ DE OLIVA

Soplos renacentistas

Presentación de
LUIS IGNACIO SÁINZ



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2009

Pérez de Oliva, Fernán, 1494?-1533

Soplos renacentistas / Fernán Pérez de Oliva ;
presentación de Luis Ignacio Sáinz. — México : UNAM,
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial,
2009.
192 p. ; 15 cm. — (Colección Pequeños Grandes Ensayos)
ISBN

1. Antropología filosófica – Obras anteriores a 1800.
2. América – Descubrimiento y exploración – Españoles.
3. América – Acontecimientos anteriores a 1600. I. Sáinz, Luis Ignacio. II. Universidad Nacional Autónoma de México.

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial.
III. t. IV. Ser.

128-scdd20

Biblioteca Nacional de México

Primera edición en la colección Pequeños
Grandes Ensayos: 3 de septiembre de 2009

© D.R. UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F.
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES
Y FOMENTO EDITORIAL

Prohibida su reproducción parcial o total
por cualquier medio sin autorización escrita de
su legítimo titular de derechos

ISBN de la colección: 978-970-32-0479-1

ISBN de la obra:

Impreso y hecho en México

PRESENTACIÓN

A Martha y Esther Chávez Cano

El Renacimiento español comienza emblemáticamente en 1492, pues justo en ese año coinciden acontecimientos importantísimos que marcarán, para gozo e infortunio, la historia de ese reino de reinos que siempre aspiró a ser imperio. De manera paradójica, la construcción de semejante anhelo se fundó en un par de operaciones negativas y en una positiva: la reconquista del territorio a costa de los moros y la expulsión de los judíos, sucesos que tardarían más de un siglo en evidenciar sus consecuencias, y el arribo de Cristóbal Colón a un “Mundo” que terminó por calificarse de “Nuevo”. La articulación geográfica, la imposición de un solitario credo religioso y la invención de las Indias que se conocerían como América pasado el tiempo fueron los cimientos de la renovación hispánica.

Dadas las condiciones todavía precarias de esa unión, se imponía el diseño y la operación de un vehículo que hiciese fluir las decisiones del nuevo dominio de los reyes católicos. El reto consistió entonces en desarrollar un sistema

de comunicación estable por encima de las diferencias idiomáticas, entronizándose la lengua de Isabel I como código oficial gracias a la aparición de la Gramática de la lengua castellana (1492) de Antonio de Nebrija.¹ Así las cosas, la ortografía, la prosodia, la etimología y la sintaxis amalgamarían a la gente de Iberia y juntas se elevarían a la calidad de “compañera del Imperio”, en la expresión del propio humanista sevillano, contenida en la que fuera primera sistematización de una lengua vulgar europea.

El lenguaje adquiriría entonces su verdadera dimensión: la de casa del ser, y en su geografía se construiría paso a paso la sed de absoluto de la España reunificada. Las palabras fueron las municiones de su primer arsenal, y con ellas pasaron a demoler las aspiraciones de otros credos y otras comunidades. Desde su condición íntima floreció el diseño y después la manufactura de una cultura expansiva que, en el sometimiento de territorios y la ampliación de fronteras, encontró su sino.

Semejante empresa política, si bien cumplía algunos empeños renacentistas propios de la entronización del hombre, sus apetitos y sus razones, a despecho de una divinidad narcisista

y autoritaria, también exacerbaba una calidad tardía, postantigua y medievalizante: aquella destinada a someter las alteridades, a domeñar las diferencias, a imponer un integrista homogeneizador. Por ello se sobrestima y privilegia lo castellano, haciendo de su contenido la única modalidad de vertebración de lo nacional; así, la parte suplanta al todo poligloto y multicultural, determinando la derrota de la diversidad. En todo caso permanece inalterable la idea de que España se construyó desde la creación, defensa y promoción de la lengua de Castilla.

Es posible rastrear este proceso en la configuración del propio Estado nación e identificar el tránsito emprendido entre un régimen, en principio, abierto a los soplos renacentistas, el de Carlos I de España y V de Alemania, hacia otro, por definición cerrado a la crítica y lo extraño, de inequívoca vocación contrarreformista, el de Felipe II. Lo que estaba en juego trascendió con largueza los matices, pues se impuso una sustitución radical: la posibilidad de que los sujetos reivindicasen sus convicciones, así fuera de modo acotado, por la realidad del control de las corporaciones y sus fueros. Y esta cerrazón reposó en la confianza ciega en que la lengua cas-

tellana fungiría en calidad de medio solitario de expresión, avasallando las tentativas expresivas de otros seres lingüísticos hasta reducirlos a la condición de balbuceos gramáticos o rebeldías separatistas.

En este empeño singular asumido por Nebrija se contaría, poco tiempo después, con el aporte significativo de Fernán Pérez de Oliva con su *Dialogus inter Siliceum, Arithmeti- cam et Famam*, apéndice de la primera edición del *Ars Arithmetica in Theoricem et Praxim scissa: omni hominum conditioni superque utilis et necessaria* (París, Thomas Kees Wesa- liensi, septiembre de 1514; reimpresa en esa misma ciudad en 1518, 1519 y 1526, dedicada esta última a Alfonso Manrique y que difiere en composición de la versión *princeps*; en Valencia en 1544) del cardenal Juan Martínez Silíceo,² donde se afana en demostrar la igualdad de rango entre el latín y el castellano. Será en el territorio de la palabra donde esos primeros hispanófilos recalcitrantes y vehe- mentes libren no sólo la batalla por la expresión sino que, además, fundamenten las aspiraciones hegemónicas de la Corona española. Como un enigma y un acertijo, el castellano encarnará los más altos anhelos de una estirpe, la Habsburgo

de los Austrias, que prefería entenderse en alemán, que en materia de protocolo guardaba la etiqueta borgoñona y que se encontraba sumida en una profunda nostalgia por Flandes.

El castellano deviene mecanismo de apropiación del mundo, atalaya desde donde se predica un sentido “nacional” y se defienden los intereses que le son consustanciales. Es, en suma, una forma sofisticada del poder en acto, que trasciende el mero desfogue de los testimonios de quienes protagonizaron las empresas españolas. Se trata, entonces, de una modalidad de presentificación castellana de la historia, a grado tal que el siglo XVI será escenario más que propicio para sentar sus reales en los cuatro puntos cardinales del globo terráqueo. En el caso mexicano se entronizarán las crónicas de sus intervenciones en fuentes casi únicas, ensimismadas y solipsistas, de las civilizaciones que las antecedieron.

Uno de sus vectores privilegiados fue, precisamente, Fernán Pérez de Oliva. Aunque triste es reconocerlo, pasó breve y ligero por la vida, siendo una flama de poca duración y gran intensidad en esa hoguera que fue la invención renacentista del Imperio hispánico. Nació en Córdoba en 1494 y falleció en Medina del Campo en 1531.

Cursó estudios en Salamanca y Alcalá. Pasó dos años en París y tres en Italia, como protegido del pontífice León X (Juan Lorenzo de Médici). Fue catedrático y luego rector de la Universidad de Salamanca. Su obra más importante es *Diálogo de la dignidad del hombre*, publicado por primera vez en las *Obras* (1546) de Francisco Cervantes de Salazar. Tradujo al castellano con cierta liberalidad dos tragedias griegas: *Electra* de Sófocles (*La venganza de Agamenón*) y *Hécuba* de Eurípides (*Hécuba triste*), y una comedia latina, *Amphitryon*, de Plauto, transformando los versos en prosa y eliminando la división en actos, amén de introducir o eliminar personajes y parlamentos. De los poemas que compuso, el más célebre fue la elegía en coplas de pie quebrado (la métrica después conocida como estrofa manriqueña, ya usada antes por el Arcipreste de Hita) titulada *Lamentación al saqueo de Roma*, puesta en boca de Clemente VII (Julio de Médici). Entre sus obras misceláneas están: *Tratado en latín sobre la piedra imán*, *Razonamiento sobre la navegación por el Guadalquivir*, *Historia de la invención de las Indias*, *Historia de la conquista de la Nueva España* y

Diálogos entre el cardenal Martínez Silíceo, la Aritmética y la Fama.

Este volumen compila, bajo el título *Soplos renacentistas*, tres de sus obras: *Diálogo de la dignidad del hombre*, *Historia de la invención de las Indias* e *Historia de la conquista de la Nueva España*. Para facilitar su lectura se ha aligerado la ortografía y puntuación, esperando con ello que el lector aproveche la novedad y soltura de un humanista y científico que mucho bien le hubiera hecho a España, y por ende a sus dominios, si su prematuro fallecimiento no hubiese cancelado la formación de Felipe II desde su mirada abierta y crítica, pues poco antes de morir había sido nombrado su preceptor.

El *Diálogo de la dignidad del hombre*, si bien recuerda aquel otro de Pico della Mirandola³ (*De hominis dignitate oratio*, 1494), presenta varias y dilatadas novedades. El escrito termina en una no revelación, pues las posiciones defendidas a lo largo del debate por Antonio y Aurelio no se integran o sintetizan en su desenlace; más aun, el juez de la disputa, Dinarco, desaparece de escena rehusándose a resolver el dilema. Deviene así un espectador-oyente de la discusión. La novedad radica en

que el autor se limita a plantear el problema sobre la bondad y/o maldad del ser humano sin imponernos un corolario. Así, a pesar de que recuerde el dispositivo ciceroniano de *In utramque Partem*, dispositivo retórico que aborda una cuestión mediante la liza de tesis opuestas, el método de la reflexión a partir de argumentos contrarios, el responsable del texto extrema todavía más el artificio y termina por abstenerse de formular un juicio que zanje la cuestión debatida, reconociendo el libre arbitrio de quien lee. Su renuencia a la reconciliación moral de los antagonistas evade diluirse en la tradicional disputa escolástica, mostrando una modernidad hasta ese momento inexistente en la literatura en español: la no emisión de un veredicto final. De tal modo que la escritura resulta apetito y tentación reflexiva, eludiendo las trampas de la didáctica moralizante. Esta obra carece de moraleja y aquellos que la consulten deberán asumir el reto del pensamiento propio.

Por su parte, la *Historia de la invención de las Indias*, en un ciclo de nueve narraciones, y la *Historia de la conquista de la Nueva España* constituyen las primeras versiones en castellano respecto de la gran colisión que encarnó

el descubrimiento y la posterior conquista de eso que se denominó América. Ambos trabajos se abstienen de proferir sentencias dogmáticas que menosprecien el carácter y el sentido de las nuevas realidades, físicas, humanas y culturales. La irrupción de la especie continente terminó por modificar la cartografía de la época, sacudiendo también las conciencias europeas con la necesaria representación antropológica de los recién “conocidos” moradores de las Antípodas. Este par de fenómenos le merecen a nuestro pensador ilustrado un tratamiento literario de altura y filosófico de estimación; sin duda alguna, tales composiciones no tienen parangón con lo escrito por sus contemporáneos a lo largo del siglo XVI.

Resta tan sólo que los *Soplos renacentistas* cumplan su efecto y refresquen nuestra percepción de lo que fuera la centuria del surgimiento, la consolidación y la expansión del Estado imperial español, la reconquista y las malhadadas expulsiones, la invención y el domeñamiento de un mundo calificado de nuevo, el dominio en Europa y en los mares entonces conocidos, desde una perspectiva iluminadora como la de Fernán Pérez de Oliva que, con pesar y dolor,

fracasó en su esfuerzo por formar a príncipes políticos cristianos.

Luis Ignacio Sáinz

Notas

¹ Nació en Lebrija, provincia de Sevilla, la romana Nebrissa Veneria, en 1441 y falleció en Alcalá de Henares en 1522. Bautizado por sus padres como Antonio Martínez de Cala e Hinojosa, cambió su nombre al de Elio Antonio de Nebrija. Formado en Salamanca, prosigue sus estudios en Bolonia, donde fue discípulo de Martino Galeotto, para regresar a su terruño e introducir el humanismo renacentista con objeto de “desbaratar la barbarie por todas partes de España tan ancha y luengamente derramada”. En 1473 se casó con Isabel Solís de Maldonado, afirmando sobre el particular en su *Aenigma iuris civilis*: “Quiso la fatalidad que la incontinencia me precipitase en el matrimonio”. Su importancia trasciende la filología y la lingüística, pues frecuentó con éxito otras materias: teología con su *Quinquagenas*, derecho con su *Lexicon iurus civilis*, arqueología con sus *Antigüedades de España* y pedagogía con su *De liberis educandis*; frecuentó, además, la astronomía y la poesía. Como latinista intervino en la Biblia Políglota Complutense (1502). Por no abundar, sus *Introductiones latinae* (1481) fueron usadas como manual lexicográfico y etimológico en la enseñanza del latín hasta bien entrado el siglo XIX; amén de haber dado a la imprenta en 1492 y 1495 los primeros diccionarios latín-español y español-latín. Póstumamente se publicaron sus *Reglas de ortografía en la lengua castellana* (1523). Fue cronista real (1490-1509), protegido y consejero de los cardenales Zúñiga y Cisneros, y catedrático en las universidades de Alcalá, Salamanca y Sevilla.

² Juan Martínez Guijarro o Siliceo (Villagarcía de la Torre, Badajoz, 1477-Toledo, 31 de mayo 1557), eclesiástico, matemático y lógico español. De modesto origen, se ignora dónde transcurrieron sus primeros años; se cree que estudió en Llerena; a los 16 años marchó a Valencia y luego, cuando tenía 21 años, a París, donde residió algunos años como alumno de latín con Luis Romano, de dialéctica con Roberto Caubraith y de lógica con Juan Dullart, no pudiéndose precisar si estudió matemática y con quién lo hizo, o bien si fue autodidacta. Llegó a ser profesor de su universidad y regresó a España cuando la

Universidad de Salamanca le convalidó su título de bachiller en artes y le ofreció la cátedra de lógica nominalista; allí se ordenó sacerdote. Posteriormente desempeñó la cátedra de filosofía natural en 1522, que no abandonó pese a haber sido nombrado en 1529 canónigo magistral en Coria. En 1534 Carlos I lo nombró preceptor del príncipe Felipe, que entonces contaba seis años, en sustitución de su discípulo poco antes fallecido, Fernán Pérez de Oliva. Fue transigente con la disciplina en los estudios, pero muy estricto en materia religiosa. Más tarde fue designado obispo de Cartagena (1541) y promovido al arzobispado de Toledo (23 de octubre de 1545), donde falleció como cardenal el 31 de mayo de 1557. Está enterrado en su Colegio de Doncellas Nobles, que había fundado allí bajo la advocación de Nuestra Señora de los Remedios.

³ (Mirandola, Ferrara, Italia, 24 de febrero de 1463-Florenia, 17 de noviembre de 1494). Humanista y filósofo italiano. Se formó en derecho en la Universidad de Bolonia y en los más importantes centros de Italia y Francia, donde se imbuyó del pensamiento de Averroes (1126-1198), el filósofo ashari hispanoárabe que introdujera a Aristóteles en Occidente, gracias a que su maestro judío Elías del Medigo (1458-1493) lo aproximara a estas fuentes de la filosofía. Estudió sobre todo lenguas: griego, árabe, hebreo y caldeo, con el propósito de entender la cábala, el Corán, los oráculos caldeos y los *Diálogos* platónicos en sus textos originales. En pleno auge del Renacimiento, publicó en Roma sus célebres novecientas tesis, tituladas *Conclusiones philosophicae, cabalisticæ et theologicae* (1486). En ellas manifestó la intención de demostrar la verdadera naturaleza del cristianismo, considerándolo como el punto de confluencia de todas las tradiciones filosóficas anteriores, incluidas la filosofía griega, la astrología, la cábala y la magia, sin excluir a Hermes Trismegisto. Esta descomunal obra iba precedida por un pequeño canto a la tolerancia que hoy en día leemos por separado y titulado *El discurso sobre la dignidad del hombre*. Sus teorías fueron combatidas duramente por la curia romana y siete de sus tesis, condenadas por los teólogos de la época, motivo por el cual fue perseguido por hereje y pasó tres meses encerrado en la torre de Vincennes. Tras ese periodo, se encomendó a la protección de Lorenzo el Magnífico, en Florenia. En 1489 publicó *Heptaplus*, comentario cabalístico sobre el libro del Génesis, la creación del universo, y en 1492 *De ente et uno*, una crítica al platonismo de su maestro Marsilio Ficino. En 1493 fue absuelto por Alejandro VI, el papa valenciano Rodrigo Borja (1431-1503), de toda imputación de heterodoxia; renunció a su dilatado principado e ingresó a la orden de los dominicos, con cuyo hábito moriría. Falleció tras ser envenenado por su secretario.

DIÁLOGO DE LA DIGNIDAD DEL HOMBRE*

Argumento del Diálogo de la dignidad del hombre

Yéndose a pasear Antonio a una parte del campo donde otras muchas veces solía venir, le sigue Aurelio, su amigo; y preguntándole la causa por la que acostumbraba venirse allí, comienzan a hablar de la soledad. Y tratando por qué es tan amada de todos, y más de los más sabios, entre otras razones Aurelio dice que por el aborrecimiento que consigo tienen los hombres de sí mismos por las miserias y trabajos que padecen aman la soledad. Pareciendo mal esta razón a Antonio, por no haber criatura más excelente que el hombre ni que más contentamiento deba tener por haber nacido, dice que le probará lo contrario. Y así determinados de disputar de los males y bienes del hombre, para más a placer hacerlo, se van hacia una fuente. Junto a ella hallan a un viejo muy sabio llamado Dinarco con otros estudiosos, y entendiendo la contienda y constituido por juez de ella, manda a Aurelio que hable primero y

* Versión a partir de *Obas [sic]* del Maestro Fernán Pérez de Oliva..., Córdoba, Gabriel Ramos Bejarano, 1586; cotejada con la edición crítica de María Luisa Cerrón Puga, Madrid, Editora Nacional, 1982.

luego Antonio diga su parecer. Habiéndoles oído Dinarco, juzga en breve de la dignidad del hombre lo que con verdad y cristianamente debía, habiendo sustentado Aurelio lo que los gentiles comúnmente del hombre sentían.

Interlocutores:

Aurelio, Antonio y Dinarco

AURELIO: Viéndote salir, Antonio, hoy de la ciudad, te he seguido hasta ver este lugar do sueles tantas veces venir a pasearte solo, porque creo que digna cosa será de ver lo que tú con tal costumbre tienes aprobado.

ANTONIO: Este lugar, Aurelio, nunca fue tal ni de tanto precio como es ahora que eres tú venido a él.

AURELIO: Nadie puede darle mejoría siendo de ti anticipado.

ANTONIO: No quiero responderte, por no darte ocasiones de lisonjearme, sino quiero mostrarte lo que eres venido a ver. Mira este valle cuán deleitable parece, mira esos prados floridos y estas aguas claras que por medio corren; verás esas arboledas llenas de ruiseñores y otras aves que con su vuelo entre las ramas y su canto nos

deleitan, y entenderás por qué suelo venir a este lugar tantas veces.

AURELIO: Hermoso lugar es éste, y digno de ser visto, pero yo sospecho, Antonio, que otra cosa buscas tú o gozas en este lugar, porque según tú eres sabio y de más altos pensamientos bien sé que esas cosas sensuales ni las amas ni las procuras; por eso yo te ruego no me encubras las causas de tu venida.

ANTONIO: Pues así lo quieres, sabe que en estos valles mora una que yo mucho amo.

AURELIO: Ahora veo, Antonio, que has gana de burlarme. Dime, yo te ruego, ¿qué tienen que hacer los amores con tu gravedad, o las vanidades con tu sabiduría?

ANTONIO: Verdaderamente, Aurelio, así es como te digo, que en este valle mora una sin la cual yo por la vida me daría poco.

AURELIO: Grande debe ser su bondad y hermosura pues a ti, que menosprecias el mundo y sus deleites, te trae tan enamorado, con codicia de verla o alcanzarla. Dime al menos su nombre, si por celos no me la quieres mostrar.

ANTONIO: Soledad se llama.

AURELIO: Yo bien sabía, Antonio, que algún misterio tenían tus amores. Ésa tiene otros

muchos amadores, como sabes, y pues es así, yo te ruego que me declares cuál es la causa, a tu parecer, por la que los hombres aman la soledad y tanto más cuanto son más sabios.

ANTONIO: Porque cuando a ella venimos alterados de las conversaciones de los hombres donde nos encendimos en vanas voluntades o perdimos el tino de la razón, ella nos sosiega el pecho y nos abre las puertas de la sabiduría para que, sanando el ánimo de las heridas que recibe en la guerra que entre las contiendas de los hombres trae, pueda tomar entero a la batalla. Ninguno hay que viva bien en compañía de los otros hombres si muchas veces no está solo a contemplar qué hará acompañado; porque como los artífices piensan primero sus obras que pongan las manos en ellas, así los sabios antes que obren han de pensar primero qué hechos han de hacer, y cuál razón han de seguir. Y si esto consideras, verás que la soledad es tan amable, que debemos ir a buscarla doquiera que la podamos hallar.

AURELIO: Bien veo, Antonio, que hay esos provechos que dices de la soledad, pero yo tengo creído que otra causa mayor hay.

ANTONIO: ¿Qué causa puede haber mayor?

AURELIO: El aborrecimiento que cada hombre tiene al género humano por el cual somos inclinados a apartarnos unos de otros.

ANTONIO: ¿Tan aborrecibles te parecen los hombres que aun ellos mismos por huir de sí busquen la soledad?

AURELIO: Paréceme tanto, que cada vez que me acuerdo que soy hombre querría o no haber sido, o no tener sentimiento de ello.

ANTONIO: Maravíllame, Aurelio, que los autores excelentes que acostumbras a leer, y los sabios hombres con que conversas, no te hayan quitado de ese error.

AURELIO: Mas antes éstos me han puesto en este parecer; porque, mirando yo a ellos como a principales del género humano, nunca he visto cosa por do tuviese esperanza que pueda venir el hombre a algún estado donde no le fuera mejor no ser nacido.

ANTONIO: Grande me parece este tu error, y no digno de tal persona como tú. Si te place, disputarlo hemos aquí, cabe una fuente sentados, que yo confío de hacerte mudar este parecer.

AURELIO: Tú me guías, que yo te seguiré, mas no con esperanza de lo que prometes; porque yo tengo tan miradas las miserias de los hombres,

que pienso que en lugar de quitarme mi propósito me confirmarás en él, porque, viéndote vencido en tal contienda, tendré confianza que nadie se me podrá defender.

ANTONIO: No han menester amenazas los que tienen las armas en la mano y el campo libre. Ya nosotros estamos cerca de nuestro asiento; allí mostrarás cuánto puedes. Pero gente veo entre los árboles; temo que nos estorben.

AURELIO: Dinarco es el que está sentado cabe la fuente, y los otros que con él están son los hombres buenos amadores de saber que lo siguen siempre.

ANTONIO: Pues éstos no serán estorbo, antes he gran placer que estén aquí porque Dinarco sea nuestro juez, al cual yo doy la ventaja de todos nuestros tiempos así en virtud como en letras.

AURELIO: Y los otros serán nuestros oyentes. Lleguemos a él, que visto nos ha.

ANTONIO: Muchas veces, Dinarco, he holgado de venir a esta fuente, mas no tanto como ahora que la hallo tan bien acompañada; si ella estuviese siempre así no habría para mí lugar más deleitable.

DINARCO: Con vosotros tiene tan buena compañía, que no se debe desear mejor.

ANTONIO: No está bien acompañada sino una fuente con otra: ésta es fuente de agua clara y tú eres fuente de clara sabiduría, así que sois dos fuentes bien ayuntadas para entera recreación del ánimo y del cuerpo.

DINARCO: Mejor hace Aurelio en no decirme nada, que tú, Antonio, en saludarme con tanto amor, que no curas de poner medida en tus palabras.

AURELIO: Yo no dejo de ayudar a Antonio, sino porque no sabré decir cosas iguales a tu merecimiento.

DINARCO: Mejor será sufriros, pues defenderme es incitaros. Ahora decid qué ocasión os ha traído por acá.

ANTONIO: Gana de hablar en una disputa que habíamos comenzado.

DINARCO: ¿Qué disputa es?

ANTONIO: Sobre el hombre es nuestra contienda, que Aurelio dice ser cosa vana y miserable y yo soy venido a defenderlo; y querémoste rogar tú seas nuestro juez, a quien todos con mucha razón acatan por sabio principal.

DINARCO: Yo quisiera ser merecedor de la estima en que me tenéis, por cumplir vuestra voluntad como deseo. Pero, de cualquier manera

que sea, yo y estos mis amigos holgaremos de oír tan buena disputa, y yo confío tanto de vuestros ingenios y saber, que no se os esconderán las razones que para esta contienda hubierais menester; de donde yo pienso quedar tan instruido, que habré cobrado aviso para no errar en la sentencia.

ANTONIO: Pues tú nos muestra la manera que debemos tener en esta disputa.

DINARCO: Porque no se confundan vuestras razones, me parece que cada uno diga por sí su parecer entero. Tú, Aurelio, dirás primero, y después te responderá Antonio; y así guardaréis la forma de los antiguos oradores, en cuyas contiendas el acusador era el primero que decía, y después el defensor.

AURELIO: Pues vosotros os sentad en esos céspedes, y yo en este tronco sentado os diré lo que me parece.

DINARCO: Sentaos todos, de manera que podáis tener reposo.

AURELIO: Suelen quejarse los hombres de la flaqueza de su entendimiento, por la cual no pueden comprender las cosas como son en la verdad; pero quien bien considerare los daños de la vida, y los males por do el hombre pasa

del nacimiento a la muerte, parecerle ha que el mayor bien que tenemos es la ignorancia de las cosas humanas, con la cual vivimos los pocos días que duramos como quien en sueño pasa el tiempo de su dolor, que si tal conocimiento de nuestras cosas tuviésemos cómo ellas son malas, con mayor voluntad desearíamos la muerte que amamos la vida.

Por esto quisiera yo doblaros, si pudiera, el descuido, y meteros en tal ceguedad y tal olvido que no vierais la miseria de nuestra humanidad, ni sintierais la fortuna, su atormentadora; pero pues por vuestra voluntad que grande mostráis de saber lo que del hombre siento; soy yo casi compelido a haceros esta habla, si por ventura mis palabras fueren causa que recibáis dolor cual antes no habías sentido, vosotros tenéis la culpa, que mandáis esto a quien no puede dejar de obedeceros.

Oíd pues, señores, atentos, y hablaros he en esto que mandáis, no según que pertenece para ser bien declarado (porque a esto no alcanza la flaqueza del entendimiento, aunque sólo es agudo en sentir sus males), sino hablaré yo en ello según la experiencia que podemos alcanzar en los pocos días que vivimos, de tal manera

que el tiempo baste, y la paciencia que para oír tenéis aparejada.

Primeramente considerando el mundo universo, y la parte que dél nos cabe, veremos los cielos hechos morada de espíritus bienaventurados, claros y adornados de estrellas lucientes, muchas de las cuales son mayores que la tierra; donde no hay mudanza en las cosas ni hay causas de su detrimento, mas antes todo lo que en el cielo hay persevera en un ser constante y libre de mudanza. Debajo suceden el fuego y el aire, limpios elementos que reciben pura la lumbre del cielo.

Nosotros estamos acá, en la hez del mundo y su profundidad, entre las bestias, cubiertos de nieblas, hechos moradores de la tierra donde todas las cosas se truecan con breves mudanzas; comprendida en tan pequeño espacio, que sólo un punto parece comparada a todo el mundo, y aun en ella no tenemos licencia para toda. Debajo las partes sobre que se rodea el cielo nos las defiende el frío en muchas partes; los ardores, las aguas en muchas más; y la esterilidad también hace grandes soledades, y, en otros lugares, la destemplanza de los aires.

Así que de todo el mundo y su grandeza estamos nosotros retraídos en muy chico es-

pacio, en la más vil parte dél, donde nacemos desproveídos de todos los dones que a los otros animales proveyó naturaleza. A unos cubrió de pelos, a otros de pluma, a otros de escama y otros nacen en conchas cerrados; mas el hombre tan desamparado, que el primer don natural que en él hallan el frío y el calor es la carne. Así sale al mundo como a lugar extraño, llorando y gimiendo como quien da señal de las miserias que viene a padecer.

Los otros animales, poco después de salidos del vientre de su madre, luego como venidos a lugar propio natural, andan los campos, pacen las hierbas y, según su manera, gozan del mundo; mas el hombre muchos días después que nace ni tiene en sí poderío de moverse, ni sabe do buscar su mantenimiento, ni puede sufrir las mudanzas del aire; todo lo ha de alcanzar por luengo discurso y costumbre, do parece que el mundo como por fuerza lo recibe y naturaleza, casi importunada de los que al hombre crían, le da lugar en la vida, y aun entonces le da por mantenimiento lo más vil. Los brutos, que la naturaleza hizo mansos, viven de hierbas y simientes y otras limpias viandas; el hombre vive de sangre, hecho sepultura de los otros animales.

Y si los dones naturales consideramos, verlos hemos todos repartidos por los otros animales: muchos tienen mayor cuerpo do reine su ánima, los toros mayor fuerza, los tigres ligereza, destreza los leones y vida las cornejas. Por los cuales ejemplos, y otros semejantes, bien parece que debe ser el hombre animal más indigno que los otros, según naturaleza lo tiene aborrecido y desamparado; y pues ella es la guarda del mundo que procura el bien universal, creíble cosa es que no dejara al hombre a tantos peligros tan desproveído, si él algo valiera para el bien del mundo.

Las cosas que son de valor éstas puso en lugares seguros, do no fuesen ofendidas: mirad el sol dónde lo puso, mirad la luna y las otras lumbres con que vemos; mirad dónde puso el fuego por ser el más noble de los elementos. Pues a los otros animales, si no los apartó a mejores lugares, armolos a lo menos contra los peligros de este suelo: a las aves dio alas con que se apartasen de ellos; a las bestias les dio armas para su defensa, a unas de cuernos y a otras de uñas y a otras de dientes; y a los peces dio gran libertad para huir por las aguas. Los hombres solos son los que ninguna defensa natural tienen

contra sus daños: perezosos en huir y desarmados para esperar.

Y aun sobre todo esto naturaleza crió mil ponzoñas y venenosos animales que al hombre matasen, como arrepentida de haberlo hecho. Y aunque esto no hubiera, dentro de nosotros tenemos mil peligros de nuestra salud. Primeramente la discordia de los elementos tenemos nosotros en los cuatro humores que entre sí pelean: cólera con flema, y sangre con melancolía; de los cuales si alguno vence, como es fácil cosa, desconcierta toda la templanza humana y da la puerta a mil enfermedades. De manera que nuestros humores mismos, en que está la vida fundada, nuestros enemigos son que entre sí pelean por nuestra destrucción.

Ahora, pues, ¿qué diré de tantas menudas canales como hay en nuestro cuerpo, por do anda la sangre y los espíritus de vida, que siendo alguna de ellas rota o estorbada se pierde la salud? ¿Qué diré de la flaqueza de los ojos y de sus peligros, estando en ellos el mayor deleite de la vida? ¿Qué diré de la blandura de los nervios, de la fragilidad de los huesos? ¿Qué diré, sino que fuimos con tanto artificio hechos porque tuviésemos más partes donde poder ser ofendidos?

Y aun en esta miserable condición que pudimos alcanzar vivimos por fuerza, pues comemos por fuerza que a la tierra hacemos con sudor y hierro, porque nos lo dé; vestímonos por fuerza que a los otros animales hacemos, con despojo de sus lanas y sus pieles, robándoles su vestido; cubrímonos de los fríos y las tempestades con fuerza que hacemos a las plantas y a las piedras, sacándolas de sus lugares naturales do tienen vida. Ninguna cosa nos sirve ni aprovecha de su gana, ni podemos nosotros vivir sino con la muerte de las otras cosas que hizo naturaleza: aves, peces y bestias de la tierra, frutas y hierbas y todas las otras cosas perecen para mantener nuestra miserable vida, tanto es violenta cosa y de gran dificultad poderla sostener.

Harto serían grandes causas y bastantes éstas que dichas tengo para conocer cuál es el hombre, sino que bien veo que está Antonio considerando cómo yo he mostrado las miserias del cuerpo, a las cuales él después querrá oponer los bienes que suelen decir del alma. Ahora, pues, Antonio, porque ninguna parte del hombre te quede do yo no te haya anticipado, quiero mostrar en el alma mayores males que para el cuerpo hay. Ya tú bien sabes cómo el alma

nuestra su principal asiento tiene en el cerebro, blando y fácil de corromper; y cómo en unas celdillas de él, llenas de leve licor, hace sus obras principales con ayuda de los sentidos por do se le traslucen las cosas de fuera; y sabes también cuán fácil cosa sea embotarle o desconcertarle éstos sus instrumentos, sin los cuales ninguna cosa puede.

Los sentidos de mil maneras parecen, y, siendo estos salvos, otras causas tenemos dentro que nos ciegan y nos privan de razón: si el estómago abunda de vapores, luego ellos redundan a las partes del cerebro y enturbian los lugares que ha menester el alma tener puros; si se inflaman las entrañas, con el ardor se engendra frenesí; y si el corazón es por de fuera tocado de sangre, suceden desfallecimiento y tinieblas obscuras do el alma se olvida de todas las cosas.

Pero ¿qué es menester probarlo con estas cosas que están más apartadas, pues la misma ánima con sus obras más excelentes se destruye? Bien sabemos que en altas imaginaciones metidos muchos han perdido el seso, y que desta manera no podemos meter nuestra alma en hondos pensamientos sin peligro de su perdición. Mas pongamos ahora que todas estas cosas no le empezcan, y

que persevere tan perfecta y tan entera como puede según naturaleza; y consideremos primero cuánto vale el entendimiento, que es el sol del alma que da lumbre a todas sus obras.

Éste, si bien miráis, aunque es alabado y suele por él ser ensayado el hombre, más nos fue dado para ver nuestras miserias que para ayudarnos contra ellas: éste nos pone delante los trabajos por donde habemos pasado; éste nos muestra los males presentes y nos amenaza con los venideros antes de ser llegados. Mejor fuera, me parece, carecer de esta lumbre, que tenerla para hallar nuestro dolor con ella; principalmente pues tan poco vale para enseñarnos los remedios de nuestras faltas.

Que aunque algunos piensan que vale más nuestro entendimiento para la vida que la ayuda natural que tienen los otros animales, no es así, pues nuestro entendimiento nace con nosotros torpe y obscuro, y antes que convalezca son pasadas las mayores necesidades de la vida por la flaqueza de la niñez y los ímpetus de juventud, que son los que más han menester ser con la razón templados. Entonces ya puede algo el entendimiento cuando el hombre es viejo y vecino de la sepultura, que la vida lo ha menos

menester; y aun entonces padece mil defectos en los engaños que le hacen los sentidos.

Y también porque él, de suyo, no es muy cierto en el razonar y en el entender, unas veces siente uno y otras veces el mismo siente lo contrario, siempre con duda y con temor de afirmarse en ninguna cosa; de donde nace, como manifiesto vemos, tanta diversidad de opiniones de los hombres, que entre sí son diversos. Por lo cual yo muchas veces me duelo de nuestra suerte, porque teniendo nosotros en sola la verdad el socorro de la vida, tenemos para buscarla tan flaco entendimiento que, si por ventura puede el hombre alguna vez alcanzar una verdad, mientras la procura, se le ofrece necesidad de otras mil que no puede seguir.

Mejor están los brutos animales proveídos de saber, pues saben desde que nacen lo que han menester sin error alguno: unos andan, otros vuelan, otros nadan guiados por su instinto natural. Las aves, sin ser enseñadas, edifican nidos, mudan lugares, proveen al tiempo; las bestias de tierra conocen sus pastos y medicinas; y los peces nadan a diversas partes; todos guiados por el instinto que les dio naturaleza. Sólo el hombre es el que ha de buscar la doctrina de su vida con

entendimiento tan errado y tan incierto como ya habemos mostrado.

Aunque yo no sé por qué me quejo en tan pequeños daños de nuestro entendimiento, pues siendo aquel a quien está toda nuestra vida encomendada, ha buscado tantas maneras de traernos la muerte. ¿Quién halló el hierro escondido en las venas de la tierra? ¿Quién hizo dél cuchillos para romper nuestras carnes? ¿Quién hizo saetas? ¿Quién fue el que hizo lanzas? ¿Quién lombardas? ¿Quién halló tantas artes de quitarnos la vida sino el entendimiento, que ninguna igual industria halló de traernos la salud? Éste es el que mostró deshacer las defensas que las gentes ponen contra sus peligros; éste halló los engaños; éste halló los venenos y todos los otros males por los cuales dicen que es el hombre el mayor daño del hombre.

Otras cosas yo diría de esta parte del alma si no me pareciese que esto basta para su condenación. Y pues ella es la guía a quien las otras siguen, no sería menester de la voluntad decir nada, pues no puede ser más concertada, que es sabio su maestro; mas por mayor declaración de la intención que tengo, diré también las cosas que de ella siento.

Está la voluntad, como bien sabéis, entre dos contrarios enemigos que siempre pelean por ganarla: éstos son la razón y el apetito natural. La razón, de una parte, llama la voluntad a que siga la virtud y le muestra a tomar fuerza y rigor para acometer cosas difíciles; y, de otra parte, el apetito natural con deleite la ablanda y la distrae. Ahora, pues, ved cuál es más fácil cosa: ¿apartarse ella de su natural a mantener perpetua guerra, en obediencia de cosa tan áspera como es la razón y sus mandamientos; o seguir lo que naturaleza nos aconseja yendo tras nuestras inclinaciones, las cuales detener es obra de mayor fuerza de la que nosotros podemos alcanzar?

Principalmente que nuestros apetitos naturales nunca dejan de combatirnos, y la razón muchas veces deja de defendernos. A todas horas nos requiere la sensualidad con sus viles deleites, mas no siempre está la razón con nosotros para amonestarnos y defendernos de ella, porque no sólo este cuidado tiene el entendimiento, sino también los otros de la vida; por donde, repartiéndose según las vanas necesidades que se ofrecen, es por fuerza menester que muchas veces desampare la voluntad y la deje en medio de los que la combaten, sin que

nadie le enseñe cómo se ha de defender; donde es necesario que alguna vez, o por flaqueza o por error, sea presa de los vicios. Pues cuando viene a este estado ¿qué cosa puede ser más aborrecible que el hombre? Entonces la sensualidad, con gula y pereza y otros blandos tratamientos de la carne, ciega el entendimiento; y ella arde en sucios encendimientos de lujuria. Y si por ventura la templanza natural nos resfría, como pocas veces acontece, otros vicios hay do se va la voluntad cuando de la razón se aparta: éstos son soberbia, codicia, envidia, enemistad y otros que hay semejantes; de donde nacen las guerras, las muertes, las gravísimas perturbaciones en que traen los hombres al mundo.

Ahora, pues, ¡vengan esos sabios, esos que suelen tanto ensalzar el ánimo del hombre; díganos ahora do pudieron ellos hallar bien alguno entre tantos males! Todo es vanidad y trabajo lo que a los hombres pertenece, como bien se puede ver si los consideramos en los pueblos donde viven en comunidad. Allí veremos unos de ellos en sus artes que dicen mecánicas estar peleando con la dureza del hierro; otros figuran piedras; otros suben pesos; otros pulen la madera; otros la lana; y otros en otros ejer-

cicios sudan y trabajan encorvados sobre sus obras, do en pequeño espacio tienen ocupados los ojos y el pensamiento.

Y verás allí otros los días y las noches del reposo ocupados en las disciplinas, con cuidado perpetuo, en las cuales pierde tanto la memoria como gana el entendimiento. Así los veréis, a los que siguen disciplinas, acabado el trabajo tornar de nuevo a él; los cuales me parece que así hacen como de Sísifo dijeron los poetas: que cuantas veces sube una piedra a la cumbre de un monte infernal, tantas veces se le cae y torna al trabajo. Pues si ésta les pareció bastante pena para ser uno atormentado en el infierno, éstos que son en la República más estimados por las disciplinas, ¿qué descanso pensáis que tienen, peleando continuamente con el peso de ellas, que tantas veces se les cae de la memoria cuantas lo levantan con el entendimiento?

Todos trabajan y sudan los que viven en los pueblos; y los labradores de los campos que andan fuera de ellos no carecen de penas: descubiertos por los soles y las aguas, andando por las soledades a procurar el mantenimiento de los otros que viven en sus casas, como esclavos de ellos, sin esperar fin o reposo alguno, mas antes

toman de nuevo al trabajo por el orden mismo que tornan los años.

Pues los que gobiernan, mirad cómo no tienen ellos tampoco descanso, buscando la verdad entre las contiendas de los hombres y sus porfías, donde el hallarla es cosa de gran cuidado y gran dificultad. Cuanto más que, pues el hombre que con mayor cuidado mira por sí, a gran pena puede dar en sus cosas concierto, las cuales conoce y es de ellas señor, ¿cómo podrá el que gobierna concertar las vidas de tantos hombres, no sabiendo de sus intenciones nada, que ellos tienen encubiertas en sus pechos? Y si miráis la gente de guerra que guarda la república, verlos habéis vestidos de hierro, mantenidos de robos, con cuidados de matar y temores de ser muertos, andando en continua mudanza donde los llama la fortuna, con iguales trabajos en la noche y en el día.

Así que todos estos y los demás estados de los hombres no son sino diversos modos de penar, do ningún descanso tienen ni seguridad en alguno de ellos, porque la fortuna todos los confunde y los revuelve con vanas esperanzas y vanos semblantes de honras y riquezas; en las cuales cosas, mostrando cuán fácil es y cuán

incierta, a todos mete en deseos de valer tan desordenados que no hay lugar tan alto do los queramos dejar. Con estos escarnios de fortuna, cada uno aborrece su estado con codicia de los otros, do, si llega, no halla aquel reposo que pensaba, porque todos los bienes de fortuna al desear parecen hermosos, y al gozar llenos de pena.

Así andan los hombres, atónitos, errados buscando su contentamiento donde no pueden hallarlo. Y entre tanto se les pasa el tiempo de la vida, y los lleva a la muerte con pasos acelerados, sin sentirlo. La cual nos espera encubierta, no sabemos a cuál parte de la vida, más bien vemos que jamás estamos tan seguros de ello que no podamos tenerla muy cierta. A veces se nos esconde do menos sospecha hay; y otras veces la hallamos do vamos huyendo de ella; unas veces lleva al hombre en la primera edad, y entonces es piadosa, pues le abrevia el curso de sus trabajos; otras veces, que es cruel, lo saca de entre los deleites de la edad entera, cuando ya ha cobrado a la vida grande amor. Mas pongamos que la muerte deje al hombre hacer el curso natural: la más luenga vida ¿no vemos cuán breve pasa?

La niñez en breves días se nos va, sin sentido; la mocedad se pasa mientras nos instruimos y componemos para vivir en el mundo; pues la juventud pocos días dura, y éstos en pelea que con la sensualidad entonces tenemos, o en darnos por vencidos de ella, que es peor. Luego viene la vejez, do en el hombre comienzan a hacerse los aparejos de la muerte. Entonces el calor se resfría; las fuerzas lo desamparan; los dientes se le caen, como poco necesarios; la carne se le enjuga y las otras cosas se van parando tales cuales han de estar en la sepultura. Hasta que el fin llega volando, con calas, a quitarle de sus dulces miserias, y aun allí en la despedida lo affigen nuevos males y tormentos.

Allí le vienen dolores crueles, allí turbaciones; allí le vienen suspiros con que mira la lumbre del cielo que va ya dejando, y con ella los amigos y parientes y otras cosas que amaba, acordándose del eterno apartamento que de ellas ha de tener. Hasta que los ojos entran en tinieblas perdurables en que el alma los deja retraída a despedirse del seso y el corazón y las otras partes principales donde, en secreto, solía ella tomar sus placeres. Entonces muestra

bien el sentimiento que hace por su despedida, estremeciendo el cuerpo y, a veces, poniéndolo en rigor con gestos espantables en la cara, do se representan las crudas agonías en que dentro anda entre el amor de la vida y temor del infierno; hasta que la muerte con su cruel mano le desase de las entrañas. Así fenece el miserable hombre, conforme a la vida que antes pasó.

Aquí pudiera, Dinarco, poner fin a ésta mi habla pues he traído el hombre hasta el punto donde desvanece, si no viera que me queda nueva pelea con la fama, vana consoladora de la brevedad de nuestra vida. Ésta toman muchos por remedio de muerte, porque dicen que da eternidad a las mejores partes del hombre, que son el nombre y la gloria de los hechos, los cuales quedan en memoria de las gentes que es, según dicen, la vida verdadera. Donde claro muestran los hombres su gran vanidad, pues esperan el bien para cuando no han de tener sentido. ¿Qué aprovecha a los huesos sepultados la gran fama de los hechos? ¿Dónde está el sentido? ¿Dónde el pecho para recibir la gloria? ¿Dónde los ojos? ¿Dónde el oír con que el hombre coge los frutos de ser alabado? Los cuerpos en la sepultura no son diferentes de las piedras que los cubren: allí

yacen en tinieblas, libres de bien y mal, do nada se les da que ande el nombre volando con los aires de la fama. La cual es tan incierta, que al fin mezcla la verdad con fábulas vanas, y quita de ser conocidos los difuntos por los nombres que tenían. Las memorias de los grandes hombres troyanos y griegos, con la antigüedad están así corrompidas, que ya por sus nombres no conocemos los que fueron, sino otros hombres fingidos que han hecho en su lugar, con fábulas, los poetas y los historiadores, con gana de hacer más admirables las cosas. Y aunque digan la verdad, no escriben en el cielo incorruptible, ni con letras inmutables; sino escriben en papel, con letras que, aunque en él fueran durables, con mudanza de los tiempos al fin se desconocen. Las letras de egipcios y caldeos, y otros muchos que tanto florecieron, ¿quién las sabe? ¿Quién conoce ahora los reyes, los grandes hombres que a ellas encomendaron su fama?

Todo va en olvido; el tiempo lo borra todo. Y los grandes edificios que otros toman por socorro para perpetuar la fama, también los abate y los iguala con el suelo. No hay piedra que tanto dure, ni metal, que no dure más el tiempo,

consumidor de las cosas humanas. ¿Qué se ha hecho de la torre fundada para subir al cielo? Los fuertes muros de Troya; el templo noble de Diana; el sepulcro de Mausoleo; tantos grandes edificios de romanos de que apenas se conocen las señales donde estaban, ¿qué son hechos? Todo esto se va en humo, hasta que toman los hombres a estar en tanto olvido como antes que naciesen, y la misma vanidad se sigue después que primero había.

Hasta aquí, Dinarco, me ha parecido decir del hombre; ahora yo lo dejo a él y su fama enterrados en olvido perdurable. Yo no sé con qué razones tú, Antonio, podrás resucitarlo. Dale vida, si pudieres, y consuelo contra tantos males como has oído, que si tú así lo hicieres, yo seré vencido de buena gana, pues tu victoria será gloria para mí, que me veré constituido en más excelente estado que pensaba.

ANTONIO: Considerando, señores, la composición del hombre –de quien hoy he de decir–, me parece que tengo delante los ojos la más admirable obra de cuantas Dios ha hecho, donde veo no solamente la excelencia de su saber más representada que en la gran fábrica del cielo, ni en la fuerza de los elementos, ni en todo el orden

que tiene el universo; mas veo también como en espejo claro el mismo ser de Dios y los altos secretos de su Trinidad.

Parte de esto vieron los sabios antiguos con la lumbré natural, pues que puestos en tal contemplación dijo Trismegisto que gran milagro era el hombre, do cosas grandes se veían; y Aristóteles creyó que era el hombre el fin a quien todas las cosas acatan, y que el cielo tan excelente y las cosas admirables que dentro de sí tiene, todas fueron reducidas a que el hombre tuviese vida, sin el cual todas parecían inútiles y vanas. Sólo Epicuro se quejaba de la naturaleza humana, que le parecía desierta de bien y afligida de muchos males, alegando tales razones que me parece que tú, Aurelio, lo has bien en ellas imitado; por lo cual le parecía que este mundo universal se regía por fortuna, sin providencia que dentro dél anduviese a disponer de sus cosas. Mas de cuánto valor sea la sentencia de Epicuro, ya él lo mostró cuando antepuso el deleite a la virtud.

Yo no quisiera que aprobara al hombre quien a la virtud condena; basta que lo aprueben aquellos que con alto juicio saben que al artífice hace grave injuria quien reprueba su obra más

excelente. Dios fue el artífice del hombre y por eso, si en la fábrica de nuestro ser hubiese alguna falta, en Él redundaría más señaladamente que de otra obra alguna, pues nos hizo a su imagen para representarlo a él. Si en la figura pintada do algún hombre se nos muestra hubiese alguna fealdad, ésta atribuiríamos a cuya es la imagen, si creemos que fue hecha con verdadera semejanza; pues así las faltas de naturaleza humana, si algunas hubiese, pensaríamos que en Dios estuviesen, pues ninguna cosa hay que tan bien represente a otra como a Dios representa el hombre.

En el ánimo lo representa más verdaderamente; la cual es incorruptible y simplicísima, sin composición alguna, toda en un ser como es Dios, y en este ser tres poderíos tiene con que representa la divina Trinidad. El Padre, soberano principio universal de donde todo procede, en contemplación de su divinidad engendra al Hijo, que es su perfecta imagen; la cual Él amando, y siendo de ella amado, procede el Espíritu Santo como vínculo de amor. Así con gran semejanza el ánimo nuestra, contemplando, engendra su verdadera imagen, y conociéndose por ella, produce amor. De esta manera, con su memoria, con que

hace la imagen; y con el entendimiento, que es el que usa de ella; y con la voluntad, adonde mana el amor, representa a Dios: no sólo en esencia, sino también en Trinidad.

Por lo cual en la creación del mundo, habiendo hecho la Sagrada Escritura mención de Dios con nombre de *Uno*, cuando hubo de criarse el hombre refiere que dijo Dios: “hagamos el hombre a nuestra imagen y semejanza”; así que se declaró ser muchas personas en aquel paso do hacía la imagen de ellas. Y no sin causa dobló la palabra cuando dijo *imagen y semejanza*, porque la imagen es de la esencia, y la semejanza es del poder y del oficio: que así como Dios tiene en su poderío la fábrica del mundo, y con su mando la gobierna, así el ánima del hombre tiene el cuerpo sujeto, y según su voluntad lo mueve y lo gobierna; el cual es otra imagen verdadera de este mundo a Dios sujeto. Porque, como son estos elementos de que está compuesta la parte baja del mundo, así son los humores en el cuerpo humano, de los cuales es templado. Y como veis el cielo ser en sí puro y penetrable de la lumbre, así es en nosotros el leve espíritu animal, situado en el cerebro y de allí a los sentidos derivado, por do se recibe lumbre y vista de las cosas de fuera.

Por donde es manifiesto ser el hombre cosa universal que de todas participa: tiene ánima a Dios semejante, y cuerpo semejante al mundo; vive como planta, siente como bruto y entiende como ángel. Por lo cual bien dijeron los antiguos que es el hombre menor mundo cumplido de la perfección de todas las cosas. Como Dios, en sí tiene perfección universal; por donde otra vez somos tornados a mostrar cómo es su verdadera imagen. Y pues es así que los príncipes, cuando mandan esculpirse, hacen que se busque alguna piedra excelente, o se purifique el oro para hacer la figura según su dignidad, creíble cosa es que, cuando Dios quiso hacer la imagen de su representación, que tomaría algún excelente metal, pues en su mano tenía hacerla de cual quisiese. Mas la causa por que la puso en la tierra, siendo tan excelente, oiréis ahora.

Los antiguos fundadores de los pueblos grandes, después de hecho el edificio, mandaban poner su imagen esculpida en medio de la ciudad, para que por ella se conociese el fundador; así Dios, después de hecha la gran fábrica del mundo, puso al hombre en la tierra, que es el medio dél, porque en tal imagen se pudiese conocer quién lo había fabricado.

Mas no quiso que fuese aquí como morador, sino como peregrino desterrado de su tierra, y, como dice san Pablo, caminando para Dios nuestra tierra es en el cielo; mas púsonos Dios acá, en el profundo, para que se vea primero si somos merecedores de ella.

Porque como el hombre tiene en sí natural de todas las cosas, así tiene libertad de ser lo que quisiere: es como planta o piedra puesto en ocio; y si se da al deleite corporal es animal bruto; y si quisiere es ángel hecho para contemplar la cara del padre; y en su mano tiene hacerse tan excelente que sea contado entre aquellos a quien dijo Dios: *dioses sois vosotros*. De manera que puso Dios al hombre acá, en la tierra, para que primero muestre lo que quiere ser, y si le placen las cosas viles y terrenas, con ellas se queda perdido para siempre y desamparado; mas si la razón lo ensalza a las cosas divinas, o al deseo de ellas y cuidado de gozarlas, para él están guardados aquellos lugares del cielo que a ti, Aurelio, te parecen tan ilustres. Y Dios no nos los defiende; mas antes viendo Él que los tuvimos perdidos, envió a su unigénito hijo a juntarse con nosotros en nuestra misma carne, para que con su sangre nos abriese las puertas del cielo,

cerradas primero a nuestros viles pecados, y nos mostrase los caminos de ir a ellas.

Los ángeles que Dios tuvo cabe sí, cuando de ellos fue ofendido, los apartó y los echó en tinieblas sin remedio para siempre; y al hombre quiso tanto que, habiéndose perdido con soberbio deseo de sabiduría, vino a él como a hijo más querido y no solamente lo perdonó, mas limpióle los ojos de su ceguedad y mostró cuán excelente ser y cuán bastante le había dado, pues él no se desdeñaba de juntar la naturaleza humana con su misma deidad, para que conociese el hombre cuán mal había hecho en menospreciar su estado. Y con todo esto, para darle claro testimonio del amor que le tenía, sufrió por él injurias, sufrió trabajo, sufrió persecución, y al fin sufrió enclavar sus miembros en el leño de la Cruz; y vertió la sangre de su corazón con que nos tornó a heredar de su santo reino, de do por nuestros pecados nos había desheredado.

Ahora, pues, ¿quién será osado de aborrecer al hombre, pues lo quiere Dios por hijo y lo tiene tan mirado? ¿Quién osará decir mal de la hermosura humana? ¿De quién anda Dios tan enamorado que por ningunos desvíos ni desdenes ha dejado de seguirlo? Guardaos, los que esto decís,

de ofender más a Dios en culparle la obra que Él ha juzgado digna de ser guardada con tanta perseverancia y tanto sufrimiento, que las cosas por do vuestra culpa os engaña a menospreciar el hombre ahora veréis que son con más amor hechas que agradecimiento.

El cuerpo humano, que te parecía, Aurelio, cosa vil y menospreciada, está hecho con tal arte y tal medida, que bien parece que alguna grande cosa hizo Dios cuando lo compuso. La cara es igual a la palma de la mano; la palma es la novena parte de toda la estatura, el pie es la sexta y el codo la cuarta; y el ombligo es el centro de un círculo que pasa por los extremos de las manos y los pies estando el hombre tendido, abiertas piernas y brazos. Así que tal compostura y proporción, cual no se halla en los otros animales, nos muestra ser el cuerpo humano compuesto por razón más alta. El cual puso Dios enhiesto, sobre pies y piernas de hechura hermosa y conveniente, porque pudiese contemplar el hombre la morada del cielo para donde fue criado. A los otros animales puso bajos y inclinados a la tierra para buscar sus pastos y cumplir con un solo cuidado que del vientre tienen. Y aunque a éstos los cubrió todos de pieles y de lanas, al

hombre no cubrió sino sola la cabeza, mostrando que sola la razón que en ella mora tuvo menester amparo y, ella proveída, daría a las otras partes bastante provisión.

Ahora miremos la excelencia de su cara. La frente soberana, donde el ánima representa sus mudanzas y aficiones, ¿cuán hermosa, cuán patente? Debajo de ella están puestos los ojos, como ventanas muy altas del alcázar de nuestra alma, por donde ella mira las cosas de fuera; no llanos ni hundidos, mas redondos y levantados, porque estuviesen tomados a diversas partes y pudiesen juntamente de todas ellas recibir las imágenes que vienen. Los oídos están en ambos lados de la cabeza, para coger los sonidos que de todas partes vienen. La nariz está puesta en medio de la cara, como cosa muy necesaria para su hermosura, por do el hombre respira, para evitar la fealdad de traer la boca abierta; y por ella recibimos el olor, y ella es la que tiembla el órgano de la voz. Debajo de la cual sucede la boca, que entre labios colorados muestra dentro sus blancos dientes, que son colores mezclados cuales pertenecen a mucha hermosura; y ella es la puerta por do entra nuestra vida, que es el mantenimiento de que nos sustentamos, y

la puerta por do salen los mensajes de nuestra alma, publicados con nuestra lengua, que mora dentro en la boca como en casa bien proveída de lo que ha menester. Allí tiene por dónde la voz le venga del pecho y, después de recibida, tiene dientes, tiene labios y los otros instrumentos con que la puede formar. ¿Quién podría ahora explicar bien claramente las excelentes obras que la lengua hace en nuestra boca? Unas veces rigiendo la voz por números de música, con tanta suavidad, que no sé cuál puede ser otro mayor deleite de los lícitos humanos; otras veces mostrando las razones de las cosas, con tanta fuerza, que despierta la ignorancia, enmienda la maldad, amansa las iras, concierta los enemigos y da paz a las cosas conmovidas en furor.

Grandes son los milagros de la lengua, la cual, sola, es bien bastante para honrar todo el cuerpo; mas hablemos ahora de las otras partes, porque a todas demos la dignidad que les pertenece. La barba y las mejillas son no solamente para firmeza y capacidad de lo que contienen, sino también para singular hermosura que con ellas tiene la cara del hombre. El cuello, ya lo vemos cómo es flexible para traer en torno la cabeza a considerar todas las partes

que cerca de sí tiene. El pecho está debajo, más tendido que en los otros animales, como capaz de mayores cosas; en el cual no solamente obró Dios proveyendo a la necesidad natural, sino también a la hermosura, pues puso en el varón, de ambas partes, pequeñas tetas no para más de adornar el pecho.

De sus lados más altos salen los brazos, en cuyos extremos están las manos, las cuales, solas, son miembros de mayor valor que cuantos dio naturaleza a los otros animales. Son éstas en el hombre siervas muy obedientes del arte y de la razón, que hacen cualquiera obra que el entendimiento les muestra en imagen fabricada. Éstas, aunque son tiernas, ablandan el hierro y hacen dél mejores armas para defenderse que uñas ni cuernos; hacen dél instrumentos para compeler la tierra a que nos dé bastante mantenimiento, y otros, para abrir las cosas duras y hacerlas todas a nuestro uso. Éstas son las que aparejan al hombre vestido, no áspero ni feo cual es el de los otros animales, sino cual él quiere escoger. Éstas hacen moradas bien defendidas de las injurias de los tiempos; éstas hacen los navíos para pasar las aguas; éstas abren los caminos por donde son ásperos, y hacen al hombre llano todo el mundo.

Éstas doman los brutos valientes; éstas traen los toros robustos a servir al hombre, abajados sus cuellos debajo del yugo; éstas hacen a los caballos furiosos sufrir ellos los trabajos de nosotros; éstas cargan los elefantes; éstas matan los leones; éstas enlazan los animales astutos; éstas sacan los peces del profundo de la mar, y éstas alcanzan las aves que sobre las nubes vuelan. Éstas tienen tanto poderío, que no hay en el mundo cosa tan poderosa que de ellas se defienda. Las cuales no tienen menos bueno el parecer que los hechos.

Ahora, pues, si bien contempláis, veréis al hombre compuesto de nobles miembros y excelentes, do nadie puede juzgar cuál cuidado tuvo más su artífice: de hacerlos convenientes para el uso, o para la hermosura. Por lo cual, los pintores sabios en ninguna manera se confían de pintar al hombre más hermoso que desnudo; y también naturaleza lo saca desnudo del vientre, como ambiciosa y ganosa de mostrar su obra tan excelente sin ninguna cobertura. Que si el hombre sale llorando, no es porque sea aborrecido de naturaleza o porque este mundo no le sirva, sino es, como bien dijiste tú, Aurelio, porque no se halla en su verdadera tierra. ¿Quién es natural

del cielo?; ¿en qué otro lugar se puede hallar bien, aunque sea bien tratado según su manera? El hombre es del cielo natural, por eso no te maravilles si lo ves llorar estando fuera dél.

Ni pienses tampoco que es menos bien obrado dentro de su cuerpo que has visto por de fuera; antes sus partes interiores son de mayor artificio, de las cuales yo no hablo ahora, con miedo que la Filosofía no me desvíe muy lejos de mi fin. Pero diré a lo menos a lo que tú me provocas que en la pelea de contrarias calidades, y en la multitud de venas y fragilidad de huesos, o no hay tanto peligro como tú representaste o, si es así, en ello se muestra qué cuidado tiene de nosotros Dios, pues entre peligros tan ciertos nos conserva tantos días. Y lo que tú dices que hacemos a todas las cosas fuerza para vivir nosotros, vanas querellas son, pues todas las cosas mundanas vienen a nuestro servicio no por fuerza, sino por obediencia que nos deben. ¿No has oído en los cantares de David, donde por el hombre dice, hablando con Dios: “Ensalzástelo sobre las obras de tus manos, todas las cosas pusiste debajo de sus pies: ovejas y vacas y los otros ganados, las aves del cielo y los peces de la mar”? Esto dice David, y pues Dios es señor

universal, Él nos pudo dar sus criaturas, y, dadas, nosotros usar de ellas según requiere nuestra necesidad. Las cuales no reciben injuria cuando mueren para mantener la vida del hombre, mas vienen a su fin para que fueran criadas.

De las cosas que ya dichas tengo puedes conocer, Aurelio, que no es el hombre desamparado de quien el mundo gobierna, como tú dijiste; mas antes abastecido más que otro animal alguno, pues le fueron dados entendimiento y manos para esto bastantes, y todas las cosas en abundancia de que se mantuviese. Ahora quiero satisfacerte a lo que tú querías decir: que estas cosas mejor fuera que sin trabajo las alcanzara, que no buscadas con tanto afán, y guardadas con tanto cuidado.

Si bien consideras, hallarás que estas necesidades son las que ayuntan a los hombres a vivir en comunidad, de donde cuánto bien nos venga, y cuánto deleite, tú lo ves, pues que de aquí nacen las amistades de los hombres y suaves conversaciones; de aquí viene que unos a otros se enseñen, y los cuidados de cada uno aprovechen para todos. Y si nuestra natural necesidad no nos ayuntara en los pueblos, tú vieras cuáles anduvieran los hombres: solitarios,

sin cuidado, sin doctrina, sin ejercicios de virtud, y poco diferentes de los brutos animales; y la parte divina, que es el entendimiento, fuera como perdida, no teniendo en qué ocuparse. Así que lo que nos parece falta de naturaleza, no es sino guía que nos lleva a hallar nuestra perfección.

Cuanto más que, aunque estos bienes alcanzáramos sin nuestras necesidades naturales, los hombres son tan diversos en voluntades, que no era cosa conveniente que Dios les diese más de instrumentos para que cada uno se proveyese de las cosas según su apetito. Así que esta incertidumbre en que Dios puso al hombre responde a la libertad del alma: unos quieren vestir lana, otros lienzo, otros pieles; unos aman el pescado, otros la carne, otros las frutas. Quiso Dios cumplir la voluntad de todos haciéndolos en estado en que pudiesen escoger, y pues es así, no debemos tener por aspereza lo que Dios nos concedió como a hijos regalados. Dime ahora tú, Aurelio, si Dios te hiciera con cuernos de toro, con dientes de jabalí, con uñas de león, con pellejo lanudo, ¿no te parece que con estas provisiones que alabas en los otros animales te hallaras tan desproveído, según tu voluntad, que con ellas otra cosa no desearas

más que la muerte? Pues si así es, no te quejes de la naturaleza humana, que todas las cosas imita y sobrepuja en perfección. Solamente veo que no pudo el hombre imitar las alas de las aves, lo cual me parece que nos fue prohibido con admirable providencia, porque de las alas no les viniera tanto provecho a los buenos como de los malos les viniera daño. No tenemos qué hacer en los aires; basta que la tierra donde vivimos la podamos andar toda, y pasar los mares, que atajan los caminos.

Gran cosa es el hombre, y admirable. El cual quiso Dios que con muchas tardanzas convaleciese después de nacido, dándonos a entender la grande obra que en él hacía. Bien vemos que los grandes edificios en unos siglos comienzan, y en otros se acaban; pues así Dios da perfección al hombre en tan largos días, aunque en un momento pudiera hacerlo, porque por semejanza de las cosas que nuestras manos hacen conozcamos ésta su obra. La cual para bien ver, tiempo es ya que entremos dentro a mirar el alma que mora en este templo corporal. La cual, como Dios, que aunque en todo el mundo mora, escogió la parte del cielo para manifestar su gloria, y la señaló como lugar propio –según nos mostró en

la oración que hacemos al Padre—, y de allí envía los ángeles y gobierna el mundo, así el ánima nuestra, que en todo lo imita, aunque está en todo el cuerpo, y todo lo rige y mantiene, en la cabeza tiene su asiento principal donde hace sus más excelentes obras. Desde allí ve y entiende, y allí manda; desde allí envía al cuerpo licores sutiles que le den sentido y movimiento; y allí tienen los nervios su principio, que son como las riendas con que el alma guía los miembros del cuerpo. Bien conozco que, así el cerebro como las otras partes do principalmente el alma está, son corruptibles y reciben ofensas —como tú, Aurelio, nos mostrabas—; pero esto no es por mal del alma, antes es por bien suyo, porque con tales causas de corrupción es disoluble de estos miembros para volar al cielo do es —como ya he dicho— el lugar suyo natural. Por eso hablemos ahora del entendimiento, que tú tanto condenas.

El cual para mí es cosa admirable cuando considero que aunque estamos aquí —como tú dijiste— en la hez del mundo, andamos con él por todas las partes: rodeamos la tierra, medimos las aguas, subimos al cielo, vemos su grandeza, contamos sus movimientos y no paramos hasta

Dios, el cual no se nos esconde. Ninguna cosa hay tan encubierta, ninguna hay tan apartada, ninguna hay puesta en tantas tinieblas, do no entre la vista del entendimiento humano para ir a todos los secretos del mundo; hechas tiene sendas conocidas, que son las disciplinas, por do lo pasea todo. No es igual la pereza del cuerpo a la gran ligereza de nuestro entendimiento, ni es menester andar con los pies lo que vemos con el alma. Todas las cosas vemos con ella, y en todas miramos, y no hay cosa más extendida que es el hombre que, aunque parece encogido, su entendimiento lo engrandece. Éste es el que lo iguala a las cosas mayores; éste es el que rige las manos en sus obras excelentes; éste halló la habla con que se entienden los hombres; éste halló el gran milagro de las letras, que nos dan facultad de hablar con los absentes y de escuchar ahora a los sabios antepasados las cosas que dijeron. Las letras nos mantienen la memoria, nos guardan las ciencias y, lo que es más admirable, nos extienden la vida a largos siglos, pues por ellas conocemos todos los tiempos pasados, los cuales vivir no es sino sentirlos.

Pues, ¿qué mal puede haber, decidme ahora, en la fuente del entendimiento, de donde tales

cosas manan? Que si parece turbia –como dijo Aurelio–, esto es en las cosas que no son necesarias en que, por ambición, se ocupan algunos hombres; que en las cosas que son menester lumbre tiene natural con que acertar en ellas; y en las divinas secretas Dios fue su maestro. Así que Dios hizo al hombre recto, mas él, como dice Salomón, se mezcló en vanas cuestiones.

Para ver las cosas de nuestra vida no nos falta lumbre, y en éstas, si queremos, acertamos; y las mayores tinieblas para el entendimiento son la perversa voluntad. Así está escrito que en el ánimo malvada no entrará sabiduría. No es luego falta de entendimiento caer en errores, sino de nuestros vicios, que lo ciegan y lo ensucian. Los cuales si evitamos, y seguimos la virtud, tenemos la vista clara y nunca erramos, como quien anda por camino manifiesto; mas si andamos en maldades, hay por ellas tantas sendas, y tan escondidas, que ni pueden conocerse, ni era cosa justa que diese Dios lumbre para andar en ellas. Aquí son los desvanecimientos del hombre; aquí los errores, entre los cuales yo no cuento las armas como tú, Aurelio, que pues había de haber malos, buenas fueron para defendernos de ellos. No hay cosa tan buena que el uso no

pueda hacerla mala: ¿qué cosa hay mejor que la salud? Pero ésta, como ves, muchas veces es el fundamento de seguir los vicios. Quien de ésta usa según virtud lo amonesta, buena joya tiene; así pues, las armas con mal uso se hacen malas, que ellas en sí buenas son para defenderse de las bestias impetuosas y los hombres que les parecen. Por lo cual cesen, Aurelio, tus quejas del entendimiento, no parezcas a Dios desagrado de tan alto don; y ahora escucha la gran excelencia de nuestra voluntad.

Ésta es el templo donde a Dios honramos, hecha para cumplir sus mandamientos y merecer su gloria; para ser adornada de virtudes y llena del amor de Dios y del suave deleite que de allí se sigue. La cual nunca se halla del entendimiento desamparada, como piensas, porque él, como buen capitán, la deja bien amonestada de lo que debe hacer cuando de ella se aparta a proveer las otras cosas de la vida; y los vicios que la combaten no son enemigos tan fuertes que ella no sea más fuerte, si quiere defenderse. Esta guerra en que vive la voluntad fue dada para que muestre en ella la ley que tiene con Dios. De la cual guerra no te debes quejar, Aurelio, pues a los fuertes es deleite defenderse de los males; porque no son

tan grandes los trabajos que son menester para vencer, como la gloria del vencimiento. Cuan-
to más que, pues los antiguos romanos solían
pelear en regiones extrañas, y pasar gravísimos
trabajos por alcanzar en Roma un día de triunfo
con vanagloria mundana, ¿por qué nosotros no
pelearemos de buena gana dentro de nosotros
con los vicios, para triunfar en el cielo con glo-
ria perdurable? Principalmente pues tenemos
los santos ángeles en la pelea por ayudadores
nuestros, como san Pablo dice, que son envia-
dos para encaminar a la gloria los que para ella
fueron escogidos.

Y no te espantes, Aurelio, si el hombre
corrompido de vicios es cosa tan mala como
representaste, porque es como la vihuela
templada, que hace dulce armonía, y, cuando
se destempla, ofende los oídos. Si el hombre se
templa con las leyes de virtud, no hay cosa más
amable; mas si se destempla con los vicios, es
aborrecible, y tanto más cuanto las faltas más
feas parecen en lo más hermoso. Y esto basta,
me parece, para que tú, Aurelio, sientas bien
de las dos partes del alma. Ahora veamos los
estados de los hombres y sus ejercicios, de
que tanto te quejas.

Los artífices que viven en las ciudades no tienen la pena que tú representabas, mas antes singular deleite en tratar las artes, con las cuales explican lo que en sus almas tienen concebido. No es igual el trabajo de pintar una linda imagen, o cortar un lindo vaso, o hacer algún edificio, al placer que tiene el artífice después de verlo hecho. ¿Cuánto más te parece, Aurelio, que sería mayor pena que alguno en su entendimiento considerase alguna excelente obra, como fue el navío para pasar los mares, o las armas para guardar la vida, si en sí no tuviese manera de ablandar el hierro, hender los maderos, y hacer las otras cosas que tú representas como enojos de la vida? Paréceme a mí que en mayor tormento viviera el hombre, si las cosas usuales que viera con los ojos del entendimiento no pudiera alcanzarlas con las manos corporales. Por eso no condenes tales ejercicios como son éstos del hombre, antes considera que, como Dios es conocido y alabado por las obras que hizo, así nuestros artificios son gloria del hombre que manifiesta su valor.

Ahora el orden por donde tú, Aurelio, me guiaste, requiere que diga del estado de los hombres letrados; do primero escucha lo que dijo

Salomón en sus Proverbios: “Bienaventurado es el que halló sabiduría y abunda de prudencia; mejor es su ganancia que la de oro y plata, y todas las cosas excede que se pueden desear”. ¡Gran cosa es, Aurelio, la sabiduría, la cual nos muestra todo el mundo, y nos mete a lo secreto de las cosas, y nos lleva a ver a Dios, y nos da habla con Él y conversación, y nos muestra las sendas de la vida! Ésta nos da en el ánimo templanza; ésta alumbrá el entendimiento, concierta la voluntad, ordena al mundo, y muestra a cada uno el oficio de su estado; ésta es reina y señora de todas las virtudes; ésta enseña la justicia y templa la fortaleza; por ella reinan los reyes y los príncipes gobiernan; y ella halló las leyes con que se rigen los hombres. Donde puedes ver, Aurelio, cuán bien empleado sería cualquier trabajo que por ella se tomase.

Por eso no compares los sabios con Sísifo infernal, aunque los veas muchas veces tornar a aprender de nuevo lo que tienen sabido, mas antes los compara a los amadores de alguna gran hermosura, cuyo deleite de verla recrea el trabajo de seguirla. ¡O alta sabiduría, fuente divina de do mana clara la verdad; do se apacientan los altos entendimientos! ¿Qué maravilla es,

pues eres tan dulce, que tornemos a ti muchas veces con sed? ¡Más me maravillaría yo si quien te hubiese gustado nunca a ti tornase, aunque tuviese en el camino todos los peligros de su vida! Cuanto más que ni los hay, ni trabajos algunos de los que tú decías, sino fácil entrada y suave perseverancia. El camino de ir a ella es el deseo de alcanzarla, y presto se deja ver de quien con amor la busca; pero hágote saber que el amor de ésta es el temor de Dios, que limpia los ojos de nuestro entendimiento y esclarece la lumbre que para conocer el bien y el mal Dios nos dio. Y ésta es la lumbre por quien dijo Salomón: “Quien con la lumbre velare para haber sabiduría no trabaje, que a su puerta la hallará sentada”, queriendo decir que muy cerca está la sabiduría de quien la mira con ojos claros del entendimiento, limpios, con amor y deseo de servir a Dios. Los que la buscan en medio de las tinieblas de sus pecados, no es maravilla que la vean como sombra, y que no puedan asirla, y en vano trabajen para tenerla. Aunque bien confieso que es algo lábil nuestra ciencia, de cualquier manera que la hayamos alcanzado, y no tanto como tú dijiste, Aurelio, pero esto es porque deseemos el asiento en ella, y el perfecto

entendimiento cual es el de la gloria que Dios nos tiene aparejada. No era cosa conveniente que aquí, do somos peregrinos, tuviésemos tales cumplimientos como en nuestro natural, sino solamente tales muestras de lo que hay allá, que nos encendamos en deseo de no errar el camino por do habemos de ir.

Con esto me parece, Aurelio, que los sabios están en salvo, fuera del peligro de ser por tus razones su estado condenado. Los que labran los campos, que pusiste tras éstos, no son tales como nos mostrabas. Tú decías que son esclavos de los que moramos en las ciudades, y a mí no me parecen sino nuestros padres, pues que nos mantienen; y no solamente a nosotros, sino también a las bestias que nos sirven, y a las plantas que nos dan fruto. Grande parte del mundo tiene vida por los labradores, y gran galardón es de su trabajo el fruto que dél sacan. Y no pienses que son tales sus afanes cuales te parecen: que el frío y el calor que a nosotros nos espantan, por la mucha blandura en que somos criados, a ellos ofenden poco, pues para sufrirlos han endurecido, y en los campos abiertos tienen mejores remedios que nosotros en las casas, pues con sus ejercicios no sienten el frío, y del

calor se recrean en las sombras de los bosques, do tienen por camas los prados floridos, y por cortinas los ramos de los árboles. Desde allí oyen los ruiseñores y las otras aves, o tañen sus flautas, o dicen sus cantares, sueltos de cuidados y de ganas de valer más atormentadores de la vida humana que frío ni calor; allí comen su pan, que con sus manos sembraron, y otra cualquier vianda de las que sin trabajo se pueden hallar, dichosos con su estado, pues no hay pobreza ni mala fortuna para el que se contenta. Así viven en sus soledades, sin hacer ofensa a nadie y sin recibirla, donde alcanzan no más entendimiento de las cosas que es menester para gozarlas. Dejémoslos, pues, ahora en su reposo, y veamos el estado de los que gobiernan si es tal como tú, Aurelio, dijiste.

Éstos tienen poderío, que recibieron de Dios para gobernar el pueblo, con el cual libran los buenos de las injurias de los malos, amparan las viudas, sostienen los huérfanos, y dan libertad a los pobres y ponen freno a los poderosos; procuran la paz y, ávida, la guardan; dan a todos sosiego y segura posesión de sus bienes. Así parece el que gobierna ánima del pueblo, que todas sus partes tiene en concierto, y a todas

da vida con regimiento; el cual, si faltase, toda la república se disiparía como se deshace el cuerpo cuando el ánima lo desampara. Y pues es así, noble estado es el de los que rigen, y gran dignidad; no obscuro o impedido como tú decías, Aurelio: que no pienses que por la dificultad que el hombre tiene en regirse a sí mismo, se ha de considerar la que tendrá en regir a muchos. Porque en las cosas propias es difícil juzgar, donde se entremeten nuestras pasiones, mas en las ajenas somos libres, y podemos más claro ver lo que muestra la razón, sin que nuestros apetitos nos lo estorben; en las cuales no se puede tanto esconder la verdad que por alguna parte no resplandezca.

Tan difícil es esconder la verdad como la lumbre, a la cual, si unos rayos le quitares, otros la descubrirán; y la falsedad es difícil de sostener. La una trae osadía a juicio, y la otra viene con temor; la una se mantiene por sí misma, la otra para sostenerse ha menester gran industria; y, al fin, a la una favorece Dios, y a la otra desfavorece. Difícil cosa es que la verdad, con tanto amparo, sea vencida, y que venza la falsedad si no es por descuido o por malicia del juez; o si por divina permisión alguna vez la

verdad no se conoce, y queda desfavorecida, el que de ella es juez no queda culpado si con amor la buscó. Si algún amigo tuyo, Aurelio, favoreciese a otra persona pensando que tú eras, o la socorriese en alguna necesidad, tan en cargo le serías como si tú verdaderamente fueras: así, el juez que a la falsedad acata cuando le parece ser ella la verdad, sin tener culpa en el tal error, no menos merece que si conociendo la verdad la siguiera.

Así verás, Aurelio, cuál es el estado de los que gobiernan; ahora considera cómo no es malo el oficio de los que tratan las armas. Todo el bien que has oído puede haber en la república, éstos lo guardan. Ellos son la causa de la seguridad del pueblo, por los cuales no osan los que mal nos quieren venir a perturbarnos. Ellos visten hierro, sufren hambre, sufren cansancio por no sufrir el yugo de los enemigos; y han por mejor padecer estas cosas, que padecer vergüenza, y sudar en los campos sirviendo a la virtud, que sudar apriisionados en servicio de sus enemigos. Si vencen, alcanzan gloria para sí y descanso para los suyos; y si mueren, siendo vencidos no han menester la vida, pues en ella no tenían libertad. Cuanto más que estos espantos de hombres flacos son

los deleites de hombres fuertes: sufrir las armas, andar en cercos, defender los muros o combatir con ellos, y las otras durezas de la guerra, no son pena de los animosos, sino ejercicios de virtud en los cuales se deleitan y gozan del excelente don que en su pecho tienen; las heridas no las sienten, con el amor de buenos hechos, y su sangre dan por bien empleada cuando verterla ven por la salud de sus tierras. Entonces se juzgan ser bienaventurados cuando han hecho lo que la virtud les amonesta. No temen en nada ver sus cuerpos llagados, o dispuestos a morir, si el ánima tiene vida sin lesión ninguna. Pero aunque es así, yo bien confieso, Aurelio, que algunos hay que carecen de estas excelencias; mas es por sus vicios, no por culpa del estado, que así éste, como los otros de la vida humana de que habemos hablado, todos son tales como es la intención de quien los sigue: no hay ninguno de ellos malo para los buenos, ni bueno para los malos.

El hombre que escoge estado en que vivir él y sus pensamientos, con voluntad de tratarlo como le mostrare la razón, vive contento y tiene deleite; mas el que por fuerza siguiendo uno muestra que tiene los ojos y el deseo en los

otros más altos, sin templanza y sin concierto, éste vive disipado y apartado de sí mismo, atormentado de lo que posee y atormentado de lo que desea. Así que nosotros tenemos libre poderío de hacernos exentos de los escarnios de fortuna, en los cuales, quien cayere, con mucha razón será atormentado, pues él mismo se le dio; por lo cual, antes me parece que la fortuna es buena para amonestar los hombres a que cada uno se contente de su estado, que no para dar descontentamiento con deseo del ajeno. Ella se declara por muchos ejemplos, y no tiene la culpa de los males que tras ella se padecen, sino tiénela quien por descuido o ceguedad no los considera; y tanto más es culpado quien la sigue, cuanto más clara se conoce la vecindad que tenemos con la muerte, donde habemos de dejar el bien de este mundo, pero no con tanto tormento como tú, Aurelio, representabas.

No es tan cruel nuestra muerte, ni el alma deja el cuerpo en aquellas agonías que dijiste; pues, como sabes, en tal pelea lo primero que el hombre pierde es el sentido, sin el cual no hay dolor ni agonía: que estos gestos que vemos en los que mueren, movimientos son del cuerpo, no del alma, que entonces está adormida. Mas quiso

Dios que nos pareciese comúnmente la muerte tan espantable, con señales de tormento, porque a los que la buscan con deseo de acabar sus males les pareciese que es ella otro mayor, y así cada uno antes quisiese padecer vida miserable que buscar remedio en la muerte; la cual, si nos pareciera fácil y suave, los afligidos que andan olvidados de las penas del infierno, no temiendo las del morir, dejarían la vida, y padeciera el género humano muy gran detrimento.

Así que los espantos de la muerte no son sino guardas de la vida, por la cual es verdad –como dijiste– que pasamos acelerados. Pero si tú porñas que hay tantos males en la vida, ¿qué mejor remedio pudo haber que en breve pasarlos? ¿O qué mal hallas tú en la muerte, pues es el fin de la vida, donde dices que hay tantas aflicciones? No es la muerte mala sino para quien es mala la vida, que los que bien viven, en la muerte hallan el galardón, pues por ella pasan a la otra vida más excelente, con deseo de la cual lloraba David, porque los días de su tardanza le eran prolongados. San Pablo, acordándose que le fue en revelación mostrada, siempre deseaba su muerte por pasar por ella a la vida perdurable, que, como él dice, *ni ojos la vieron, ni la oyeron los oídos,*

ni el corazón la comprende. Mas entendemos de ello que Dios soberano es el fundamento de la gloria, que se descubre todo claro para que en Él apacienten sus entendimientos altos los espíritus bienaventurados, y se harten de su amor suavísimo, sin temor alguno de perder jamás tan alto bien, mas antes con esperanza de recobrar sus cuerpos, que tienen en deseo por hallarse en aquellos mismos castillos do se defendieron de los vicios y ganaron tanta gloria.

El día postrero se los darán, no corruptibles, no graves ni enfermos, sino hechos perdurables con eterna salud y con movimiento fácil: hermosos y resplandecientes así como son las estrellas, y con todos los otros dones que les pertenecen para ser moradas donde vivan las almas a quien hace Dios aposento de su gloria. Allí se verán los buenos libres del profundo del infierno, do está la multitud de los espíritus dañados; allí se verán en los cielos, ensalzados y acompañados de los ángeles, manteniendo el entendimiento en la divina sabiduría, hartando su voluntad con amor de la gran bondad de Dios, apacentando los ojos corporales en aquella carne humana con que Dios nos quiso parecer. Y veremos en su cuerpo las señales de las heridas que sufrió,

que fueron las llaves con que nos abrió el Reino donde entonces estaremos; y al fin allí, ensalzados sobre la luna y el sol y las otras estrellas, veremos cuanto viéremos, todo para crecimiento de nuestra gloria que Dios nos dará como padre liberal a hijos muy amados.

Éste es el fin al hombre constituido: no la fama ni otra vanidad alguna como tú, Aurelio, decías; y éste es tan alto, que aunque se puede considerar cuán excelente será –pues se dará Dios al hombre en su eterna bienaventuranza, como antes decía–, sin que ya tengamos más que decir dél, habiéndolo ensalzado Dios para tanta grandeza, tú, Dinarco, verás ahora lo que te conviene juzgar del hombre conforme a la grande estima que Dios ha hecho dél.

DINARCO: Yo no tengo más que juzgar de tenerte, Antonio, por bien agradecido en conocer y representar lo que Dios ha hecho por el hombre; y preciar también mucho tu ingenio, Aurelio, pues en causa tan manifiesta hallaste con tu agudeza tantas razones para defenderla. Y vámonos, que ya la noche se acerca sin darnos lugar que lleguemos a la ciudad antes que del todo se acabe el día.

Narración primera

Cristóbal Colón, genovés natural de Saona, fue hombre de alto ánimo, escogido de Dios para que diese pasada a su santa ley por el mar Océano a otras gentes que nunca la conocieron o la tenían ya olvidada. Éste, con espíritu de Dios, que ya lo regía, poco ejercitado en letras y mucho en el arte de navegar, vino a Portugal, do un su hermano pintaba las imágenes del mundo que los marineros usan, y aprendió de él lo que por la pintura se puede enseñar. Fue después de allí a las islas de las Azores, por ver otras que en tiempos claros cercanas parecen y desaparecen acometidas, con esperanza de poder navegar en ellas, si primero de lejos les considerase el sitio. Esto probó muchas veces en vano, como otros antes y después han hecho, porque, según bien después se ha conjeturado, es algún vapor que en forma de isla se ayunta, cual es otro que cerca de Osuna en un valle muchas veces

* Versión a partir de la edición de José Juan Arrom, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1965; cotejada con la edición crítica de Pedro Ruiz Pérez, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1993.

se muestra a manera de ciudad. Pero en esta consideración, puesto en el fin del mundo que entonces era, cobró deseo de ver qué había en el occidente y esperanza de descubrir cosas nuevas si fuese allá. Para esto no tentó la voluntad del rey de Portugal, que todas sus naves entonces ocupaba en la navegación de Guinea, que poco antes por su mandado se había descubierto, sino requirió con esta su demanda a los reyes de Castilla, don Fernando sexto y doña Isabel, los cuales, ocupados en la guerra de Granada, para la cual todo su poderío habían menester, no querían tomar otra empresa, principalmente incierta. Pero, porque los grandes propósitos para alcanzar su fin menester han perseverancia, según que han de pasar por muchas dificultades, Colón, que esto miraba, no desamparaba su ruego, antes tanto más ahincaba cuanto tenía más estorbos, menospreciando las cobardías de viles hombres, que lo amenazaban con peligro, y las opiniones de rudos, que le ponían impedimentos, y el escarnio de muchos, que lo tenían por vano. Y, habidos para su demanda favores del arzobispo de Sevilla, don Diego de Deza, y de Hernando de Zafra, secretario del rey, y de otros algunos grandes, como por grados

subiendo, alcanzó la voluntad de los reyes. Y con esto, prometiéndoles crecimiento de la fe y verdad cristiana, de cuya prosperidad los conocía muy deseosos, y juntamente grandes señoríos y ornamentos de sus reinos, mandaron los reyes, teniendo real sobre Baza, que en Cádiz se armasen dos carabelas y una nao, y en ellas cuatrocientos hombres, todos so el gobierno y mandado de Colón.

Partieron éstos de Cádiz mil y cuatrocientos y noventa y dos años después del nacimiento de Cristo, en el mes de septiembre, con mayor confianza que tuvo Hércules y, dejando atrás los fines que él puso, navegaron treinta días al occidente, inclinando un poco el camino al mediodía. Al fin de los cuales, ya con menos provisión para tomar que la que yendo habían gastado, los compañeros de Colón comenzaron a temer de hallarse en tan gran piélagos pobres de mantenimientos y apartados de socorro, y así con todo rigor y rencilla estorbaban el camino y demandaban tornada, porque tan grande empresa no la cumpliese sino quien por grande ánimo la mereciese, cual era el de Colón, que, injuriado de sus compañeros, fue templado y, entre sus amenazas que de muerte le hacían, les

osó prometer que el día siguiente verían tierra. El cual venido, les descubrió montes de lejos en la nueva tierra que deseaban.

Entonces los compañeros de Colón mudaron la tristeza en alegría, y el miedo en esperanza, y las injurias en alabanzas de Colón maravillosas, que osó pasar los mares que nunca ojos de hombres habían antes visto y había dado principio a tan gran conversación de gentes como de ahí adelante esperaban que sería. Así reformados los ánimos de todos, antes que a tierra descendiesen, descubrieron seis islas y miraron sus costas: dos de ellas, las mayores, nombraron Española y Juana. Son todas debajo el camino que el Sol hace cuando es a nosotros más cercano. Y siguiendo la costa de Juana, no hallando fin después de ochenta leguas que andadas tenían, pensaron que fuese aquél el fin de Asia. De ahí vientos contrarios que los fatigaban hicieron que tornasen a la Española, y, siguiendo su lado, que es al norte, la nave hirió una peña cubierta, do pereció, mas con socorro de las carabelas se salvó la gente.

Entonces vieron en la ribera mucha gente lora y desnuda, que se había allí ayuntado para ver nuestras naves, que de las suyas en forma y grandeza son muy diferentes. Los nuestros

bajaron por haber de ellos entendimiento de sus cosas y reparo para las naves, pero ellos, amedrentados de los caribes –otras gentes comarcanas que los matan y los comen–, pensando que los nuestros fuesen tales, juntos en una huida se fueron a los bosques más cercanos, y los nuestros en seguimiento de ellos. Sola una mujer alcanzaron, la cual según nuestro uso vistieron y trataron según pudieron más humanamente, y enviáronla a los suyos, que les llevase esperanza de buena conversación y les quitase el temor con que habían huido. Poco después, por estas señales de mansedumbre, vinieron todos a contratar con los nuestros y les hacer parte de sus bienes y ayudarlos a salvar lo que pudiesen de la nave perdida, en que andaban ocupados. Mas los nuestros, mostrando pobres mercadurías de bien parecer, descubrían el oro que en la isla había, las cuales viendo aquellas gentes, que por falta de artes que en ellas hay mucho estimaban, trocaban todo el oro que haber podían por aquellas cosas que para el mirar eran más deleitables o para el uso más provechosas. De esta manera aquellas simples gentes mostraron abundancia de oro tanta, que la sed de la avaricia tornaron en rabia, que después los destruyó.

En este trato ocupados los compañeros, Colón consideraba diligentemente la manera de aquellas gentes lo mejor que podía, según el tiempo y la falta de intérpretes lo sufrían, y conoció por señales que había en aquella isla reyes que la gobernaban, uno de los cuales era presente. La lengua de todos, según su manera, era clara y bien proferida. En sus costumbres, poca corrección y disciplina y mucha mansedumbre. Todos a ocio acostumbrados y a deleites de la vida, cuya religión entonces Colón no pudo conocer. Letras ningunas tenían, y por leyes guardaban sola la costumbre. Por falta de hierro y poca necesidad, en que la abundancia y templanza de la tierra los ponía, usaban pocas artes. Las que eran menester trataban con piedras agudas, con que hacían cosas de madera admirables y barcas de una pieza, cavadas en troncos de árboles tan grandes que cabían en algunas ochenta hombres. Labraban también asientos y otras cosas. Usaban en guerra arcos con que tiraban cañas agudas emponzoñadas, y para el cuerpo ninguna defensa. El oro entre ellos era de poca estima: usábanlo principalmente en zarcillos y argollas que ponían en las narices, y sortijas y manillas algunas, y seme-

jantes cosas de ornamento vano. Preguntados dónde lo cogían, dijeron que fuera de aquella provincia, entre las arenas de los ríos, como después los nuestros hallaron verdad.

En la isla no había animales otros de tierra sino conejos de tres maneras y serpientes sin ponzoña, pero aves muy diversas, y entre ellas gran multitud de papagayos y maneras muchas de ellos. Había ánsares y tórtolas, ánades, palomas y otras muchas. Había árboles muchos, pero ninguno semejante a los nuestros, sino pinos y palmas altísimas. Era el mantenimiento de aquellas gentes raíces en forma de nuestros nabos, que dicen ages, por pan y panizo alguno, pescado en abundancia y carne poca, la cual falta hizo caer a mucha de aquella gente en vicio de comer hombres.

Pues estas cosas así consideradas, preguntando Colón qué gentes les eran comarcanas, dieron en sus señas a entender que al mediodía había hombres muy malos, valientes, robadores y matadores, que se mantenían de carne humana y perseguían a aquellas islas, do ellos vivían en mucha paz y contentamiento no siendo de ellos perturbados. Éstos nombraban caribes, que, aunque eran codiciosos de la carne humana, no

comían las mujeres: tanto es poderosa la ley de natura que encomienda las mujeres en el amparo de los varones, que aun aquellas fieras gentes, que otra ley ninguna guardan, ésta no quisieron quebrar.

Pues, habida información de estas cosas, Colón trató amistad en todas las maneras que mejor la pudo afirmar con Guacanarillo, rey de aquellas gentes, y en una fuerza que mandó hacer de madera cercada de cava le dejó encomendados treinta y ocho hombres españoles, los cuales quiso que allá quedasen, para que mejor manera hubiese cuando él tomase de ayuntar conversación. Por la cual misma causa trajo consigo diez hombres de los de allá, que, aprendiendo nuestra lengua, pudiesen después ser intérpretes. Y habidas muestras de todas las cosas preciosas que en la isla conoció, tomando con próspero viento, la una carabela por error del piloto aportó a la Rochela en Bretaña, como acontece a aquellos que las muestras del aguja no enmiendan con el altura del Polo. Mas Colón, que de estos usos era bien sabido, aportó a España, donde fue recibido por los reyes con mucho honor y con grande admiración de todos.

Narración segunda

Los reyes, agradeciendo el gran servicio que de Colón habían recibido, quisieron que fuese almirante de toda su navegación y mandaron adornarle tres naves y quince carabelas, y en ellas mil y doscientos peones armados y algunos a caballo, y con ellos todos los artífices que para el edificio y uso de una ciudad es menester. En aquellas naves iban todas las simientes de yerbas, plantas y animales que nosotros más usamos, para que en aquella tierra extraña se multiplicasen y fuese codiciosa a nuestros navegantes, si en ella el oro algún tiempo hubiese fin. Colón entonces, con otros muchos hombres de autoridad –que le siguieron movidos de ver las novedades grandes que él en España había contado–, partió de España año siguiente de la primera navegación, a mezclar el mundo y a dar a aquellas tierras extrañas forma de la nuestra.

Y llegado a la isla del Hierro, partiendo de ahí al occidente, más inclinado al mediodía que primero por descubrir las islas de los caribes, después de veinte y dos días con próspero viento que siempre tenían, vieron una isla poblada de árboles y desierta de gente, y tan poblada estaba

de árboles, que muy poco suelo era descubierto. Pusiéronle Dominica por nombre y, siguiendo su navegación, poco después vieron lejos un monte alto, do guiando su camino hallaron una isla, la cual por relación de los intérpretes que el Almirante tenía supieron que era morada de los caribes. Y en ella vieron muchos pueblos pequeños, entonces desiertos de sus moradores, que por miedo habían huido de los pueblos, sino treinta muchachos y mujeres que huyeron a los nuestros por ampararse, según decían, de aquellas gentes que los habían preso en otras islas, a los muchachos para comerlos y las mujeres para perpetua servidumbre. Por información de los cuales supieron que los caribes, con esta sed de la sangre humana, en sus barcas de un leño navegaban más de trescientas leguas.

Después que más los nuestros se acercaron a aquellos pueblos, vieron puestas las casas en cerco y el espacio de en medio vacío, do era su ayuntamiento y conversación, como en la plaza. En medio de la comarca de todos había una casa más grande que las otras y más adornada, do solían ellos celebrar sus fiestas. Son todos sus edificios de madera, cubiertos de hojas de palma y de otros árboles que para esto son buenas. A

una punta de arriba fenece el edificio. En las casas había poco ornamento. Las camas eran tejidas a manera de red y colgadas con cuerdas de algodón, de que tienen abundancia. En el lugar de acostarse había cosas blandas. Vasos de tierra cocidos tenían para todos usos. Las viandas que para comer en el fuego habían dejado eran ánsares y papagayos y carne humana en asadores. En los lugares donde guardaban sus cosas de más precio hallaron huesos de hombres muchos, cuyas pequeñas piezas aguzaban e insertaban por hierros en sus saetas. Así que en los cuerpos de los hombres han mantenimiento y armas aquellas gentes, que se apacientan en la representación de su muerte, diferentes de las bestias solamente en ser a los de su naturaleza más crueles.

Estas cosas ya vistas, anduvieron parte de la isla, muchos ríos y hermosos campos y cosas otras de deleite. De do tomando, dio el Almirante muchos dones a las mujeres que del cautiverio de los caribes habían habido y mandóles ir a donde pensasen hallarlos, para que a ellos fuesen muestra de la humanidad de los nuestros y su magnificencia, en cuya confianza osasen los caribes venir. Cumplieron ellas el mandado con

diligencia, y el día siguiente muchos de ellos vinieron a vista de las naos, do, ayuntados un poco en reposo, huyeron todos a unos valles de boscajes que cerca había, conociendo bien que a todo el género humano tienen merecido odio y deseo de venganza, aunque, si abundancia tenían de oro, todas sus culpas pudieran redimir.

Pues partiendo el Almirante de esta isla, que antes se decía Caracueria, le puso por nombre Guadalupe, por semejanza que con el monte nuestro de Guadalupe tiene. Y pasando por otras muchas islas, donde no descendió por no alongar el deseo que sus compañeros pensaba que tenían de él en la isla Española, vieron una de ellas (...) en grandeza que las otras, donde los intérpretes les dijeron que moraban solas mujeres, a las cuales iban los caribes cierto tiempo del año que constituido tenían. Y si antes o después de hombres son acometidas, métense en cavernas que para esto hacen en tierra y defiéndense con saetas, que muy ciertas saben tirar. Los hijos crían hasta que convalecen, y después los envían a sus padres, y las hijas retienen consigo. A esta isla dicen Matininó.

Cerca de ella vieron otra, cercada de altos montes. Supieron de los intérpretes que era rica

y muy poblada. Ésta nombraron Monserrat. De ahí pasando por otras muchas islas, puso nombre a la Redonda y a Sanmartín y el Antigua. Descendió después para haber agua en Ayay, isla que él nombró Santa Cruz, do en la costa vieron cuatro mancebos y cuatro mujeres que por lágrimas y señas demandaban socorro a los nuestros, y, después entendidos de los intérpretes, supieron de ellos que aquella isla era de los caribes, cuyos eran prisioneros, los cuales con miedo de los nuestros habían huido. Pero después vieron de las gavias una barca venir por la mar, que, siendo más cercana, conocieron ser de caribes, do venían ocho varones y mujeres otras tantas. Una de ellas era señora a quien todos acataban, y uno de los mancebos su hijo. Todos mostraban bien en el gesto las costumbres que usaban, según eran feos y fieros. Los nuestros les acometieron en un esquife, y ellos todos se defendieron con saetas emponzoñadas de tal manera, que una mujer mató a uno de los nuestros e hirió otro. Viendo este peligro en su tardanza, fueron los nuestros con tal ímpetu a la barca de los enemigos, que del encuentro la anegaron. Mas no por eso ellos perdieron la voluntad y confianza que tenían de defenderse, antes nadando tiraban con sus

arcos como si en firme estuviesen, y así todos se ayuntaron en una peña que las aguas cubrían, donde, combatidos de los nuestros con mucha fuerza y diligencia que para ello pusieron, murió uno de ellos y fueron los otros presos, y entre ellos el hijo de la señora, herido en dos lugares. Y después que fueron puestos en la nave del Almirante, estaban con más ferocidad en la prisión que en libertad tenían.

Luego los nuestros desampararon esta tierra, y después de poco camino vieron tan gran multitud de islas, que con dificultad se podía poner discrimen entre ellas. Algunas parecían estériles, y otras hermosas y de otras muchas maneras variadas, en las cuales ni consideraron número, ni descendieron los nuestros, por el peligro que había de navegar entre ellas, principalmente conmovido el mar como entonces estaba. A esta causa ninguna nombraron, mas al sitio de ellas llamaron Archipiélago. Y de ahí navegando llegaron a Burinechia, isla que llamaron de San Juan, fértil y muy poblada, do era un rey que toda la gobernaba, muy obedecido de su gente. Son éstos grandes enemigos de los caribes, de quien son muy perseguidos, mas si son alguna vez vencedores, toman de ellos conforme venganza

a la injuria que reciben: mátanlos uno a uno y cómenlos, siendo los otros presentes, porque en vida vean lo que de ellos ha de ser después de muertos. Y así todas aquellas gentes de occidente, o por hambre o por venganza, no aborrecen la carne humana. De esta isla decían que eran muchos de los que los nuestros libraron del poder de los caribes. Y siendo de noche, dos mujeres y un mancebo huyeron de las naves y se fueron a su tierra, con amor de la cual quisieron más otra vez entrar en el peligro de ser presos y comidos que con los nuestros tener seguridad.

El día siguiente descendieron los nuestros por agua a la isla, y no hallaron sino una casa principal y doce menores que la cercaban, desiertas todas de muchos días antes. Creyeron que por miedo de los caribes, a cuyo primer acometimiento estaban éstos. De ahí navegando al occidente llegaron a la Española, con gran deseo de recrear los compañeros en comunicación de sus amistades y nuevas de España, y con reparo de sus faltas y galardón de sus trabajos.

Narración tercera

Habiendo ya llegado el Almirante a Xamaná, región donde reinaba Guacananarilo, mandó que soltasen uno de los intérpretes que consigo de aquella tierra había traído, para que de su llegada y nuestras costumbres y cosas de España hiciese relación entre aquellas gentes, por lo cual esperaba ser más acatado y temido, después que conociesen el poderío de nuestros príncipes y la muchedumbre de nuestras industrias por testimonio de sus naturales, y consigo retuvo dos para declaración de sus contratos con aquellas gentes. Los otros eran ya muertos por la mudanza de aire y viandas. Mas éstos que consigo tuvo, habiendo tiempo oportuno, huyeron de las naves, los cuales pensaba el Almirante que no harían mucha falta, habiendo tantos días que los compañeros que él dejó se ejercitaban en la lengua de aquella tierra.

En esa confianza puesto el Almirante, vieron venir una barca de muchos remadores, do venía un hermano de Guacananarilo con dos imágenes de oro que traía a presentar al Almirante para que, ganando gracia con ellas, recibiese mansamente la embajada que quería hacer. El Almirante lo

recibió con alegre cara y muchas muestras de amor. Y él, ofrecido su don, con triste semblante dice más palabras que para saludar eran menester, y de todo no entendieron los nuestros nada, por falta de intérpretes, sino señales de muerte que hablando hacía.

De aquí, tomado el hermano de Guacamarilo, descendió el Almirante de las naves a hartar su deseo que de ver a los compañeros tenía, mas llegado al lugar do los dejó, no halló sino ceniza de la madera do los había hecho fuertes. Y, pensando que algunos había escondidos por los bosques, mandó entonces que las naves alumbrasen la artillería toda a un tiempo, para que, oída en toda aquella comarca, fuese señal que los nuestros eran llegados. Mas, como quiera que los muertos no han oídos, esta piadosa diligencia aprovechó poco. Lo cual visto, envió el Almirante mensajeros a Guacamarilo que le mandasen razón de los compañeros que en su amparo habían quedado encomendados.

Guacamarilo respondió a éstos que en aquella isla había muchos reyes más poderosos que él, dos de los cuales, ayuntado su poder, vinieron a probar sus fuerzas con aquellas gentes extrañas,

de quien muchas cosas habían oído en sus tierras, y, así acometidos los que dejó el Almirante con más poder que los enemigos tuvieron, fueron todos muertos y sus estancias quemadas. Y decía que en defensa de ellos había puesto su persona, do recibió una herida en la pierna, que mostraba atada, por la cual no había podido ir a ver al Almirante, como mucho deseaba.

Entendido esto, el día siguiente envió el Almirante a Melchor de [...] que de estas cosas hubiese más entera información, el cual halló a Guacamarilo en una cama, cerca de la cual siete otras estaban de mujeres que tenía, fingiendo mala disposición, y la pierna descubierta, sin herida alguna. Lo cual viendo el embajador, todas las excusas que le dio recibió como por buenas y mostró como ya sentido y pasado el dolor por los compañeros, y concertó con Guacamarilo que el día siguiente en las naves se viese con el Almirante. Lo cual él cumplió a la manera que dejó concertado, donde Melchor y otros de su parecer quisieran que Guacamarilo fuera preso y castigado, si por consejo suyo los nuestros habían perecido, porque los de aquella tierra no pensasen que otras cosas semejantes podrían hacer sin pagarlas. Mas el Almirante,

por cuyos ruego y ofrecimientos Guacananarilo había venido a las naves, no quiso quitar la fe a sus buenas palabras, porque a las otras gentes con quien de ahí adelante las había de usar no pareciese que era cebo para tragar algún anzuelo. Y así, satisfaciendo a la confianza que a Guacananarilo había traído, le mostró todas las cosas nuestras que para el bien de aquellas tierras había llevado. Él, todas estas cosas mirando con espanto, miraba con amor que no disimulaba a Catalina, una de las mujeres que los nuestros de los caribes libraron.

Ido Guacananarilo, su hermano dio a Catalina entendimiento de su voluntad, y, venida la noche, Catalina y siete otras mujeres saltaron en la mar de las naves, que estaban una legua de tierra, nadando a una lumbre que por seña les habían puesto en la ribera. Los nuestros las siguieron con los esquifes, y, presas tres, Catalina con las otras se fueron a Guacananarilo. Esto confirmó la sospecha en que tenían a Guacananarilo de la muerte de los nuestros, según que después pareció por mensajeros que el Almirante le enviaba, que ni a él ni a cosa suya hallaron en aquella tierra, ni quien supiese dónde había huido.

Y siendo preguntados los naturales de la muerte de los compañeros, dijeron que aquellos hombres, con la libertad en que los dejaron y menosprecio de aquellas gentes, se habían corrompido de cuantos vicios allí podían usar, contando que robaban las casas, que les forzaban en su presencia las mujeres, que les decían siempre palabras feas y, con amenazas de muerte, les mandaban cosas que eran duras de obedecer. Por lo cual, ayuntados todos los de aquella comarca, los mataron, queriendo más ponerse al peligro de la venganza que a la costumbre de sus injurias.

Sobre esta información, Melchor con trecientos compañeros fue a buscar a Guacanarilo y, siguiendo la costa, halló un puerto grande y muy defendido, do entran dos ríos, el cual nombró Puerto Real. Cerca de allí, en un alto, estaba una casa principal, cercada de otras treinta menores, do pensó que hallaría relación de su demanda. Y, siendo cerca, vino a él un señor que cien hombres acompañaban, armados todos de arcos y saetas y varas agudas y tostadas que usan por lanzas, mostrando enojo de ver aquella gente armada ir a sus aposentos, que eran de gente noble, según decían, y no de caribes u

otras gentes que mereciesen ser maltratadas. Los nuestros les dieron luego señales de paz, y ellos las recibieron de buena gana. Ayuntados, les dieron de nuestros dones y recibieron de los suyos, y supieron de ellos que ya eran fuera del señorío de Guacanárico, del cual habían oído decir que había huido a los montes. Con esta relación Melchor tornó a las naves.

Entonces el Almirante envió a Ojeda y Guoualán y otros capitanes con sus compañías, que descubriesen las partes que son dentro en la isla. Y éstos trajeron relación de muchas gentes, cuales eran las que en la costa habían visto, y esperanza de oro mucha, por muestra grande que de ello habían visto en la ribera de siete ríos que descubrieron. Estos ríos descendían de unas altas sierras, do era fama que había un rey que se decía Señor de la Casa del Oro. Así crecía en todos la codicia de manifestar aquellas tierras, cual era menester para que menospreciasen los muchos trabajos que en tal empresa habían de padecer. El Almirante, pues, ya considerada parte de la Española, por comenzar a apoderarse en ella y hacer a los nuestros lugar de reparo donde tuviesen defensa y acogimiento, pobló en un lugar alto, que entre todos le pareció para la

salud y seguridad mejor, y mandólo fortificar lo mejor que pudo. La ciudad nombró Isabela, en servicio de doña Isabel, que entonces reinaba en España.

Al pie de aquella altura se extiende un valle veinte leguas, do hay campos hermosos y muchos ríos, uno de los cuales cerca de la ciudad entra en la mar. Luego los nuestros probaron la naturaleza de la tierra para cuánto era bastante, sembrando todas las simientes que para esto llevaban y poniendo las plantas. Lo cual hacían con mucha esperanza, porque veían la hierba que muy alta segaban en pocos días tornar a la misma grandeza. Y no fueron engañados, porque después que sembraron pasados diez días hubieron hortaliza sazónada, como rábanos, lechugas, coles y otras yerbas semejantes. Y las otras cosas fructificaban a comparación de esto: melones, calabazas, pepinos y cohombros vieron maduros treinta y seis días después que vertieron sus simientes, y mejores que jamás hasta entonces habían visto. Las cuales frutas, con todas las demás, tienen todo el año frescas, y las legumbres maduran dos veces en el año. Cañaverales de azúcar en poco tiempo se multiplicaron mucho y árboles

de cañafístula mejores que jamás habían sido. Vacas y carneros perdieron su sabor, aunque cuanto más tarde nacían, tanto eran mayores. Puercos es la más preciosa carne que hay en la isla, la cual se mudó casi en otra natura con pastos diversos que allá tienen. Los caballos que allá nacieron son grandes y pelosos y menos ligeros que los nuestros. Y los otros animales semejantemente se engrandecen y entorpecen cuanto más tarde nacen allá. El trigo nace y crece con gran prometimiento y sécase después con las espigas vanas. Semejantemente, las vides en muchedumbre de ramos y hojas consumen su virtud, y así no esperan haber vino ni pan, por la mucha holganza de la tierra, hasta que, ya domada y con muchos frutos algo enjuta, sea la natura más concertada.

Hecho, pues, asiento en este lugar, envió el Almirante treinta hombres que bien considerasen la región Cibauí, en las sierras do estaba el Señor de la Casa del Oro, en las cuales son las fuentes de cuatro ríos principales que parten la isla casi en partes iguales: Juna, que corre al oriente; Atibunico, al occidente; Latén, al norte; y Nayla, al mediodía. Pues tomando los mensajeros de aquella provincia, hicieron tal

relación al Almirante de su riqueza, que él mismo quiso verla.

Y así partió de la Isabela con cuatrocientos hombres a pie y toda la gente que tenía de a caballo. Y, pasados los montes que eran fin de aquel valle, vio otro no menor, ni de menos ríos y fertilidad, el cual fenecía en montes que nadie antes había pasado. Pero ¿qué montes habrá que estorben a los que van a buscar oro? A lo menos, no aquéllos, que los nuestros fácilmente pasaron. Después de los cuales entraron en la región Cibaii, cuya fama los llevaba por aquellas asperezas. La cual hallaron fértil, aunque montuosa, y la gente semejante a la primera. En cuya contratación por viles mercaderías hubieron grande abundancia de oro los nuestros, y de toda relación que en los ríos de aquella provincia lo cogían en grandes piezas, algunas de las cuales ellos habían dado, por do conjeturaban que con mayor diligencia se hallarían mayores en grande abundancia.

El Almirante mandó luego edificar en un lugar seguro, casi al medio de Cibaii, un castillo que nombró de Santo Tomás, de donde los nuestros seguramente podían considerar las partes de la provincia. Y envió a Luján con alguna

gente armada para que viese algo de la tierra, el cual, tomando, otra cosa no supo decir, sino que de las muestras de riqueza que allí veía no hallaba fin. Con esta información, recogida su gente, dejando algunos en amparo del castillo, el Almirante se tornó a la Isabela, do constituyó gobernador de la isla a Bartolomé Colón, su hermano, y Pedro Margarita, a los cuales dio leyes ciertas que guardasen mientras fuese él ausente. Y de ahí se partió con tres naves a cumplir la voluntad de los reyes, que le habían mandado que, antes que otro príncipe se entremetiese en tal empresa, él descubriese tanto, que no fuese fácil cosa ir adelante.

Narración cuarta

Navegando el Almirante por la costa de la isla Española, en el fin postrero de ella que mira al occidente halló un puerto, al cual nombró de San Miguel. Y, pasada ésta adelante veinte y dos leguas de mar, se halló en el principio de Cuba, la cual antes había nombrado Juana, cuyas costas quería rodear, si era isla, y, si tierra firme, haber certidumbre de ello. Y, siguiendo su lado de mediodía, hallaron primero la costa

alta y poblada de muchas arboledas, y después entraron en un pueblo grande y seguro, do hallaron unas chozas de pescadores que, con miedo de los nuestros, entonces habían desamparado, y cerca de ellas muchos fuegos, do se cocía el pescado. Los nuestros vieron después estas gentes en peñas altas subidas, do se confiaban que los nuestros no les osarían acometer. Mas después, provocados de dones que los nuestros les ofrecían y de amistades que Diego Colón, intérprete, les hacía, poco a poco, probando la seguridad, perdieron el miedo. Venidos a conversación, dijeron que eran pescadores de un rey que con aquel pescado a otro quería hacer convite, para lo cual tenían unas serpientes de ocho pies que allí estaban colgadas, vianda muy espantosa a los nuestros y entre ellos muy preciada. Con esto hicieron amistad y dejaron principio de su fama.

Y de ahí los nuestros partiendo, hallaron tierra muy fértil y gente muy mansa, que les ofrecía pan de lo que ellos comen y calabazas llenas de agua. Y los nuestros recibían su pobreza y agradecían su voluntad. Y, siguiendo su navegación, vieron al mediodía muchedumbre

de islas y, pasando cerca de ellas, vieron ser en diversas maneras fértiles y pobladas poco. Después, en la costa de Cuba, llegaron a un río de agua tan caliente, que nadie tocándola puede mucho sostenerla. Adelante de este río hallaron una barca de pescadores que los peces, como entonces vieron, cazaban con otro pez, de forma de anguila, que tenía una piel chupadera en la frente con que los asía, atado a una cuerda, que tanto los pescadores aflojaban cuanto había menester para alcanzarlos.

De ahí, con viento bueno que tuvieron, llegaron a una sierra alta y muy poblada, cuyo rey descendió a las naves, y los suyos lo acompañaban con muchas cosas de comer, que presentaron a los nuestros, muy maravillados de gente tan extraña y muy alegres de hallarlos aparejados para su amistad. De ahí pasaron a una isla cuyos moradores, viendo ir los nuestros de aquella parte, habían huido, en ribera de la cual vieron cuatro perros que no ladran y cómenlos aquellas gentes. Ánsares, ánades y garzas hay en abundancia.

Después de aquellas islas, entraron en unos estrechos vadosos y peligrosos, cuyas aguas casi trece leguas son tan blancas y espesas como si

fuesen de harina mezcladas. Empero, estos peligros y otros muchos en el mar menospreció el Almirante, que nadie osó después menospreciar, habiendo ya ofrecido su vida al cumplimiento de la empresa que había tomado. Pues, saliendo a mayor anchura, hallaron adelante gentes que con sus barcas los salían a saludar con muestras de amor. Éstos tenían diversa lengua de los pasados, y a esta causa el intérprete no los entendía.

La parte de aquella costa era de mucho cieno, do vieron algunas conchas do nacen las perlas. Pero, menospreciando la riqueza por la gloria de mostrarla a otros, yendo adelante vieron la costa llena de fuegos, que aquellas gentes encendían, y ser tanto tendida al occidente, que no pensaban que las naves podrían llevarlas a hallar el fin, porque las muchas bajuras do habían tocado hacían entradas al agua que les corrompía el mantenimiento y con fatiga podían vaciar; también porque las gentes de aquella costa les habían siempre dicho que moraban en tierra firme, y era el camino de allí adelante, según parecía, entre islas, por bajos y angosturas peligrosas, mandó el Almirante tomar las proas a oriente, y nombró el fin postrero do llegó Evan-

gelista, hasta el cual habían andado trescientas y veinte leguas.

De ahí, tornando por otras islas que yendo no habían visto, hallaron un mar tan lleno de tortugas, que con el estorbo de ellas las naves se impedían. Después, otras aguas tan blancas y tan espesas como las que antes vieron. Llegaron después a la costa de Cuba que primero habían seguido, do la gente de la tierra venía con muchos presentes, juzgándolos dignos de ser amados y servidos, pues con tanto poderío a nadie hacían mal. Éstos tenían palomas de carne sabrosa y olorosa, apacentadas en ciertas yerbas cuyo jugo tenía aquel olor. Con ellos vino un viejo que todos honraban y, asentado par del Almirante, le dijo palabras de esta manera:

Tus naves y tu poderío, que mostraste por esta costa, y tu gran atrevimiento de venir de tierras de do nunca otros hemos visto, pusieron miedo a todas estas gentes, el cual espero yo que tu bondad les quitará, si has sabido cómo tienen dos caminos las ánimas de los hombres después que de los cuerpos se apartan: el uno deleitable, por do aquéllas van que ayuntadas con sus cuerpos amaron la paz y bien de las gentes, el otro oscuro y terrible, por donde van los malos a pagar el deleite

que en hacer mal viviendo recibieron. Así que, si es tu deseo de haber la mayor gloria que pudieres, debes emplear el poderío en ganar merecimiento para la otra vida, a ningunas gentes negando paz y amistad, principalmente a nosotros, que con ella te rogamos ahora.

A estas palabras respondió el Almirante así:

Lo que tú me dices de dos caminos que hay después de esta vida vengo yo a enseñar. En mis naves traigo peligro para los malos y reposo para los buenos. Soy enviado de los reyes de España, señores muy poderosos, que con celo de justicia me mandaron destruir los caribes y los otros hombres dañosos que estas tierras perturban, y que a los otros favoreciese y ayuntase en su amistad. De parte de los cuales os amonesto me digáis si alguna gente os hace injuria, porque, cumpliendo su mandado, yo luego os daré venganza.

Entonces el viejo dio al Almirante un cestillo de fruta que en la mano traía y preguntóle si era enviado del cielo. El intérprete le dijo entonces la manera de nuestros príncipes y las cosas nobles de España. Ellos quedaron espantados.

El Almirante vino a ver la costa de Jamaica, isla que viniendo había hallado, cuya gente era

más ingeniosa en artes y más ejercitada en armas que ninguna de las otras. Éstos probaron muchas veces a defender la descendida y, siempre vencidos, hicieron con ellos amistad. De ahí vino el Almirante al puerto de San Miguel, con propósito de seguir al lado de la Española, que es a mediodía, y hacer guerra a los caribes. Mas esto le impidió una grave enfermedad en que allí cayó, de la cual sanó después en la Isabela, curado de dos hermanos que allí tenía, do supo que fray Boilo y Pedro Margarita, antiguo familiar del rey, habían venido a España con otros algunos que sin causa se habían enemistado con él.

Narración quinta

Alguna de la gente que el Almirante de España llevó, viéndose sueltos del temor de las leyes, que por división de los principales no se podían guardar, empleaban su poderío todo en cumplimiento de sus vicios, matando, robando y forzando por toda la tierra, con tanta perseverancia y crecimiento de maldad, que los moradores de la isla, desesperados ya de todos los placeres de la vida, otro deseo no tenían sino de morir vengados. Lo cual de muchas maneras

en vano procuraron: primero, destruyendo los mantenimientos cogidos y sembrados, porque los nuestros no pudiesen perseverar en la isla ni, idos, tuviesen esperanza de tornar. Y esto hicieron principalmente en Cibauí, región del oro, por el cual veían que los nuestros habían tanta codicia de estar en la isla. Después, matando los nuestros, si apartados los hallaban de socorro. Veinte de los cuales murieron en asechanzas, por mandato del Señor de la Casa del Oro. El cual entonces había cercado el castillo de Santo Tomás, que Ojeda defendía.

Lo cual sabiendo el Almirante fue luego en socorro, y el cerco se levantó treinta días después de asentado, antes que el Almirante llegase. Entonces hizo el Almirante amistad con Guarionexio, rey de los llanos donde al norte fenecen los montes de Cibauí, cuya hermana casó con Diego Colón, intérprete, natural de la isla. Y envió a Ojeda que con el Señor de la Casa del Oro capitulase amistad, donde halló embajadores de los reyes comarcanos que le amonestaban defensa y guerra, si libre quería ser, y le prometían ayuda de sus señores, que temían cautiverio y fin de su prosperidad si obedeciesen a los nuestros.

Empero, Ojeda, amenazándolo con nuestro poderío y ofreciéndole nuestro amparo, pudo más. Así vino el Señor de la Casa del Oro, con muchas compañías de gente armada, a ver el Almirante, por consejo de Ojeda, aunque siempre pensando traición, porque esperaba de poder con aquella gente algún hora sobresaltar a los nuestros y tomarlos en descuido, do pensaba matarlos. Mas, como quiera que es mayor industria encubrir la traición que pensarla, no pudo aquella gente tenerla tan secreta, que por señales no se la conociesen. La cual entendida, mandó el Almirante que el Señor de la Casa del Oro fuese preso con los suyos. Entonces, ordenando de visitar las otras partes de la isla, le dijeron que, por la destrucción que aquellas gentes habían hecho en los mantenimientos, toda aquella tierra padecía hambre, en que eran ya muertos casi cincuenta mil hombres, y los otros estaban en peligro de morir.

Sobre esta relación, envió el Almirante un capitán que anduviese la costa del norte, el cual halló experiencia de la información que al Almirante hicieron, porque diez y seis días él y sus compañeros con grande hambre fueron compelidos a representar en su miseria los brutos

animales, comiendo yerbas y algunos frutos de árboles silvestres, por falta de mantenimientos que en los pueblos había. Mas Guarionexio, cuyo reino estaba en amparo de los nuestros, tuvo para sí y para el Almirante provisión.

En este tiempo, porque los nuestros contra tantos movimientos de aquella gente tuviesen bastantes reparos, mandó el Almirante hacer un castillo en fin del reino de Guarionexio, casi al medio camino de la Isabela al castillo de Santo Tomás, y nombrólo la Concepción. De aquí saliendo a ver la tierra, hallaron en casa de un rey una pieza de electro de trescientas libras, que sus antecesores habían dejado, y, preguntando los nuestros el lugar do lo habían sacado, los naturales se lo negaban, por no confirmarles la voluntad que de estar en la tierra tenían. Mas después, forzados, mostraron la mina cubierta de tanta tierra y piedras, que no era fácil cosa entonces descubrirla. Cerca de este castillo hallaron abundancia de ámbar y bosques de brasil y otras cosas preciosas.

Poco después, los principales de la isla, ayuntados delante el Almirante, quejaron de los españoles, acusando muchos robos y fuerzas que hacían andando por la tierra, so color de cumplir

su mandado, y ofrecieron más provecho, quitando a éstos la ocasión de ir a sus casas. Porque, según entonces prometieron los cibauenses, henchirían cada tres meses una medida de oro grande que allí construyeron, y los otros de sus provincias traerían algodón, especería que allá usan y otras cosas ricas, partiendo el tributo por cabezas, de manera que a todos comprendiese de siete años arriba y de sesenta abajo.

Ambas partes hubieron este concierto por ratos, pero no la hambre, que tanto enflaqueció y empobreció la gente de la tierra, que las fuerzas no bastaban a buscar de comer. A esta causa los cibauenses no pagaron su tributo, y algunos de los otros pueblos trajeron parte, demandando compasión de su miseria y perdón por lo que faltaba, prometiendo que, cuando convaleciesen, repararían su falta.

Entre tanto que estas cosas pasaban, el Señor de la Casa del Oro, estando en prisión, dijo al Almirante que había sabido que sus antiguos enemigos, sabiendo de su prisión, destruían su tierra; por tanto, que mucho le rogaba que enviase guarnición de los nuestros que la defendiesen. Esto fingía el Señor de la Casa del Oro, esperando que los nuestros en su región

fueran presos y, por ellos, él redimido. Mas el Almirante, que bien lo entendía, envió a Ojeda, que para tales casos hallaba hábil, con bastante gente armada para defenderse do lo hubiera menester. El cual, luego que entró en la región del Señor de la Casa del Oro, fue cercado de cinco mil hombres que el hermano de este señor guiaba. Ellos se partieron en cinco partes, que en torno por iguales distancias venían a acometer, y los nuestros, ayuntados, por no esperar el ímpetu de todos juntos, do fuera menester defender a todas partes, fueron a encontrar con la mayor de aquellas compañías, que venía por lo llano, do la gente de a caballo podía mejor ofender. Los enemigos no pudieron sufrir el ímpetu, principalmente de los caballos, y así, vueltas las espaldas, desampararon su capitán, que fue allí preso, y los otros que los nuestros alcanzaron, muertos. Los que huyeron subiéronse a unas peñas altas, de donde demandaban perdón, con prometimiento de ser de ahí adelante obedientes, si de sus casas y de sus tierras los dejasen gozar. Ojeda se lo concedió, y de ahí tornó alegre con su victoria. Y el Almirante envió a España el Señor de la Casa del Oro y su hermano. Los cuales, viéndose fuera de do podían tener esperanza, creyendo

que venían a tierra do todos habían de ser sus enemigos, por el camino murieron de pesar.

Este año de la parte del oriente vino un torbellino tan grande y tan vuelto en remolinos, que todos los bosques por do pasó talaba. Después, entrando en la mar, sin turbarse las aguas, anegó tres naves que estaban en áncoras, con tanta presteza y poderío, que no parecía caso natural. El mismo año creció el mar con tempestades más de lo acostumbrado, lo cual fue digno de admiración, porque son tan reposados los mares en aquellas costas, que con ellos juntan prados de verdura. Los de la isla decían que venían estos espantos por las culpas de los nuestros, pues ellos jamás vieron otros semejantes ni oyeron a sus antepasados decir, según que eran buenos testigos los árboles muy viejos que el torbellino derrocó.

Luego que las naves perecieron, mandó el Almirante hacer dos carabelas para venir a España, do creía que sus adversarios le habrían hecho mala fama, para probar su lealtad delante los reyes y haber reparo de la gente que era muerta y venida a España. También por llevar provisión de la nuestra, de que en la isla había mucha falta. Así, dejando a Bartolomé Colón, su

hermano, Adelantado de la isla, por gobernador de ella, él vino a España.

Narración sexta

Los naturales de la Española habían mostrado al Almirante minas de oro antiguas, sesenta leguas apartadas de la Isabela. A éstas fue el Adelantado con gente armada y los artífices que para sacar oro eran menester, y halló en ellas pozos muy antiguos que otras gentes habían hecho, cerca de los cuales, cerniendo la tierra, sacaban mucho oro y esperanza de haber más si a lo profundo entrasen. Allí mandó el Adelantado hacer un castillo, que nombró del Oro, do tres meses estuvo aderezando instrumentos para abrir la tierra y manifestar el metal, al fin de los cuales hambre de viandas les hizo perder la que de oro tenían. Y así, dejó el Adelantado diez hombres en guarda de aquel castillo, con alguna provisión del pan de aquella tierra y un perro con que cazasen conejos, en cuya confianza quedaban todos, do fácil era considerar su grande aflicción de entonces, pues vida de diez hombres dejaban a beneficio de un perro.

Y el Adelantado fue a la Concepción con cuatrocientos hombres, donde Guarionexio y Manicantexio, otro rey, su vecino, vinieron a pagar su tributo y trajeron mantenimientos con que los nuestros repararon. Poco después llegaron tres carabelas que de España los reyes enviaron con provisión de carnes, aceite, vino y pan, que entre todos repartieron.

El capitán de ellas, de parte del rey dijo al Adelantado que la población que estaba al norte pasase a mediodía, do estaría más cerca de las minas del oro, y que enviase a España presos los señores de la isla por cuyo mandado supiesen que algunos de los nuestros habían muerto. El Adelantado envió trecientos prisioneros, señores y sus familiares que halló haber ofendido en esto, porque eran demandados, y, dejando en la Isabela la gente enferma y ciertos artífices que entonces hacían dos carabelas, pasó los otros al mediodía de la isla y en un lugar alto, saludable y cercano a las minas les mandó edificar fortaleza y señalar casas, y nombró el fuerte Santo Domingo. Cerca del cual hay un puerto seguro, do entra un río en la mar que se navega seis leguas arriba. Allí hay arboledas muchas, y los campos son fértiles y el aire puro. Hecho aquí el

asiento, el Adelantado dejó veinte hombres en el castillo y partió con los otros a ver las partes del occidente, do antes los nuestros no habían ido. Y, pasado el río Nayba, envió ciertos capitanes que en la costa del mediodía buscasen por diversas partes unos bosques de brasil que le habían informado. Éstos hallaron los nuestros bastantes para muchos siglos, do cortaron algunos árboles y, trozados, los pusieron en casas do se guardasen, para después cargarlos en nuestros navíos. El Adelantado entró más adentro en la isla y, cerca de las riberas de Nayba, halló a Bequio Anacaona, rey de Xaraguá, que hacía guerra a las gentes de aquella comarca, demandándoles obediencia.

Éste vino a los nuestros en forma de paz, por saber su demanda, y el Adelantado le dijo que era haber tributo de él, como de los otros señores que había en la isla. Anacaona, que oído había cómo en la isla andaban gentes nuevas, amadoras del oro, con cuya codicia ponían a los otros y a sí mismos en muchos trabajos, dijo que demandaba lo que él no podía pagar, porque no nace oro en su región. El Adelantado responde que oro no demandaba, sino cáñamo y algodón y otras cosas de que le habían dicho que tenía

abundancia. Entonces Anacaona con alegre cara lo lleva por su región, repartiendo éste su tributo entre los señores que tenía sujetos, pensando ser más fácil cosa, según había oído, pagarlo que defenderlo.

Después, llegando a Xaraguá, entre muchas compañías que salieron a recibir su rey Anacaona, salieron en danza treinta mujeres que él tenía, solamente cubriendo lo que por vergüenza debían, y, hincadas de rodillas delante el Adelantado, le presentaron ramos de palmas que en las manos traían. Las doncellas que las acompañaban ninguna parte de su cuerpo traían cubierta, sino atada una venda por la frente y los cabellos tendidos en los hombros. Después de recibido el Adelantado, le hicieron solemne convite, el cual más habían menester él y sus compañeros por el mantenimiento que por la fiesta. El día siguiente, en una casa de placer, los de aquella tierra delante de los nuestros hicieron todos los juegos que ellos acostumbran. De ahí salidos a una llanura, dos compañías de gente armada, celebrando esta fiesta, trabaron pelea, do muy presto murieron cuatro y hubo otros muchos heridos, y murieran muchos más si, por ruego de los nuestros, Anacaona no les diera licencia

de acabar. Así estas gentes, tan serviles que ofrecen su vida en servicio de quien consiente y se deleita en su muerte, partieron batalla. Mas el Adelantado, que no buscaba fiestas, puso leyes a Bequio Anacaona en la manera de pagar su tributo.

Y de ahí fue a la Isabela, do halló muertos trecientos de los enfermos que había dejado. Y, para compartir los que quedaban do se pudiesen mantener, mandó hacer en el dicho camino que hay de la Isabela a Santo Domingo cinco castillos, que nombró Esperanza, Santa Catarina, Santiago, la Concepción y Bonaó, puestos en convenientes distancias, do los nuestros, menos ayuntados, pudiesen ser mejor proveídos y mejor curados los enfermos, que de todas nuestras cosas carecían, porque había mucho tiempo pasado que no iban naves de España.

De ahí pasó el Adelantado a Santo Domingo, do después de algunos días oyó que los reyes comarcanos de la Concepción, no pudiendo sufrir las injurias que de los nuestros recibían, otra vez querían probar su fortuna en guerra, esperando que hallarían a los nuestros menos fuertes, siendo ya debilitados con muerte y hambres, y hicieron capitán principal de esta

demanda a Guarionexio, para la cual pensaban ayuntar quince mil hombres. A esta causa el Adelantado cuan presto pudo vino a la Concepción, y la noche primera envió capitanes repartidos a los lugares y casas de los señores que se habían movido, y fue él a Guarionexio. Todos fueron aquella noche presos, y traídos a la Concepción catorce, do, examinados, mataron dos que habían sido incitación y principio de este movimiento. Los otros soltaron, porque no faltase en sus provincias quien mandase labrar las tierras.

Entonces Guarionexio dijo a los suyos palabras de esta manera:

Ahora que experimentado habéis el grande poderío de los cristianos, con que ya me puedo excusar si otra vez me demandáis guerra y defensa, quiero deciros que de aquí adelante miréis que es mejor obedecer a nuestra fortuna que resistir sin fuerzas, pues buscando nuestra antigua prosperidad crece nuestra miseria. Lo cual ha sido en nosotros bien empleado, pues quisimos enemistad con aquellos a quienes debemos amor y servicio, en quienes hay tanta bondad, que de la muerte que nosotros buscamos por nuestras culpas ellos nos han librado por su misericordia, y nos ruegan siempre con paz, teniendo en su mano la fortuna

de la guerra. Su consejo vale más que nuestras armas, y en su servidumbre seremos mejores que en nuestra libertad. Por tanto, si no queréis ver delante vuestros ojos vertida la sangre de vuestros hijos y arder vuestras casas, si no queréis morir en batallas o vivir en desierto, si es vuestra voluntad hallar por algún camino la salida de tantas miserias, de aquí adelante de los cristianos esperad el bien y temed el mal, haciendo en su servicio como yo os daré ejemplo.

Después que Guarionexio hubo dicho, algunos de los suyos que allí estaban lo llevaron en los hombros a su provincia y casa, acompañándolo otros muchos, que eran venidos a demandarlo, con lágrimas y voces.

El Adelantado ante todas estas gentes mostraba alegría y contentamiento, mas el corazón tenía lleno de congoja, viendo los de la isla en movimiento de guerra y los nuestros quebrantados de hambre, y todos conformes en quejar de él las culpas de la fortuna. Eran ya quince meses pasados que de España ni habían provisión ni nuevas, por lo cual todos los nuestros habían todas las cosas menester, y él no tenía qué darles, sino buenas palabras, que ya de mala gana recibían.

En esta aflicción le vinieron mensajeros de Bequio Anacaona a decirle que en Xaraguá hallaría ayuntado el tributo cuando fuese su voluntad recibirlo. Luego el Adelantado partió a Xaraguá, do halló treinta y dos señores con el tributo que por parte les cabía y abundancia de provisiones que al Adelantado traían por ganar su amistad. Allí en la mesa de Anacaona pusieron al Adelantado de las serpientes que el Almirante había visto en el primero puerto de Cuba, aborrecimiento de las cuales le quitó una hermana de Anacaona, que con mucha gracia a ellas lo convidaba. Y, comiendo, conoció ser una de las suaves viandas que hay. Esta hermana de Bequio fue mujer del Señor de la Casa del Oro, graciosa y muy sabida, por cuya amonestación Anacaona los nuestros acataba. Luego, el Adelantado mandó venir una carabela de las que en la Isabela dejó haciendo, para que, cargada de provisiones, reparase los compañeros.

Esá yendo a ver Bequio Anacaona y su hermana, ya que en los bateles navegaban, mandó el Adelantado alumbrar el artillería, de que mucho se espantaron, mas, mirando a los nuestros en la cara, entendieron que eran muestras y no peligro. Luego tañeron los marineros de nuestros

instrumentos, y Bequio y su hermana con mucho deleite los oían. Después, tendidas las velas con viento que para esto tenían oportuno, navegaban apartándose de tierra, y después al contrario. Los de aquella provincia, considerando tan fáciles y tan diversos movimientos y el aderezo de la nave, cobraron nueva manera de admiración y deseo del favor de los nuestros.

De aquí la carabela fue cargada de provisión, y el Adelantado por tierra vino a la Isabela.

Narración séptima

El Almirante en España, habidos del Rey ocho navíos, envió a la Española los dos cargados de provisión. Los otros partieron con él de Barra-meda, en mes de junio, casi seis años después de su primera navegación, y en la isla de Madera quedó con una nave y dos carabelas, y los otros navíos mandó ir a la Española. De ahí se partió derecho camino a la línea de la igualdad, y, llegando a las islas de Cabo Verde, navegó contra el viento áfrico, habiendo tanto entrado debajo el camino del sol que al norte tenían sobre el fin de la vista cinco partes. Ocho días, uno claro y los otros de nublado y agua, sintieron tan gran

calor, que temían no se encendiesen los navíos, do se rompían los cercos de los toneles, y el agua, que era un solo consuelo, se vertía. Así fatigados, al fin alcanzaron aire suave y templado y vieron de las gavias unas sierras altas, cuya vista los libró de tan gran temor en que estaban de no poder haber reparo de agua.

Y, siguiendo la costa, entraron en un puerto que nombraron Arenal. Allí cogieron agua y leña y vieron pisadas cuales son las de las cabras, mas hombres ningunos había. El día siguiente vieron una canoa, donde venían veinticuatro mancebos blancos y rubios de estatura grande, todo el cuerpo desnudo sino lo que por vergüenza cubrían, armados de arcos y saetas y escudos. Éstos, no osando llegar a las naves, mandó el Almirante mostrarles espejos y bacines de limpio metal resplandecientes y otras cosas de que conocía que aquellas gentes se enamoran. Empero, los mancebos miraban atentos, siempre con los remos en las manos, en disposición de huida. Entonces el Almirante mandó que en la gavia de su nave tañesen nuestros instrumentos, en que aquellas gentes mucho se deleitan, y que abajo al son de ellos cantasen y bailasen. Lo cual creyendo los de la canoa que era señal de guerra, dejados

los remos, embrazaron los escudos y pusieron saetas en los arcos, esperando el acometimiento. Y poco después, viendo los nuestros ir a ellos, se osaron tanto acercar a uno de los menores navíos, que el piloto pudo a uno dar un bonete y a otro una vestidura. Y en agradecimiento de estos dones se ofrecieron hablar en tierra con los nuestros, si allá quisiesen descender. El piloto para esto demandó licencia al Almirante, y los mancebos, pensando que era aquella habla para tratar alguna traición, huyeron.

De aquí los nuestros, navegando al poniente, entraron en una corriente de aguas tan grande, que ningún viento vieron jamás llevar con tanta fuerza y ligereza los navíos, do sintió el Almirante, según dijo después, el mayor miedo que hubo de las aguas del mar. Y, navegando por este peligro, visto correr de tierra, en anchura de tres leguas, aguas dulces que con las otras peleaban, y, por aguas dulces siguiendo la costa, navegaron veinte y seis leguas, donde llegaron a un monte que sólo gatos paúses moraban. Poco después entraron en un río, do vinieron los naturales de la tierra sin miedo alguno, de los cuales los nuestros supieron que se decía aquella tierra Parca y

que cuanto más se tendía al poniente era más rica y más poblada. De aquí llevó el Almirante cuatro hombres, y halló adelante toda la costa poblada con señales de riqueza.

Y una mañana, sintiendo el olor suavísimo de las arboledas que en tierra había, mandó afirmar las naves, do le vinieron mensajeros de los señores de la tierra, que le convidaban con sus aposentos. El Almirante se excusó de la demanda, y, los mensajeros tornados, vinieron los señores a las naves, ellos y sus compañías adornados de mucho oro y perlas. Los nuestros preguntando del nacimiento de estas riquezas, respondieron que las perlas cogían en sus costas, las cuales tenían en poca estima por su mucha abundancia, y el oro nacía en unas sierras que señalaron, do por señas mostraban que había quien comiese los hombres.

Después que los señores hubieron visto nuestras naves y con los nuestros trataron amistad, envió el Almirante con ellos algunos de los compañeros. Los cuales salieron a recibir dos señores, el uno viejo y el otro mancebo, que de todos eran acatados. Éstos hicieron a los nuestros convite, do solas frutas les dieron a comer y a beber vinos de muchos colores, de

otros frutos comprimidos. Eran todos mansos y tratables, y blancos los que se guardaban del sol, y todos cubrían las partes de vergüenza con algodón de diversos colores tejido; lo más del cuerpo era desnudo.

Esta información habida, aunque la mucha riqueza convidaba al Almirante con tardanza, el amor de sus hermanos y compañeros, para quien llevaba provisión, pudo más. Y así, habidas algunas sartas de perlas y el oro que por nuestras cosas pudieron trocar, yendo el menor navío delante a tentar el fondo, porque había bajos peligrosos, los otros lo seguían. De esta manera llegaron a un río de sesenta codos en hondo y casi veinte leguas en ancho. De allí, considerando que muy grande sería la tierra de do tantas aguas se cogían, entró en un arenal que en medio del mar había, tan espeso, que impedía la corriente de las naves. Do, desconfiando de hallar fin a aquella costa, mandó el Almirante tornar las proas a la Española.

Octava narración

Roldán Jiménez, hombre que el Almirante había llevado de España en el número de los más viles

hombres y después de muchas maneras honrado, hallando aparejo en la voluntad de otros como él, en la isla Española, con desobediencia, robos y injurias, hacía penar al Adelantado el pecado que en darle autoridad él y su hermano habían hecho. Éste fatigaba principalmente el señorío de Guarionexio, que para sus vicios y tiranía hallaba más aparejado, dando confianza a sus compañeros que de ello no serían castigados, de cualquier manera que con su licencia viviesen, porque, según les mentía, el Almirante había dejado al Adelantado y a él igual parte en la gobernación.

Pues Guarionexio, viendo su reino en otro poderío tan feamente tratado, huyó a Ciguai, región cercana de la Isabela, cercada de sierras, entre las cuales y el mar se encierra una llanura. Y, ofreciendo presente de las cosas ricas que consigo pudo llevar a Mayobanexio, rey de aquella tierra, le dijo:

Forzado de las injurias intolerables con que nuestra isla destruyen estas gentes nuevas, he escogido por mejor fortuna ser pobre en tu reino que rico en el mío. Yo con ellos he probado guerra y paz, rigor y mansedumbre, ruegos y amenazas, consentimiento y defensa, y en ninguna cosa hallé

manera de poder perseverar. Ven mi reino lleno de gemidos y lágrimas, ven ensuciada la honestidad de las mujeres y vertida la sangre de los inocentes, ven los niños perecer de hambre y, siendo ellos la causa, de ninguna cosa tienen arrepentimiento ni compasión. No creo que sean más crueles los caribes, pues la muerte que de ellos tememos en estotros la deseamos. Ahora, pues, mucho te ruego que tu bondad me sea puerto do pueda reposar, salido de tantas tempestades, que la fortuna que a mí me aflige a ti te honrará, pues por ella te dirán amparo de los otros reyes.

Mayobanexio, mucho movido de estas palabras, consoló a Guarionexio ofreciéndole su casa y todo su poderío.

Estas cosas sabiendo el Adelantado, fue a la Concepción, do, preguntando a Roldán Jiménez la causa de su movimiento, él dijo que era tan razonable cuanto era mantener la vida, la cual sin aquellas diligencias perderían de hambre, y que había sabido que el Almirante era muerto en España y que los reyes, por falta de quien lo solicitase, ningún cuidado habían de ellos. También que, partiendo el Almirante, le había dado parte en la gobernación y autoridad, la cual él entonces usaba. Por eso, que no pensase que él ni sus compañeros le obedecerían. El Adelantado

quiso prenderlo, mas él, avisado, huyó a Xaraguá con setenta hombres, donde, ya del todo exentos y libres de miedo, como los leones que de prisión se sueltan emplean la rabia que atados cobraron, así ellos mostraban cuánto poderío tiene la maldad de los hombres suelta de las leyes.

Poco después el Almirante llegó a la Española, pero ni por eso Roldán perdió la voluntad de su propósito; antes, menospreciando todos los mandamientos del Almirante, escribió a los reyes de España que él y el Adelantado eran hombres muy malos, soberbios, envidiosos y crueles, enemigos de la corona de España, a la cual trataban traición, queriendo ellos apoderarse en aquella tierra. Lo cual decía que conjeturaban porque no dejaban ir a las minas del oro sino a sus familiares, y por ligeras causas mataban todos los españoles que les parecía que podrían ser estorbo, en el cual peligro andaban él y sus compañeros, que eran tenidos por leales, y que a esta causa se habían apartado a lugares seguros, do demandaban socorro. El Almirante contra esto escribió que Roldán y sus compañeros eran hombres en cuyas costumbres conocerían el valor de sus palabras, y que se habían ido, huyendo de las leyes con que castigan los malos,

a Xaraguá, región de amigos, donde, corrompidos de vicios y ablandados, no querían andar por la isla sino en sillas sentados, que los naturales llevaban en los hombros, y que en sus pasatiempos usaban probar sus fuerzas en cortar de un golpe la cabeza al hombre de la tierra que más cercano hallaban. Por tanto, que mucho era menester que le enviasen bastante gente para prenderlos, porque, en confianza de aquella libertad, si no se castigaban, los que en sujeción quedaban se desconcertarían.

Después de esto, envió el Almirante a su hermano, el Adelantado, con noventa peones españoles y algunos a caballo y tres mil hombres de la tierra, que defendiese a Mayobanexio, señor de los ciguayos, las injurias que en aquella tierra hacía y le demandase a Guarionexio, que había amparado. Con esta gente pasando el Adelantado los montes, bajó a la llanura, do en riberas de un río prendieron una escucha, de quien supieron que seis mil ciguayos estaban en un bosque escondidos para saltar los nuestros cuando el río pasasen. El Adelantado mandó la gente estar proveída según para este acontecimiento era menester, y, pasando por un vado bueno para defenderse, con gran clamor se mostraron los ciguayos, pintados de las rodillas

arriba de muchos colores con jugo de frutos que para esto guardan, los cabellos luengos, trenzados, y con saetas y astas agudas probaron a defender la pasada a los nuestros, do fueron muchos heridos. Pero, al fin vencidos los ciguayos y muertos los que huyendo no libraron su vida, los nuestros los siguieron a unos bosques, do se encerraron. Mas ellos, endurecidos en uso de andar así, pasaban las asperezas sin ofensa, y los nuestros, impedidos de armas y vestiduras, no los podían seguir.

Entonces el Adelantado fue a un lugar que cerca de ahí estaba, do pudo haber solos dos hombres, que le dijeron cómo en Caprón, do era la casa real de Mayobanexio, se habían ayuntado diez señores con ocho mil ciguayos para proseguir la guerra. El Adelantado partió allá, y de los bosques esta gente le acometió dos veces, y, aunque algunos de los nuestros fueron heridos, la postrera vez los enemigos se fueron sin voluntad de tornar, con mucho daño vencidos. Luego envió el Adelantado mensajeros a Mayobanexio que le demandasen a Guarionexio, que esta guerra le había movido, para que fuese de su culpa castigado y ellos quedasen en paz. Lo cual si hacía, alcanzaría de los nuestros perpetua amistad, con que su reino libraría de guerras y

destrucción. Y que, si era su voluntad defender a Guarionexio, que entre mucho fuego y sangre con que lo perseguirían lo había de guardar. A esto Mayobanexio respondió que Guarionexio era hombre bueno y digno de ser defendido, y los nuestros malos, deseosos de lo ajeno, y que quería más tener peligro con los hombres inocentes que amistad con los dañosos.

El Adelantado se acercó más y otra vez le envió mensajeros que le demandasen algunos de sus familiares que a los nuestros viniesen. Mayobanexio envió uno de sus principales. A éste el Adelantado en paz prometió muchos bienes y en guerra amenazó con muchos daños, rogándole que él aconsejase a Mayobanexio que diese a Guarionexio y que echase aquel peligro de su reino. El mensajero tornado, Mayobanexio mandó ayuntar el pueblo y demandó que manifestasen su voluntad. Todos en una voz decían que era deseo de paz y amistad con nuestra gente, con quien comenzar guerra era ser vencidos. Mayobanexio, oyendo todos, dijo así:

Después que yo recibí en mi amparo a Guarionexio, he determinado de fenecer con él, porque para darlo no hay otra causa sino cobardía, y

para defenderlo me obliga su virtud. Él me dio, viniendo, sus ornamentos reales; yo le mostraré que no los tiene hombre desagradecido. Su manera de danzar nos mostró a mí y a mi mujer, que nosotros preciamos mucho; no quiero, pues, ahora tener el maestro en poco. Principalmente, ¿qué dirán de mí?, ¿que en mi confianza se pierden mis amigos, y en mi casa no hay fe ni lealtad, do los huéspedes que bien recibimos despedimos entregados a sus enemigos? Así que no penséis que demandan a Guarionexio, sino la honra de vuestro rey. Por la cual yo os dejo pensar lo que debéis.

Luego mandó llamar a Guarionexio, y en presencia de todos le dijo palabras en que tuviese confianza y le prometió defensa, y mandó que los suyos guardasen el camino de ir al Adelantado, do matasen los que por él viniesen.

El Adelantado envió dos mensajeros que, cayendo en estas asechanzas, fueron muertos. Visto por el Adelantado, que poco detrás los seguía, por lo cual indignado congregó su ejército y combatió el Caprón, donde, vencidos los que allí estaban, huyeron todos. Poco después unos de nuestros ballesteros hallaron en un bosque do cazaban dos familiares de Mayobanexio que le llevaban provisión. Éstos manifestaron dónde escondido estaba. Luego doce de los nuestros se

desnudaron y pintaron como los ciguayos, y, así yendo disimulados, Mayobanexio fue preso con su mujer y hijos. Después, saliendo Guarionexio forzado con hambre de donde escondido estaba, ciertos de la tierra le dieron a unos cazadores de los nuestros.

Pues siendo ya en paz aquella provincia, después que tres meses la guerra había durado, el Adelantado vino con los prisioneros a la Concepción, y entre ellos traía una mujer muy hermosa, parienta de Mayobanexio, que para tomar parte de sus penas lo había acompañado. El marido de ésta vino a demandarla, ofreciendo por rescate cualquier cosa que de su estado le pidiesen o su mismo cautiverio. El Almirante se la dio por juramento que hizo de perpetua obediencia, y él, en agradecimiento, después vino con cinco mil hombres a sembrar los campos que los nuestros le señalaron. El Almirante les dio muchos dones, a cuya fama vinieron todos los señores de la isla que culpables habían ido a demandar misericordia, y los otros a ofrecerse. Donde ayuntados, el Almirante les dijo así:

Justa cosa será que fenezca nuestra enemistad,
pues son ya acabadas las batallas en las cuales

merecimos la victoria, porque vosotros querías nuestra muerte y nosotros vuestra amistad. Ahora, pues habéis visto qué tales enemigos somos, debéis probarnos por amigos, en lo cual hallaréis mudamiento grande de fortuna, porque se os tornará el cautiverio en libertad, el sobresalto en sosiego y la pobreza en abundancia. Por lo cual os amonesto que tales nos hallaréis siempre bien aparejados cuales nos quisierdes tener.

Narración nona y última

Después que, por entendimiento de la lengua, los nuestros pudieron conocer las cosas más secretas de la isla Española, supieron que tenían esta religión. Creían que era en el mundo principal un señor todopoderoso, perdurable e invisible, que tenía dos nombres: Focauna y Guamaoncon; y la madre, de quien creían que nació, tenía cinco: Atabeyra, Mamona, Guacarapita, Jicla y Guimazoa.

Este señor decían que tenía servidores, intérpretes de su voluntad, que decían zemes, los cuales en aquella isla muchas veces aparecían en diversas figuras feas, cuyas imágenes aquellas gentes tejían en algodón y esculpían en mármol y en madera, y acataban como moradas

de aquellos espíritus en cuyo honor las hacían. De donde muchas veces habían respuesta a preguntas que hacían de lo venidero, entre las cuales fue notable la que hubieron el padre de Guarionexio y otro señor su vecino, que, ayudando a cinco zemes cinco días por descubrir algo de lo que adelante sería, supieron de ellos que iría a su isla gente vestida, poderosa, que su religión y costumbres destruyese, en poder de la cual muchos de sus descendientes morirían y otros perderían su libertad. Parece que el Demonio malo hacía ya conjetura de la ida de los nuestros, y quería que aquellos sus engañados le ayudasen a llorar su huida.

A estos zemes ofrecían aquellas gentes sus oraciones por las cosas que menester habían, y sus imágenes pequeñas se ataban en las frentes cuando entraban en batalla, creyendo ser así bien armados contra los peligros. Algunos de ellos había notables. Uno de ellos era Corocoto, que Guamareto rey tenía en los alto de su casa atado, porque muchas veces se iba: decían que con lujuria o con hambre o por no ser acatado, y que en la isla nacían niños con dos coronas, hijos de éste; después, vencido de sus enemigos Guamareto y encendida su casa, Corocoto

huyó del fuego. Otro se decía Epileguanita, que, ofendido de los que lo tenían, muchas veces huía a lugares donde no lo hallaban, sino por ruegos y penitencia; y, yendo los cristianos, huyó donde nunca pareció más. Otra imagen de mujer, esculpida en mármol con dos otras de varones, decían que tenía en los tiempos gran poderío, y que uno de los que con ella estaban era mensajero que a los otros zemes declaraba la voluntad de la señora si quería hacer buen temporal. El otro congregaba las aguas en los montes, para que de allí cayendo con ímpetu destruyesen los sembrados en los valles, si la señora era ofendida del pueblo.

Con estas cosas, sabían que en la muerte no perecen las almas, pero de los muertos creían que entre los vivos andaban y se mantenían de un fruto que dicen guayaba. De noche decían que aparecen en los caminos, donde los caminantes si no temen, ellos desvanecen, y, si muestran miedo, los espantan y persiguen. Algunas veces decían que se acuestan con los vivos en las camas, donde atentándoles los vientres eran conocidos, porque decían que todos los miembros del cuerpo podían haber, sino el ombligo, y por cualquier señal que fuesen conocidos desaparecían luego.

Los sacerdotes de sus imágenes endemoniadas tenían en memoria la religión y se decían ser intérpretes de los zemes, por cuyo aviso curaban los enfermos. Sorbían por las narices el polvo de caoba, una hierba que los hacía atónitos en furor, y, confundidas las imágenes de la fantasía, las cosas que veían se les representaban como en sueño, confusas y turbadas en su orden. Después de amansada la fuerza de esta hierba, decían al pueblo lo que por aquellas visiones podían o querían conjeturar, como hacen nuestros supersticiosos. Si algún señor éstos curaban, ayunaban primero; después, en lugar secreto, donde sólo lo acompañaban los que ellos juzgaban ser puros, rodeaban el cuerpo del enfermo, haciendo de sus caras feos gestos; después, sorbían el aire en torno de la cabeza del enfermo y con los hombros lo fregaban de los hombros a los pies, donde ayuntadas las manos como que algo recogiesen, salían presto de aquel lugar, y fuera las sacudían, diciendo que allí iba la enfermedad. Algunas veces mostraban pedazos de carne que ellos decían haber sacado del cuerpo de lo superfluo que habían comido. Y en estos engaños empleaban su avaricia, demandando para aplacar los zemes cosas que ellos habían de usar. Y, si

el enfermo moría, muchas veces con encantaciones los parientes endemoniaban el cuerpo, creyendo que lo animaban, para preguntarle si por negligencia del sacerdote había muerto y prometerle venganza si la demandase. De esta manera escarnecían los demonios enemigos del género humano a aquellas simples gentes; los cuales, huyendo de la religión cristiana, desaparecieron de la isla, y sus estatuas, lugar de sus engaños, fueron traídas a España.

En el principio también de las cosas, aquellas gentes creían muchas vanidades. Decían que de una cueva de la Española, donde ellos tenían esculpidos dos zemes en la entrada, habían primero salido el Sol y la Luna. Entonces el género humano estaba en otras cuevas de una sierra de la región Caunana, de donde, por la lumbre del Sol, no osaba salir, que los hombres convertía en otra figura. Las puertas de esta cueva guardaba de noche Macócael, que después, codicioso de ver el mundo, se apartó tanto de las cuevas que, no pudiendo recogerse con tiempo, los rayos del Sol lo tornaron en piedra. Muchos otros decían que se tornaron de esta manera en árboles, y que Vaguomona, hombre principal, envió uno a pescar. Éste el Sol convirtió en ruiseñor, que al

tiempo de su mudanza, de noche, canta cada año su suerte. Vaguomona, con deseo de su familiar, sacó consigo las mujeres y los niños que criaban a buscarlo; y las mujeres dejó en Matininó, y trayendo consigo los niños, perecieron de hambre en la ribera de un río, donde, diciendo “toa” (como los nuestros dicen “mamá”), se tornaron en ranas, que tienen aquella voz. Vaguomona descendió a lo profundo de las aguas, donde vio una mujer hermosa que le dio piedrecillas de mármol y unas tablas de latón, que los de la isla mostraban a los nuestros guardadas con gran religión. Los que estaban en las cuevas, saliendo de noche a lavarse, vieron entre unos árboles gran muchedumbre de mujeres, que, queriendo ellos tomar, se les deslizaban; mas los sarnosos, con sus manos ásperas, pudieron tener cuatro. A éstas les faltaba señal de hembras, que un ave con su pico les abrió, teniéndolas ellos. Así hubo reparo el género humano, y de ahí adelante licencia del Sol para andar en su lumbre.

Mar entonces no había; después hubo de esta manera principio. Era un rey Yaya, el cual, muriendo un hijo solo que tenía, lo encerró en una calabaza, donde quiso que fuese su sepulcro. La cual, yendo a ver después, halló dentro el mar

y sus peces. Esto dijo el hijo de Yaya donde lo oyeron cuatro hermanos nacidos de un parto en que la madre murió, y ellos, con codicia de los peces, fueron donde estaba la calabaza, y, sostenida en las manos para mirarla, fueron vistos de Yaya, por miedo del cual, para huir, la soltaron, y entonces, cascada por las hendiduras, vació el mar, que cubrió todos los llanos y dejó descubiertas solas las alturas de los montes, que ahora son islas.

Estas fábulas, por falta de letras, tenían aquellas gentes notadas en versos medidos, porque los que añaden u olvidan no pudiesen fácilmente corromperlas. Sabíanlas los sacerdotes y enseñábanlas a los hijos de los reyes, para que en las fiestas las cantasen, y de éstos las oían los otros.

Algunas cosas de Hernán Cortés y México

La gran fama de la provincia de Culúa encendía el corazón de Hernán Cortés en voluntad de cosas mayores, viendo que había hallado materia de manifestar su virtud y, aunque la poca compañía y esperanza de socorro le amonestaban dilación, el ardiente deseo de las grandes cosas que había oído y la confianza que con muchas victorias había ganado no la sufrían. Los que le representaban el gran señorío de Moctezuma para templanlo cebaban su fuego, y los que lo amenazaban con peligros le ponían codicia de emplear en ellos su esfuerzo.

Así pues, ayuntados ánimo y fortuna iguales, mandó sacar las naves del agua, porque el temor no tuviese huida ni los amigos de Juan Velázquez osadía de hacer traición alguna, sino que, todos puestos en una fortuna, se ayuntasen en una voluntad y una defensa y en solas las armas

* Versión a partir de la edición de William Atkinson en "Hernán Pérez de Oliva. A biographical and critical study", en *Revue Hispanique*, 71, (1927), pp. 309-483; cotejada con la edición crítica de Pedro Ruiz Pérez, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1993.

pusiesen su esperanza. Después partió con trescientos peones bien armados y quince de caballo y algunos principales de Cempoala con sus compañías, y en la cuarta jornada bajaron a un valle de muchos pueblos, donde por mandado de Moctezuma, cuya era esta provincia, que dicen Sienchimalén, fueron tratados de los naturales como amados, no temidos. La salida de este valle es por un puerto muy alto y muy áspero. En su bajada hay otra llanura bien poblada, donde es cabeza de ciudad Ceyconacán. Aquí también hallaron mandamiento de Moctezuma para ser bien recibidos. Después, pasadas tres jornadas de despoblado, donde un torbellino y fríos que lo siguieron fatigaron el ejército y mataron algunos de los indios, llegaron a la provincia de Catalmi, donde los señores en servicios y presentes mostraron a los nuestros gran voluntad de obedecer el mandamiento de Moctezuma que para esto tenían.

En este valle los de Cempoala dijeron al capitán que debía ir a Tlaxcala, provincia de allí cercana, donde hallaría mucho poderío de su ayuda y muchos valientes hombres enemigos de Moctezuma que ayuntaría en su amistad, los cuales estaban en lugar aparejado para dar

mantenimientos y ayudar a las victorias y amparar en los peligros. Al contrario decían los de Catalmi cuando sintieron este consejo, que no saliese del señorío de Moctezuma si no quería apartarse de su seguridad y buscar su peligro, y que el nombre de amigo que de su tierra llevaba le haría peligrar entre muchas traiciones que usan los de Tlaxcala. En esta discordia que así aquéllos manifestaba el capitán, entretanto, se esforzaba, esperando que la enemistad de cada parte le fuera buena arma para destruir la otra. Y entonces, considerando que había de tomar enemistad con aquéllos en cuyo despojo habría mayor provecho, se partió a Tlaxcala, que era gente menos rica y menos poderosa. Y salieron de su valle por el encuentro de dos muros grandes que cerraban su canal más de cuanto era una salida por entre ellos vuelta. Éstos eran como adarve de aquella provincia toda, donde se defendía la entrada a los enemigos.

Fuera de allí era la provincia de Tlaxcala, por donde el capitán, con seis de caballo y algunos peones adelantados para asegurar el camino a su gente, halló quince hombres aderezados de guerra, los cuales, defendiéndose, mataron dos caballos e hirieron cinco españoles. A sus

voces vinieron cinco mil otros que cerca estaban, mas los nuestros llegaron a tiempo que les defendieron el daño que pudieran hacer, y muertos sesenta de ellos, los otros huyeron. Luego, los señores de Tlaxcala enviaron mensajeros que dijese al capitán que aquélla no era gente sujeta a su gobierno, sino hombres malos que robando por los campos mantienen su libertad, y que mucho le rogaban que entrase en la tierra, donde en sus obras conocería su voluntad. Empero, el capitán, que temía más las traiciones que confiaba en palabras, tanto despertaba más cuanto más los enemigos procuraban de quitarle el cuidado.

El día siguiente, saliendo el sol, dos mensajeros naturales de Cempoala, que para demandar amistad el capitán había enviado a los señores de Tlaxcala, vinieron heridos, huyendo de la muerte con que dijeron que los seguían. Tras ellos pareció una compañía que, huyendo, puso a los nuestros en codicia de entrar, donde se hallaron cercados de cien mil hombres. Allí, peleando hasta cerca de la noche, mostraron bien que vale más la fortaleza que la muchedumbre, matando de los enemigos los que se osaban acercar y defendiendo tan bien sus cuerpos, que

ninguno quedó herido. Así los nuestros salieron de la batalla, esforzados y temidos, a reparar sus fuerzas con mantenimiento y descanso junto a una torre de ídolos, donde pareció al capitán buen lugar para asentar real.

De allí el capitán, por mostrar a los enemigos más deseo de la guerra que temor, el día siguiente con la gente de caballo y cien españoles y seiscientos indios quemó seis aldeas y trajo al real presos cuatrocientos hombres. Los enemigos, viendo que no debían dar descanso a gente que tanta prisa se daba a hacer mal, ayuntados en número de ciento cincuenta mil, acometieron el real con tanta gana de vengarse, que no pudieron defenderles la entrada, mas presto les hicieron buscar la salida, peleando con la osadía que antes contra ellos habían ganado. Partida esta batalla, el capitán otro día robó y quemó diez pueblos, y antes que hubiese ayuntamiento de los enemigos que osase defenderlo, la gente y el despojo estaban en el real.

Los principales de los enemigos enviaron luego mensajeros con ofrecimiento de amistad y dones con que fuese bien recibido. El capitán, que siempre estaba igualmente aparejado a guerra y paz, respondió humanamente a su de-

manda, y por esta seguridad vinieron al real cincuenta de los contrarios, hombres principales, a considerar su sitio y sus partes por donde sería mejor acometido. El capitán, avisado de los de Cempoala, hizo a uno confesar con amenazas que Sintengal, capitán de los de Tlaxcala, estaba escondido con mucha gente para tomar los nuestros en el descuido que con sus muestras de amistad pensaban que tendrían, y que ellos eran venidos a ver el real para después regir la manera del combate, el cual querían que fuese de noche, porque, no viendo nuestras armas, no las temiesen. El capitán, considerando que a los traidores no hay castigos demasiado crueles, les mandó a todos cortar las manos y que, puestos en libertad, dijese a Sintengal que no había noche para sus ojos ni estorbo para sus armas y que cuando fuese su voluntad se lo mostraría. Pasado el día, Sintengal se acercaba, y el capitán, por no dejar los enemigos llegar al real, donde cualquier daño fuera sin reparo, salió con la gente de caballo con tal ímpetu, que los enemigos, no osando ponerse al encuentro, desbaratados huyeron.

En este tiempo vinieron al capitán seis embajadores de Moctezuma bien acompañados, que dijeron así:

Moctezuma, en estas partes del mundo señor principal, conociendo en las nuestras de tu gente que a nuestra tierra trajiste el gran poder que debe tener su muchedumbre, nos ha enviado a ofrecerte servicio para tu señor y amistad para ti, de manera que sola tu fama ha hecho lo que no pudieron las armas de mucha gente. Y, pues antes de acometer ganaste victoria, desde aquí donde la alcanzaste la puedes gozar, señalando en nuestras riquezas el tributo que quisieres, por lo cual mucho te rogamos que en nuestra tierra no entres, porque en ella no tenemos mantenimientos ni otros aparejos con que mostrarte nuestra voluntad, ni para entrar en ella hallarás necesidad, si considerar quieres primero cómo obedecemos lo que de lejos por tus mensajero nos mandares.

Dicho esto, dieron al capitán mil pesos de oro y mil vestiduras de algodón, y él, agradeciendo el presente, respondió que su amistad tenía él mucho deseada y que entonces la iba a buscar, si no se la defendiesen con armas, y, en lo demás, que tenía mandamiento del emperador contrario al ruego de Moctezuma, así que, por ser leal capitán, no podía en aquello ser placiente amigo, mas que su ida sería para que con más conocimiento se ayuntase su amistad y se hiciese más firme, por la cual sería segura su

prosperidad; por eso, que no temiesen lo que debían desear.

Poco después, el capitán, por confirmar en su presencia la fama que los embajadores habían sentido, salió de noche con la gente de caballo y cien peones y otras compañías de indios a unos pueblos cercanos, donde, destruyendo dos menores, llegó a una ciudad de veinte mil casas, en la cual pareciendo de improviso despertó la gente de su reposo a mucha turbación. Los mayores huían y las mujeres y los niños por las calles desnudos lloraban su destrucción. El capitán, no queriendo tomar tanta venganza de los enemigos como la fortuna le ofrecía, esperó que le hablasen. Y, venidos algunos de los principales, le dijeron que las culpas pasadas les perdonase por el servicio que para adelante le prometían, porque ya visto habían que teniéndolo por enemigo aun en las camas no había de dejar las armas y hasta el sueño habían de perder. El capitán, que jamás quiso ofender a hombres vencidos, concedió su demanda, y ellos luego cerca de una fuente dieron al ejército bastante mantenimiento, juzgando al capitán por merecedor de victoria, pues con su bondad los honraba tanto.

Los compañeros en el real, después que fueron recogidos, viendo los gentíos grandes con quien habían de tratar cada día batalla, decían que el capitán tenía más ánimo que esperanza, creyendo que, aunque entera permaneciese siempre la osadía del ejército, al fin, de cansados, serían vencidos. A esta causa algunos rogaban que se tornase, y otros lo amonestaban. Mas él, aunque su propósito veía bien combatido de los amigos y enemigos, determinó de no desampararlo. Para lo cual, a su ejército ayuntado habló así:

Si nuestras victorias hubieran alcanzado nuestros enemigos, no sé qué más espanto os pusieran, pues sin lesión teméis y buscáis de vuestra próspera fortuna, teniendo mejor aparejo para seguirla que para comenzar tuviste. Yo os ruego que me digáis por qué queréis tomar con deshonor a donde partiste con honra, o por qué, siendo vencedores, os dais por vencidos del temor. Acordaos, valientes hombres, acordaos que los semejantes a vosotros nunca sanos y enteros desamparan sus empresas, principalmente que el propósito os es fuerza, si miráis que queremos abrir entrada a la santa fe católica, por donde vaya a los templos donde en su ofensa los ídolos se adoran. Así que a los demonios malos hacemos guerra, y los ángeles

en el cielo desean nuestra victoria. Pues acá en la tierra vosotros veis que gran parte de la honra de España, que en nuestros tiempos es más que todas celebrada, está ahora en nuestras manos, y en nuestro esfuerzo la prosperidad de nuestro príncipe. Haced, pues, que el nombre de españoles que tanto amáis lo merezcáis ahora, ayudando a aquellos que la nación de España han esclarecido, y, pues muchos de nuestros naturales por pequeñas empresas entraron en bravas batallas, vosotros mirad qué esfuerzo debéis tener, pues en guerra la victoria es libertad y riquezas y honra y señorío y, a la fin, triunfo de nuestra religión. Por lo cual, yo os ruego que hagáis de manera que a los jueces de nuestros hechos no hayamos vergüenza ni a los valientes hombres miremos con envidia, considerando en vuestros peligros que no se pierda la vida donde el ánima se gana.

Los compañeros hubieron por buena la amonestación del capitán, y el tiempo les mostró que de la entrada del puerto de sus trabajos se querían tornar, porque Sintengal acompañado con poca gente fue al real y habló al capitán así:

Estas gentes que en mi gobierno te han hecho guerra hasta ahora nunca conocieron armas que no pudiesen vencer. Por eso, siempre mantuvieron gloria de su libertad, la cual muchos años ha permanecido contra el poderío de Moctezuma

y sus antecesores, y por mantenerla tenemos tantos enemigos, que todas las salidas de nuestra provincia nos son defendidas, así que, por gozar de la libertad, ni comemos sal ni vestimos algodón ni usamos otras cosas de que nuestra tierra carece. Mas ahora, que de todas maneras habemos visto que ni tus armas ni tu consejo podemos vencer, harto envejecida la entregamos en tus manos, confiando en tu bondad que mal no la tratarás.

El capitán, según su costumbre, recibió la amistad y después, rogado de los señores de la provincia, fue a la ciudad principal, donde es ayuntamiento de casi cincuenta mil vecinos, rica y muy proveída. Los principales de ella gobiernan toda la provincia y conservan el bien común.

Después de veinte días que allí estuvo el capitán, los embajadores de Moctezuma, que siempre lo habían acompañado, le rogaron que fuese a Churultecal, ciudad de sus amigos así vecina, donde había mensajeros de su señor que su voluntad le declarasen. Pero los de Tlaxcala le dijeron que los embajadores querían con aquellas palabras llevarlo a meter en una traición que le tenían ordenada y ellos conocida por manifiestas señales. El capitán envió luego a llamar los señores de Churultecal, los cuales,

primero no queriendo, otra vez requeridos, vinieron, excusando su tardanza con el peligro de los caminos y, ofreciendo al capitán todo lo que de ellos quería, lo acompañaron. Y a dos leguas de Churultecal el capitán retuvo consigo cinco mil hombres de guerra naturales de Tlaxcala y despidió casi cien mil otros que lo habían acompañado. Después, los de la ciudad adornaron gran pompa para recibirlo, y en ella los sacerdotes de sus ídolos, vestidos y cantando de la manera que sacrifican. Así aposentaron al capitán en una casa noble, capaz del ejército, donde estaba en descanso, mas no en descuido, porque yendo había visto hoyos en los caminos y en las calles nuevos atajos y piedras en las azoteas. Y crecía más cada día su sospecha, porque ciertos mensajeros enviados de Moctezuma no le hablaron, y los de la ciudad no lo acataban ni lo proveían como a persona que quisiesen contentar.

En este tiempo, una india que era intérprete del capitán supo de otra natural, con quien tenía familiaridad, que la ciudad estaba vacía de la gente que no podía tomar armas y lo que podría ser a los enemigos despojo, y que cerca había mucha gente que por mandado de Moctezuma eran venidos a

matar los nuestros. Esto sabiendo el capitán, confirmado por la confesión de un natural, llamó los principales a oír cosas de su provecho y en el ayuntamiento los mandó atar luego. Un escopeta dio señal a los nuestros de lo que había de hacer, y ellos, hiriendo con gran denuedo en los enemigos, en poco tiempo mataron más de tres mil y hicieron que los otros desamparasen la ciudad. El capitán habló a los presos y, mostrándoles su yerro en su prisión y en la destrucción de la ciudad, soltó dos que recorriesen el pueblo y después los otros que lo confirmasen en voluntad de obedecer.

Esta ciudad es asentada en llano, poblada de cuarenta mil casas y hermosa de edificios, mandada y gobernada por sus principales. En ella estuvo el capitán veinte días, reparando el daño de la guerra y esperando mensajeros que había enviado a Moctezuma quejándose de la traición que siguiendo sus promesas había hallado. Con éstos envió Moctezuma al capitán diez platos de oro y mil y quinientas vestiduras de algodón, excusándose con ignorancia de las otras cosas y rogándole que no codiciase tanto la esterilidad de su tierra, donde se hallaría en necesidad de mantenimientos. Mas el capitán,

esperando que, si prendiese a Moctezuma con él, tendría presas las voluntades de todos sus vasallos, le negaba su demanda. Y él le envió luego gente que lo acompañase por un camino que el capitán no quiso llevar, amonestado con sospecha de traiciones que podían ejecutarse entre muchos pasos malos que tenía. Así fue por otro que dos españoles habían descubierto queriendo ver una boca de fuego por do salen nubes de humo tan espeso y tan impetuoso, que ningún viento lo disipa ni lo aparta de su derecho movimiento. Y siendo en un aposento entre unas sierras nevadas, un hermano de Moctezuma le llevó tres mil pesos de oro, y éste le rogó que, allí mandando lo que fuese su voluntad, no pasase adelante, no entendiendo que con tales presentes le encendían su voluntad de no tornar atrás. Mas aquí y doquier que adelante fue bien aposentado le acometieron con traiciones, que él, bien proveyendo, desconcertó, hasta que por muchas nobles ciudades llegó a Tenochtitlan, cabeza de aquel señorío, do era la casa real de Moctezuma.

Los que le salían a recibir mostraban en su ornamento la riqueza de la ciudad y en señal de cortesía tocaban la tierra con la mano y besában-

la después. Moctezuma venía tras éstos por una calle, sustentados los brazos sobre los hombros de dos hombres principales, y doscientos otros por acatamiento descalzos lo acompañaban en dos órdenes puestos. El capitán dio a Moctezuma un collar de piedras falsas, y él, con voluntad de imitar nuestras costumbres, dio al capitán otro de ricas piezas de oro. De ahí, partiendo Moctezuma su honor por igual con el capitán, lo llevó a un rico aposento, donde con él pudo colocar todo su ejército, y allí le hizo presente de cinco mil vestiduras de algodón y cosas de oro y plata que pasaban a toda la esperanza que los nuestros habían tenido. Y después le dijo así:

La envidia de mis enemigos me ha hecho mala fama y peligrosa, que habréis oído por la tierra donde venís. Ellos dicen que mis casas son de oro, donde me hago acatar como dios. Las casas bien veis que son de piedra, y mi cuerpo palpable de carne mortal como los vuestros. Mi estado es grande, y sus riquezas me dan bastante poderío para defenderlo, pero no quiero tomar armas contra la amonestación que con él me dejaron mis mayores por herencia, los cuales así nos informaron que de oriente vinieron muchas gentes en obediencia de un señor. Éste los dejó aquí y llevó su fe y prometimiento que siempre los hallaría

aparejados a su voluntad, mas, tornando, ni lo obedecieron ni acataron como habían prometido. Él los amenazó para todos los siglos venideros, y nosotros siempre habemos temido su venganza, la cual creo ciertamente que tú viniste a tomar, según el camino que trajiste y el poderío que nos cuentas del señor que te envía, principalmente que, tan apartado, nadie podría de nosotros tener conocimiento y memoria, sino quien fuese ofendido. Así, que ni tú has menester armas ni yo defensa, porque no es a mí grave ni vergonzoso restituir con justicia lo que tantos tiempos habemos ocupado con injuria. Ahora, pues, repose tu corazón sobre esta obediencia y tu cuerpo en esta casa, donde serás bien servido.

Llegado hemos donde Cortés hubo mucha gloria con guerra y gran prosperidad de paz. Bueno, pues, será señalar el lugar de sus victorias y mostrar el premio de ellas. México es provincia cercada de sierras, y su llanura, que es casi de veinte leguas, ocupan dos lagunas. El agua de la una es dulce, y en la otra es salada. Por una parte las divide poca tierra, y por otra las ayunta un estrecho por donde las aguas saladas salen y se retraen, con crecimiento y menguanza que la luna en ellas hace, donde parece que con el mar tienen ayuntamiento de cavernas de la tierra.



En estas lagunas hay muchas ciudades nobles, que en acales o barcos de un leño se conversan. Tenochtitlan tiene sitio en el agua salada y entrada de diversas partes por cuatro calzadas anchas de casi cuarenta pies y luengas de dos leguas. Por los lados de una hay dos canales; la una vierte agua dulce en la ciudad, y la otra está vacía, para hacer el mismo servicio cuando por limpieza o reparo de la que antes sirvió fuera menester. La población es tan grande como para ser cabeza entre tantas nobles ciudades pertenecía. Las calles son luengas y los asientos de las casas en dos derechas rayas; el suelo, en muchas partes cubierto, y descubierto en otras para el uso de los acales o canoas. Las atravesas de las aguas se pasan por puentes de madera, que se pueden quitar cuando por defensa es menester. Casi todos los señores de la provincia tenían allí casas nobles, donde era costumbre estar según el repartimiento del príncipe cierta parte del año para hacer corte.

Templos había muchos suntuosos. El mayor es cercado de muro muy alto, con espacio bastante a quinientos moradores. Hay en él cuarenta torres altísimas, que son enterramiento de señores. En ellas y en los edificios bajos había

muchos ídolos de la estatura de un hombre, amasados de harina de sus simientes con sangre de corazones humanos que de sus cuerpos viviendo sacaban. A éstos tenían repartido el poderío de Dios, creyendo que unos eran poderosos de dar salud, otros, mantenimientos, y otros, victorias. Los sacerdotes vestían negra túnica; el cabello lo peinaban o lo cortaban. Tenían moradas en los templos, donde no entraban mujeres, por conservación de su castidad, y ciertos mantenimientos les eran defendidos. En esta religión entraban los hijos de los señores cuando eran de edad de acostumbrarse y dejábanla con el matrimonio. Los sacrificios se hacían en sangre humana, y los sacerdotes eran los verdugos. Unos tenían el miserable cuerpo, y otros le abrían el pecho de un golpe y por la herida sacaban el corazón y, asido en sus raíces, lo punzaban y comprimían la sangre contra la cara del ídolo, afirmando entretanto con fuerza los otros miembros, que hacían crueles denuedos de muerte. La sangre de los niños tenían por más pura y agradable, y a esta causa sacrificaban muchos, a los cuales valía más cualquier duro género de muerte que vida para tales costumbres.

Cada arte tenía sitio determinado en la ciudad, y todos hacían en la plaza feria, donde por su grandeza había para muchas gentes contratación. En ella había asiento de doce jueces, que con su sentencia quitaban las porfías y con su castigo, los malhechores. Medida usaban, peso no había, y la moneda era un fruto como almendras que ellos comen. Tenían libros con señales de las cosas que se habían de tener en memoria, mas no conformaban por letras la voz con la escritura.

Moctezuma en esta ciudad hacía grandes muestras de grandeza y en su estilo representaba bien su gran señorío. Vestía ropas de mucho valor y comía de muchos señores acompañado en vasos preciosos, y ninguna cosa usaba dos veces. Su asiento era en cojín, y su movimiento, en andas. Por donde pasaba el pueblo se tendía en tierra, y los señores que le hablaban llegaban a él descalzos y las cabezas inclinadas, porque era entre ellos gran desacatamiento mirarle la cara. Tenía para sus deleites todas las maneras de hombres que por error de natura son admirables y, con ellos, leones y tigres y otras bestias feroces y aves de diversos géneros. En su tesoro había imágenes de oro y plata de todas las cosas

vivas, tan semejantes que en parecer ellas no les faltaba sino el movimiento. Con estas cosas, paz en casa, muchas victorias fuera y tanta obediencia cuanta demandaba, ninguna cosa tenían él ni sus familiares que debiesen desear, sino la salud del alma.

Cortés, viendo el gran poderío de Moctezuma, procuraba con prudencia conservarse donde el esfuerzo lo había llevado. Mas, porque en la fortuna no hay reposo, previendo la mudanza que podía hacer, mandó a los artífices poner en el agua cuatro bergantines bien proveídos para cualquier uso que fuera menester, y, puestas compañías cerca del palacio de Moctezuma para seguridad del acometimiento que quería hacer, entró donde él estaba. Allí Moctezuma, entre las primeras cortesías, dio una hija suya al capitán, y a los compañeros otros señores dieron las suyas, donde bien mostraban qué confianza deberían los amigos tener de ellos. Esto hecho, mandó Cortés que allí se interpretase una carta en que el capitán de la Veracruz así le escribía:

Qualpopoca, señor de Nautecal, fingiendo amistad, demandó cuatro españoles para capitular. Los dos

de ellos mató, y los dos, huyendo de la muerte, me lo vinieron a decir. En venganza de éstos le destruí su ciudad, y de los presos supe que por mandado de Moctezuma se había así hecho. Este aviso y esta lumbre envió para quitar las tinieblas de traiciones en que andamos peligrando.

Moctezuma muy turbado entendía estas palabras, y Cortés, prometiéndole que muy entero le guardaría su poderío, le rogó que consigo fuese a su aposento, porque estando juntos mejor se justificaría, donde en el acuerdo manifestaría lo que hiciese en su favor y disimularían lo que fuese menester. Moctezuma, viendo que se lo rogaba quien entonces le podía hacer fuerza, envió por los avisados, y él entró en unas andas, las cuales sustentaban principales señores sobre los hombros desnudos, con no menos lágrimas que si lo llevaran a la sepultura. Así lo dejaron en el aposento y poder del capitán, donde le guardó el prometimiento de su antigua autoridad que antes le había hecho.

Pues, siendo el capitán así apoderado en aquella gran ciudad, según es costumbre de buenos cristianos, queriendo que su victoria sirviese a la santa fe católica, derrocó los ídolos y limpió sus oratorios de la sangre que en ellos vertida

estaba, y en sus asientos puso imágenes de los santos en señal de triunfo. Moctezuma y los otros naturales, que la esperanza del bien tenían puesta en el servicio de estos ídolos y el temor del mal en su ofensa, acusaron gravemente el atrevimiento del capitán, amenazándolo con hambre y pestilencia y otros daños, que aquellos ídolos en su venganza enviarían. Él oyó sus palabras riendo, y severamente les dijo así:

Si en servicio de estos ídolos hubiéseis seguido la verdad, conoceríais que vuestros enemigos son los que aman vuestra sangre. Mas, como quiera que andáis en las tinieblas donde os han puesto muchos adversarios secretos que tiene el género humano, acatáis aquellos de quien creéis que en vuestra muerte se delectan. Considerad, yo os ruego, pues vosotros con vuestras manos mezclasteis su materia, partiendo corazones humanos sobre la harina de vuestra simientes, que estos vuestros dioses son hechos de polvo y crueldad, las cuales partes no merecen sino menosprecio y aborrecimiento. El verdadero Dios, que con su lumbre los cristianos conocen, no demanda la sangre de los corazones, sino la limpieza de ellos. Éste es todopoderoso, universal y perdurable, que ama la mansedumbre y aborrece la crueldad. Su pura substancia invisible y incomprendible nadie se la dio, antes él con sus manos fabricó el mundo

y sobre las estrellas puso su tronco, acompañado no de sangre vertida por manos de los que le sirven, sino de ángeles bienaventurados y ánimas de hombres buenos que en él tienen gloria para siempre. Este señor soberano nos amonesta siempre costumbres con que la natura humana sea tratada mansamente. Su ley de servirlo es muy pura y muy fácil; su galardón, muy grande; su castigo, grave pena; su misericordia, siempre aparejada; su justicia, cierta. Él es el que mueve el mar, el que los cielos rodea, el que rige los vientos. Él envía los nublados, él aclara los tiempos, él da salud a quien le place y victoria a quien la merece. Él tiene para todo bastante y durable poderío. A éste, si vosotros amáis, no destruiréis sus criaturas, que para su servicio él hizo, antes conservaréis en salud los otros hombres como vuestra misma carne, y unos a otros os desearéis el bien que cada uno para sí querría, y sentiréis en vuestros pechos asentados otros espíritus más claros y más plácidos, que os conserven en limpieza y os recreen en esperanza. De estas cosas os dirán más bastantemente los sacerdotes cristianos. De mí sabréis que en servicio de este verdadero Dios andan mis armas, y con su favor son tan poderosas, y ellas siempre seguirán las vidas de sus enemigos.

Estas cosas oyeron todos muy atentos y muy maravillados y a ellas respondieron que de todo habían menester nueva información para

renovar el estado de sus antepasados, que por olvido tenían ya corrompido y que aparejados estaban a oír y cumplir aquellas cosas.

Poco después Qualpopoca fue traído con un hijo suyo y quince de sus principales, y por traidores quemados en lugar público. Muchos vituperaron este hecho del capitán, mas no quien miraba que castigando una traición refrenaba muchas, y que le convenía poner más fuerza contra aquellas armas que más guerra le hacían; principalmente, que, siendo tan pocos los españoles, si la sangre de cada uno no hubiera de costar muchas cabezas de los enemigos, presto fueran reducidos a nada.

Después de así amonestadas las conciencias de todos y sus consejos secretos, el capitán mandó visitar todas las provincias de aquel señorío, y aun que había en todos lugares de sacar oro. En una de ellas por mandado de Moteczuma se hizo una casa de españoles rica y bien adornada, porque allí decían que había abundancia de oro, si abundancia puede haber para tanta sed.

Después de esto, queriendo el capitán saber dónde las naves tenían más cercano y más seguro acogimiento, los naturales le represen-

taron en un paño la costa, por la cual guiados fueron algunos de los nuestros a la provincia de Guacalcalco, donde, tentando un río de ella, hallaron por mucho espacio bastante hondura para las naves. Los españoles tomaron aquí asiento para un pueblo, y Tuchintecla, señor de la provincia, lo mandó edificar por ganar gracia de ellos. Entretanto, muchos príncipes de las otras provincias enviaban dones y obediencia al capitán, y él, agradeciéndolos y ofreciendo su vida y sus armas a la amistad que de él querían, se mostraba no menos oportuno para usar de la prosperidad que para ganarla.

Así, todos los que sabiamente deseaban bien para sus casas querían más experimentar la bondad del capitán que sus armas, sino Cacamatzin, señor de Haculuacan, que, habiéndose primero ofrecido al servicio del emperador, viendo que por semejante beneficio Moctezuma estaba preso, se rebeló. Éste fue rogado y después amonestado, más nunca con palabras vencido. Pues viendo el capitán que se movía persona principal, con quien sus enemigos tenían osadía y ayuntamiento, demandó remedio de Moctezuma que no fuese con armas ni con sangre. Él lo encomendó a hombres de industria familiares

de Cacamatzin, los cuales lo llamaron a consejo a Texcoco, su principal ciudad, que está asentada en la laguna salada, y el ayuntamiento se hizo en una casa asentada sobre pasadizos que las canoas por debajo tenían. Allí Cacamatzin fue preso y sacado de entre el amparo de su gente por una descendida que a las canoas tenían hecha, en que lo llevaron a Tenochtitlan.

Moctezuma en este tiempo, viendo el poderío que los nuestros habían alcanzado con armas y consejo, no quiso que le quedase nada en que le pudiesen hacer fuerza, y así, a sus vasallos principales ayuntados dijo estas postreras palabras de señor:

Bien sabéis, mis vasallos muy amados y leales, que el señor que a vuestros antepasados trujo a esta tierra, por cuya buena obra vosotros gozáis de ella, después que, partido de ellos, tornó a llevarlos o regirlos, presos ya del amor y la costumbre de la tierra, no quisieron seguirlo y, olvidados del bien que por él tenían, no quisieron obedecerlo. Él los amenazó con venganza y se fue al oriente, de donde siempre la temimos. Después vosotros escogisteis príncipes de quien yo soy descendiente, los cuales y yo por amonestación de ellos regimos este señorío con victoria de los enemigos y paz de los pueblos naturales y mucha honra vuestra

y libertad, por las cuales buenas obras ahora os demando que a los descendientes de aquel señor antiguo, cuyo es este capitán, traspaséis de mí toda obediencia y deseo de merecer sirviendo. Ellos son vuestros señores naturales. Yo ocupé su silla en esta tierra no como debida, sino como vacía. Ahora quiero hacer con ellos, como buen vasallo, lo que siempre deseé que vosotros hicierais conmigo: he de dejarles libre el derecho de su señorío, el cual me place que hallaran no menos adornado y próspero que si ellos lo hubieran regido. Y a vosotros quiero mandar ahora la postrera cosa para poner fin a mi autoridad: que a este señor que con justicia os demanda paguéis con servicios y lealtad el desacatamiento de vuestros mayores. Y de mí no toméis la pena que en vuestras lágrimas mostráis, que mayor bien es ser leal que ningún señorío.

Aquellos señores luego hicieron homenaje, turbado con mil sollozos y lágrimas, en manos del capitán, y él les demandó señal del nuevo servicio y, ellos idos, enviaron de diversas partes casi trecientos mil pesos de oro y quinientos marcos de plata y cosas ricas del uso común.

Diego Velázquez, gobernador de Cuba, mutado a venganza de la ingratitud con que le parecía que Hernán Cortés oprimía su autoridad, ayuntó en diez y ocho navíos ochenta hombres de caballo

y ochenta escopeteros y veinte ballesteros y cuatrocientos otros españoles, con mucha artillería y algunos naturales de la isla, so el gobierno de Pánfilo de Narváez, capitán. Estas gentes se partieron a prender o matar a Hernán Cortés y haber el despojo de sus trabajos, contra la amonestación del Consejo de la isla Española. Y llegados a Yucatán, Pánfilo de Narváez procuró de ayuntar a sí las compañías de los españoles que en la costa estaban, a los codiciosos prometiendo y a los cobardes amenazando y a los soberbios adulando y incitando otros semejantes vicios, porque no tenía confianza que por los caminos de virtud podría traerlos a su voluntad. Mas la memoria de las buenas obras recibidas de Cortés, que contra estas astucias peleaba, defendió en este combate la lealtad de todos los que estaban en la Veracruz. Enviaron primero presos a Cortés tres mensajeros de Narváez, de los cuales supo la nueva ejercitación de armas que la fortuna le traía. Luego de otros supo que Narváez se nombraba gobernador y había mudado a su voluntad los naturales de Cempoala, y que aparejaba guerra para los españoles que se le quisiesen defender.

Cortés, viendo que este fuego no se podría atajar sino con armas, dejó en Tenochtitlan bien proveída la fortaleza de gente y a Moctezuma de amonestaciones, y llevó consigo solos setenta compañeros, temiendo menos el peligro de su persona que la pérdida de lo ganado. Y así acompañado, halló en Churultecal a Juan Velázquez, uno de los capitanes de la costa, que se venía a ayuntar con él. Entre tanto, Narváez envió a Moctezuma mensajeros secretos que le prometiesen libertad y que sacaría consigo todos los españoles de aquella tierra, si ayuda le diese contra Hernán Cortés, al cual decía que venía a castigar por sus maleficios. Moctezuma le dio buena esperanza y confirmóla con dones. Así Narváez, creyendo que Cortés se daría por vencido de tantas adversidades, le amonestaba que se fuese de la tierra, y porque el amor de las riquezas no le fuese impedimento le daba naves y seguridad en que las llevase. Cortés a esto respondía que no había cosa por que dejase la tierra, sino por mandamiento del emperador, el cual Narváez no traía, que con las armas que la ganó a muchas gentes la entendía de defender a pocas, y que, si la fortuna le viniese al revés de su confianza, que muy bien estaría su sepultura donde habían

sido sus victorias; pero que se ayuntasen cada uno con diez compañeros en lugar seguro, donde de estas cosas hablando por ventura se ofrecería manera de concordia. Narváez otorgó el habla, y a sus compañeros amonestó que en el mayor sosiego de este ayuntamiento acometiesen los adversarios, de manera que fuesen antes heridos que se aprovecharan de las armas, y dos de ellos peleasen con el capitán y los otros en ofensa de los compañeros.

Esta traición manifestó uno de los que de parte de Narváez trataban el concierto, por lo cual luego Cortés envió adelante a Gonzalo de Sandoval, alguacil mayor, con ochenta hombres, y él lo seguía con ciento setenta. Así iban a Cempoala, donde Pánfilo estaba aposentado. El cual, avisado de su venida, les salió a defender la entrada, mas, estando entonces Cortés más apartado que pensó hallarlo, tomó a bien armar su aposento de gente y artillería. Cortés entre tanto, no siendo visto, seguía su buena oportunidad por las tinieblas de la noche, la cual lo encubrió hasta que se mostró dentro en el aposento de Narváez, donde en el primer acometimiento ganó la artillería antes que los enemigos la alumbrasen. Detrás de ella

estaba la puerta de una torre, que era estancia de Narváez. Por ella entró Gonzalo de Sandoval, el cual, hallando buena defensa en Narváez y sus compañeros, les acometió con fuego, y por miedo de él se dieron presos. Entre tanto, Cortés defendía la entrada al socorro amenazando con la artillería, así que, con muerte de dos hombres que solos cayeron, hubo la victoria y perdió la envidia de sus adversarios y quitó los peligros en que así partidos andaban los españoles. Y luego, con perdón general, fuera del cual quedó Narváez, de dos ejércitos contrarios hizo uno muy conforme.

Toda la costa estaba en sosiego, y los españoles en firme voluntad de obedecer a Hernán Cortés, cuando de Tenochtitlan le vinieron nuevas que los naturales de la tierra habían cercado la fortaleza de la ciudad y combatiéndola con tanta fuerza, que la hubieran ganado si Moctezuma, mandándoles tener sosiego, no la hubiera defendido. Empero, que el cerco aún no era alzado, y los bergantines en que los nuestros tenían esperanza eran ya quemados, por lo cual de su presencia todos tenían mucho deseo y necesidad. El capitán, ayuntados quinientos peones y setenta de caballo y con la artillería

que había ganado, fue a Tenochtitlan, y en el poco recibimiento que en el camino le hicieron conoció la mala voluntad que en la tierra tenían. En Tenochtitlan no menos vio grandes señales de nueva guerra, habiendo pocas gentes en las calles y algunos puentes alzados. Y así llegaron a la fortaleza, donde los compañeros con mucha necesidad lo deseaban, y, allí todos ayuntados, confirmaron la esperanza de vivir y permanecer, que ya casi era perdida.

El día siguiente un mensajero que el capitán enviaba a la Veracruz con grandes voces demandando socorro y armas tornó a la fortaleza herido. Tras éste vinieron grandes compañías de gentes que cercaron la fortaleza y ocuparon las calles y todos los lugares cercanos de donde podían ofender. A ellos salió Cortés por una parte con alguna gente, y doscientos hombres por otra, pero, muertos cuatro y heridos muchos sin poderse defender de las piedras que de muchas azoteas les echaban, tornaron a la fortaleza. Cortés fue allí tan mal herido en la mano izquierda, que más no la pudo usar, pero bien se puede contar esta lesión entre sus buenas fortunas, porque mostró después en los grandes peligros que ha vencido que donde muchas ma-

nos eran menester una le ha bastado, según ha sido grande su esfuerzo y su industria.

Pues, retraídos así a la fortaleza, eran de tal manera combatidos, que ninguna parte dentro había descubierta que llena no estuviese de saetas y piedras que los enemigos echaban. Después, con fuego que por una parte encendieron, abrieron entrada, la cual, proveída luego de artillería y gente armada, la hallaron más defendida que primero. Así que hallaban a los nuestros tanto más fuertes cuanto más eran ofendidos, y duró su porfía cuanto el día les duró. La noche gastaron los nuestros en dormir a veces y a veces reparar los daños de la fortaleza y aparejar las armas y ayuntar las compañías y ordenar la defensa y acometimientos, según era creíble que el día siguiente habría menester. Y no en balde lo hicieron, porque luego que los enemigos tuvieron luz, se mostraron tantos, que el peligro del día pasado parecía pequeño a comparación del que había de ser entonces. La artillería derrocaba muchos, mas ellos, con ganas de su libertad, menospreciaban el peligro y encubrían el daño, ayuntándose de ambos lados en los espacios que vacíos quedaban. El capitán con parte de la gente de la fortaleza los acometió, y, aunque según

el tiempo y las fuerzas mataron y hirieron más que parece creíble, a comparación de los que vivos quedaban y ganosos de tomar venganza, habían hecho casi nada. Así que, estando ya de los nuestros muchos heridos y todos cansados, con necesidad de reposo se recogieron en la fortaleza.

La noche y el día siguiente gastaron en hacer reparos de madera con que, cubiertos, pudiesen salir seguros de las piedras que de los altos les echaban, entre tanto mantenían recio combate. Moctezuma, que en la fortaleza preso estaba, salió a un miradero para amansar aquel furor con su palabra y su presencia, pero, antes de entendido, con una piedra uno de los suyos lo hirió en la cabeza de tal manera que ni le dejó habla ni vida más de tres días. Los que le servían lo sacaron de la fortaleza muerto en los hombros, con tales palabras y tales ojos como a tal fortuna pertenecían. Así el miserable Moctezuma, que ni en paz ni en guerra halló remedio, juntamente salió de la vida y la prisión, desposeído y lastimado en su presencia con la sangre de los suyos y al fin muerto por aquellas manos que antes le servían. Y así pasa por medio de aquellas grandes compañías,

de nadie temido ni acatado, hecho grande ejemplo de fortuna para aquellos que tienen por segura su prosperidad, no pudiendo saber de dónde les vendrá el peligro.

Este día los capitanes de los enemigos ofrecieron a Cortés salida segura, si quisiese dejar la tierra, con amonestación de duras guerras si así no lo hiciese. Pero Cortés, no queriendo perder sus trabajos pasados, les negó su demanda. Así perseverando Cortés, salió el día siguiente al alba con las defensas que de madera había hecho, y, acometiendo las azoteas que cerca de un puente estaban y probando con escalas la subida, los enemigos derrocaron tantas piedras, que a los nuestros desbarataron los reparos de madera que llevaban y los cansaron de tal manera que, siendo uno muerto y muchos heridos, casi al mediodía tornaron a la fortaleza, cerca de la cual estaba la principal torre del templo mayor, donde subieron casi quinientos hombres, personas principales que quisieron encargarse de la empresa y, provistos de mantenimientos y piedras y lanzas, en sus puntas insertados agudos pedernales, hacían mucho daño en la fortaleza.

Éstos fueron muchas veces acometidos y siempre vencedores, porque mucho los ayudaba la dificultad de la subida, que era muy áspera, hasta que Cortés, atada la rodela al brazo izquierdo, porque no la podía asir con la mano, probó la subida. Él no menos resistencia halló que los otros, pero, como quiera que llevaba más industria y más ánimo, pudo subir a lo alto y hacer seguro el camino a los que lo seguían. Así creciendo el esfuerzo con la victoria, hicieron que los que defendían saltasen de lo alto a unos miraderos que la torre rodeaban. Y, por la angostura de ellos, muchos erraron el salto y caían entre las armas de los nuestros, que el pie de la torre tenían ya cercado. Los que arriba quedaban, después combatidos con mucha fuerza que para ello fue menester, murieron todos.

Luego Cortés mandó quemar todas las torres de donde semejante peligro pudiese recibir y tornó a la fortaleza otra vez, donde antes habló a los capitanes de los enemigos, mostrándoles en los daños pasados los peligros de adelante. Ellos respondieron:

Nuestros daños y peligros tenemos bien conocidos, pero menos temidos que deseada la muerte

de vosotros, los cuales bien sabemos que tenéis poca provisión y menos esperanza de haberla. Así que, haciendo guerra nosotros fuera y el hambre dentro, podremos quitaros este vuestro esfuerzo maravilloso que así os defiende. Y si tenéis por vana esta nuestra esperanza, mirad por otra parte de ese alto donde estáis todas las calles y azoteas y otros lugares descubiertos tan llenos de gentes, que, aunque la muerte de cada uno de vosotros nos haya de costar muchos millares de almas, feneceréis todos, y, aunque sean vuestras fuerzas grandes, siendo cada hora de nuevo acometidos, a la fin, cansados de matar, seréis vencidos sin tener huida, porque vuestros barcos quemamos y rompimos las calzadas. Pues en nuestra mudanza ninguna esperanza tengáis, porque más queremos ser muertos de vosotros que mandados.

Cortés, viéndose tan mal amenazado y tan de veras, con las mismas palabras con que los enemigos le querían dar desmayo encendía él su mucho esfuerzo y ganas. Y, teniendo de la vida poco cuidado y de la honra mucho, esa noche mandó reparar las defensas de madera que antes los enemigos le desconcertaron, y él, acompañado de la gente que más sana estaba, salió de la fortaleza sin estar los enemigos para tal acometimiento proveídos y quemó muchas

casas fuertes, de donde, peleando de día, le solían hacer daño. Y tornando a la fortaleza ya con gana de desamparar la ciudad y obedecer a su fortuna, que le había puesto en necesidad de hacerlo así o matar tantas gentes como allí se habían ayuntado, para la cual obra ningunas fuerzas, ni armas, ni crueldad parecían bastantes, hubo información que una de las calzadas que eran salidas de la ciudad aún estaba sana. Para ir a ella se habían de pasar ocho puentes. A éstas fue Cortés al alba y, con gran fuerza y peligro peleando, ganó las cuatro y quemó todas las casas que hasta la postrera había, de donde tomó madera para cegarlas con adobes de ciertas albarradas que para defenderlas los enemigos habían hecho. En ellas puso gente que bastase a guardarlas.

Fernán Pérez de Oliva

Cronología de Fernán Pérez de Oliva

- 1494** Nació en Córdoba, España.
- 1513-1521** Cursó estudios en Salamanca y Alcalá, viajó por Francia y permaneció tres años en Roma como protegido del papa León X.
- 1514** Escribió el apéndice de la primera edición del *Ars Arithmetica in Theoricem et Praxim scissa: omni hominum conditioni superque utilis et necessaria* de Juan Martínez Guijarro.
- 1524** Escribió *Razonamiento sobre la navegación del río Guadalquivir*.
- 1529** Fue nombrado rector de la Universidad de Salamanca.
- 1531** Murió en Medina del Campo, Córdoba. Su sobrino, el también humanista Ambrosio de Morales, editó póstumamente sus obras en Córdoba en 1586.

Bibliografía

Baranda, Consolación, "Marcas de interlocución en el *Diálogo de la dignidad del hombre* de Fernán Pérez de Oliva", en *Criticón (Revue consacrée à la littérature et à la civilisation du Siècle d'Or espagnol)*, Toulouse, Université de Toulouse II-Le Mirail, núms. 81-83, 2001, pp. 271-300.

Cerrón Puga, María Luisa, "Fernán Pérez de Oliva traductor de Pedro Mártir de Anglería: *La Historia de la invención de las Yndias*", en *Edad de Oro*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, vol. 10, 1991, pp. 33-52.

Pérez de Oliva, Fernán, *Diálogo de la dignidad del hombre* (edición de María Luisa Cerrón Puga), Madrid, Editora Nacional, 1982.

———, *Diálogo de la dignidad del hombre; Razonamientos; Ejercicios* (edición de María Luisa Cerrón Puga), Madrid, Cátedra, 1995.

———, *Historia de la invención de las Yndias. Historia de la Conquista de la Nueva España* (edición crítica de Pedro Ruiz Pérez), Córdoba, Universidad de Córdoba, 1993.

———, *Historia de la invención de las Indias* (estudio preliminar, edición y notas de José Juan Arrom), México, Siglo XXI Editores, 1991, 104 pp.

Ruiz Pérez, Pedro, *Fernán Pérez de Oliva y la crisis del Renacimiento*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1987.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	7
DIÁLOGO DE LA DIGNIDAD DEL HOMBRE	19
HISTORIA DE LA INVENCIÓN DE LAS INDIAS	78
HISTORIA DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA	143
CRONOLOGÍA	181
BIBLIOGRAFÍA	182

Soplos renacentistas, de la colección Pequeños
Grandes Ensayos, editado por la
Dirección General de Publicaciones y
Fomento Editorial de la UNAM, fue impreso
en septiembre de 2009 en Impresora y Encuad-
ernadora Progreso, S.A. de C.V., San Lorenzo núm.
244, Col. Paraje San Juan, deleg. Iztapalapa, C.P.
09830, México, D.F. En su composición se usaron
tipos ITC Century Book 9/13, 8/12 y Bell MT 20/21 pts.
Para la impresión de los interiores se usó papel bond
ahuesado de 90 g; para los forros, cartulina Domtar
Feltweave de 216 g y para el guardapolvo, Domtar
Feltweave de 194 g. La formación estuvo a cargo
de Ma. Dolores Rodríguez. La edición consta
de 1 000 ejemplares y estuvo al cuidado de
Odette Alonso y Alejandro Soto. Coor-
dinación editorial: Elsa Botello L.
Tipo de impresión: offset.